

Leah's DIRTY THIRTY

AURORA SHINE

Leah's Dirty Thirty

Cuatro hombres y un cumpleaños

Aurora Shine

Aurora Shine

1ª edición 2026

Diseño de portada: Black Swan Publishing e.U.

Traducción y redacción: Black Swan Publishing e.U.

Sígame en mi página de autor de Amazon:

https://www.amazon.es/Aurora-Shine/e/B0BNC9R92D

Todos los derechos reservados. Prohibida la reimpresión total o parcial.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, duplicada o distribuida de ninguna forma sin la autorización escrita del autor. Este libro es pura ficción. Todas las acciones y personajes descritas en este libro son ficticias. Cualquier parecido con personas reales vivas o fallecidas es mera coincidencia y no intencional. Este libro contiene escenas explícitas y no es apto para lectores menores de 18 años.

Black Swan Publishing e.U.
Berg-Sam 23/5
5023 Salzburg
Austria

Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince

Capítulo Dieciséis
Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Gracias...

Capítulo Uno



Leah

Si me dieran un dólar por cada vez que alguien me decía que —por una vez, simplemente disfrutara de la fiesta—, estaría jubilada el mes que viene.

Y no una jubilación cutre precisamente, sino una retirada a lo grande, de lujo, de vacaciones eternas...

Ay, pero no me pagaban cada vez que alguien lo decía, y por esta fiesta tampoco me estaban pagando. Pero eso era cosa mía, porque técnicamente no estaba trabajando.

Mi prima había contratado a la empresa para la que trabajaba para organizar su boda, y yo había estado en cada paso del montaje. Técnicamente, aquella noche estaba —libre— porque era familia; los planificadores no suelen asistir a las bodas que organizan. Pero Martha sabía que no podía apagar a la workaholic que llevaba dentro y, en cuanto alguien me presentó como —Leah Jaber, coordinadora de eventos—, mi tapadera de invitada se vino abajo. Bien podría haber aparecido en traje de chaqueta y con un pinganillo.

Así que me quedé junto a la mesa de los regalos, con una copa de champán en una mano y un clutch con pedrería en la otra, vigilando el plano de mesas como si fuera a prenderse fuego de un momento a otro.

—Leah, tiene que haber sido usted la que ha colocado las flores —exclamó una compañera de trabajo de mi prima al pasar—. Son como... etéreas. Porno suave, pero floral.

Porno suave, pero floral. A ver si ponen esa reseña en Yelp...

—Lo tomaré como un cumplido —dije con una sonrisa—. Dígale a su marido que me debe un trago. Me lo prometió si no la sentaba cerca de los sin gluten.

Se rió y me aseguró que haría justo eso, y luego se perdió entre el resto de invitados.

No me importaba estar básicamente de guardia estando fuera de guardia. Ser la mujer a la que todo el mundo recurre cuando las servilletas no combinan con el mantel era un subidón en sí mismo. Las situaciones de estrés máximo eran como unos taconazos de aguja de lo más sexis: agonizantes, pero me quedaban de muerte.

—La Mesa Cinco pregunta si la carne se supone que debe estar... tan rosa —dijo alguien, de pronto a mi codo. El hombre parecía al borde del pánico.

Puse los ojos en blanco. —Dígales que se llama 'poco hecho' y que no cuesta extra.

Él parpadeó sorprendido y luego se echó a reír. —De verdad no pierde los nervios, ¿verdad?

—No.

Solo en privado.

Alzó su copa medio vacía a modo de brindis. —Brindo por eso, señorita Gestora de Crisis.

Sonreí. Al otro lado de la carpa, mi prima, Martha, resplandecía con su vestido de encaje, susurrándole algo a Dylan, su flamante marido, que la miraba como si acabara de encontrar su nueva religión.

Bien. Todo estaba bien, y había superado una boda sin llorar en el baño.

Victoria por partida doble.

Ni siquiera sabía qué hora era cuando la música se dulcificó en algo empalagoso y la mitad de la gente se fue a la pista de baile. Era el tipo de canción con el que se baila pegado cuando no quieres que la

noche se acabe. O quizá cuando quieres que alguien te pida que te quedes.

Uf.

Me quité los tacones de aguja, saboreando la sensación de estar descalza.

Con los zapatos colgando de los dedos, solté un suspiro de placer cuando los pies se me hundieron en la hierba húmeda. Me acerqué al borde del jardín, pasé junto a las farolillas encendidas, junto a la zona de fumadores, me metí en la zona acordonada junto al lago y me senté en un murete de piedra, dejando que el vestido cayera donde le diera la gana.

No había nadie, menos mal, joder. Necesitaba un poco de silencio como un fumador necesita salir a echar un pitillo entre reuniones.

Saqué el móvil.

Un mensaje nuevo.

Mamá: Sé que apenas hablaremos en el banquete por cómo eres como persona, pero no te olvides de comer algo de verdad. El champán no es una cena.

Sonreí un poco. Lo de siempre. Casi podía oír su tono seco y maternal apremiándome a comer, cuando en realidad lo que quería decir era *—He notado que no has subido un selfie con un novio en más de dos años, pero finjo no preguntar.—*

Aunque preguntaba. A menudo.

Tampoco había ni un mensaje nuevo en el chat de ‘Stanford Girlies’. El último había sido un meme de 'madres del vino' de Ashley, dos días atrás. Georgia había reaccionado con un 'jaja'. Rachel y Savannah ni siquiera lo habían visto aún.

Ninguna otra notificación salvo un goteo constante de me gusta y emojis de fuego en Instagram. Todos de desconocidos.

Suspiré.

De repente, apareció una alerta y di un respingo:

—EMPIEZA A PLANIFICAR: 30º cumpleaños de Leah—

Como si fuera el de otra.

Mi cumple era el mes que viene, y ya lo había vendido a mis amigas, proponiendo un viaje de chicas. Salvaje e inolvidable. Solo que...

Savannah estaría en la recta final del embarazo cuando llegara mi cumpleaños. Rachel tenía algo entre manos y estaba bastante reservada. Georgia ya había planeado estar en París —creía que su novio le iba a pedir matrimonio— y Ashley no podía dejar a sus mellizos más de un par de horas seguidas. Así que todas las del plan original se habían echado atrás.

Quizá era culpa mía, por no haber intentado de verdad hacer otras mejores amigas después de la uni. Ahora estaban ocupadas con maridos, con niños, con estar... asentadas.

Deslicé la notificación para quitarla y abrí la app de Notas.

Allí, arriba del todo, me miraba fijamente una nota vacía con solo un título:

—Lista canalla de los treinta—

Solo era un título, allí, en lo alto de una nota en blanco sin nada debajo. Nada salvo un cursor parpadeante que me retaba a moverme. Se me encogió el estómago con una energía inquieta, casi cósmica, como si el universo susurrara, *Hazlo ahora.* Quizá era ridículo pensar que al destino le importaba mi lista sexual de deseos, pero en ese momento, parecía un punto de inflexión.

Dudé un momento.

¿Qué es lo que quiero?

Dios, no tenía ni idea.

¿Qué era lo que quería *todo* el mundo de mi edad? ¿Qué había en todos esos libros subidos de tono y pelis y series calentorras que pudiese servirme de inspiración? Se me ocurrieron un par que he leído y que servían, eché los hombros hacia atrás y me puse a teclear.

Trío (solo tíos buenos)

Que me aten (por diversión)

Me quedé mirando las dos cosas.

Pulsé retroceso.

Volví a escribir.

Dejar que alguien se quede a dormir. A posta.

Se me aceleró el corazón.

También borré eso.

—¿Qué sentido tiene? —pregunté en voz alta.

Mi intención era hacer una lista picante de cosas por hacer antes de tener que decirles oficialmente adiós a los veinte.

No iba de sexo. Podía follar. De hecho, follaba a menudo. Follaba con la luz encendida, de vacaciones, en casas ajenas. Nada de eso significaba una mierda ni me dejaba una buena historia para la mañana siguiente. Últimamente, ni eso.

Dejé el móvil boca abajo sobre la piedra a mi lado y suspiré mientras miraba el lago oscuro.

La alegría en el salón del banquete era real. La cara de Martha estaba tan llena de amor, y de algo más que no alcanzaba a tocar. Esta noche me rodeaba gente enamorada. No solo amor de casados. *Amor asentado*. Amor de plegar carritos, gestionar confirmaciones de asistencia, negociar hipotecas.

Y yo ni siquiera era capaz de escribir una maldita lista de cosas por hacer para mis treinta.

Por un segundo, deseé ser otra. Quizá alguien que llorara en las pedidas de mano o subiera fotos en pijamas a juego con su novio en Navidad. Alguien que no estuviera sentada descalza a oscuras, con miedo de hacer una lista porque no tenía con quién compartirla.

Incliné la cabeza hacia el cielo y susurré: —Tía, casi tienes treinta. ¿Cuándo ha pasado eso?

Por suerte, no había nadie cerca para oírlo.

Solo yo y las estrellas.

Dentro, la gente bailaba. Reía. Se enamoraba bajo las lucecitas. Me recosté en el banco, con los pies doloridos por los tacones. El champán hacía rato que se me había quedado sin burbujas en el estómago.

Aquí estaba yo, la chica que siempre dejaba la fiesta perfecta.

Solo que no para ella.

Capítulo Dos



Leah

—Tía, deja de tragarte ese cannoli hasta la campanilla —dijo una voz alta, nasal y familiar, alargando las palabras como en un sermón—. Esto es una boda, no un rodaje porno.

Me quedé helada. Tenía la boca alrededor de un cannoli auténtico, delicioso y cremoso, sujetando un plato de papel con un segundo. Y al girarme en seco, casi se me cae el postre de la boca.

Allí delante de mí no estaba otra que la jodida Christina McRary. Llevaba el pelo rubio más corto, el eyeliner más afilado, y el vestido

era demasiado corto para un evento familiar —no es que yo pudiera hablar—, pero seguía siendo ella.

Y entonces las dos gritamos.

A pleno pulmón, manoteando, como dos banshees a base de champán. Se me cayó el clutch. Ella aulló como Xena, la princesa guerrera. En algún punto de mi campo de visión, una de las tías dio un respingo.

—¡Pensaba que no venías! —la estrujé entre mis brazos—. Tu madre dijo que estabas en Viena…

—¡Lo estaba! —dijo, apretándome fuerte—. Tenía que hacerlo dramático.

—Qué cabrona —me reí contra su hombro.

Christina era mi prima pequeña; había sido mi primera cómplice, mi inseparable, hasta que la universidad lo arruinó todo. Solíamos dormir en la misma cama durante las reuniones familiares, nos escabullíamos para espiar a las tías y robar sorbitos de sangría.

Luego yo me había ido a Stanford y ella a Strasburg. Seguimos en contacto, claro, pero entre las diferencias horarias y la vorágine constante de trabajo y clases, nuestras llamadas se hicieron cada vez más cortas y espaciadas, pequeñas postales lanzadas a través de un océano de vidas ocupadas. Y ahora, más de diez años después, había vuelto, de pronto como una francesa estilosa que tenía pañuelos para la cabeza y de verdad *los usaba* para protegerse el pelo al conducir descapotables.

Se echó hacia atrás, los ojos recorriéndome como si estuviera reuniendo pruebas. —Pareces desatada, pero en el mejor sentido.

—¿Ah, sí?

—Ya sabes, como una stripper en una adaptación burlesque de Jane Austen.

—Mi vestido es puti-chic, no burlesque —dije, señalando mi vestido verde, sexy y palabra de honor, riéndome a carcajadas. Luego, sólo por dar por saco, me lamí la crema del cannoli de los dedos, despacio y con toda la intención.

Christina sonrió de lado. —Guau. ¿Los padrinos han visto eso? ¿Por eso se están peleando? ¿O eso son sólo preliminares de postre?

—Ojalá —dije, lamiéndome la comisura de la boca—. Al menos este tipo de crema llena.

Alzó una ceja. —Joder. Eso ha sonado a grito de auxilio disfrazado de chiste sexual.

Me encogí de hombros. —Bienvenida a mi marca.

Luego la miré de reojo. —Entonces —dije—, ¿están también aquí los chicos?

—¿Los chicos?

—Tus hermanastros.

Christina vaciló visiblemente. —Sabía que ibas a preguntar por ellos.

Alcé una ceja. —Los cuatro estaban objetivamente buenísimos.

Se le contrajo la cara y apartó la mirada.

—Dios mío —dije, señalándola—. A ti también te parecen buenísimos.

—¿Qué? No... No lo hagas raro.

—¡Lo has hecho raro con esa cara!

—Mira, ¡lo has dicho tú primero!

—Y luego te has puesto como una institutriz victoriana toda azorada por el tema.

Soltó un quejido y se cubrió la cara con las manos. —Vale. Lo hice. Y tenía *dieciséis*, ¿vale? Y de repente un día había todas esas... mandíbulas y clavículas y brazos musculosos en mi casa, y tíos sin camiseta que parecían que construían cabañas por diversión.

Me atraganté con la bebida. —¿Quién construye c*abañas por diversión?*

Hizo un gesto con la mano. —Youtubers. En fin, el verano antes de irme, Adam se dejó barba y partía leña a torso descubierto. Tuve que rezar como cincuenta Avemarías.

Ya estaba sin aire. —Christina McRary, se te está notando tu culpa católica.

—Bueno, técnicamente eran mis hermanos, pero también... ¿no? Era como *Cruel Intentions,* pero con más conversaciones incómodas en la cena y menos besos.

—¿Menos besos?

Puso cara de haber tragado una rana. —Casi *cero* besos. Muchas gracias.

—¿Casi?

—En fin —dijo bruscamente—. No están aquí.

—¿Cómo es eso?

—Mi padre los odia, aunque no lo reconozca. Desde que me fui, siempre ha puesto excusas. Como si llevara intentando borrar de nuestra historia en común cualquier rastro de ellos. Hay mucho drama para el que aún no estoy lo bastante borracha.

—Qué pena —dije, negando con la cabeza.

—Tendrás que cotillear sus Instagrams como una persona normal. Tengo carpetas. Para '*investigación.*'

Negué con la cabeza. —Vamos de cabeza al infierno.

—Siempre hemos ido —dijo dulcemente, lamiéndose el azúcar glas del pulgar—. Ya que vamos, mejor ir buenorras.

Alcé mi copa. —Brindemos por los enamoramientos prohibidos con los hermanastros y la represión emocional.

Chocó su copa con la mía. —La única herencia de verdad que nuestra familia nos ha dado jamás.

Nos dejamos caer en un banco de terciopelo color oro rosado junto a la mesa de postres como si no hubiéramos pasado ni un solo día separadas. Y lo demostró robándome mi segundo cannoli y dándole un bocado.

Entonces Christina señaló con un gesto despreocupado hacia un rincón por detrás de mi hombro.

—Hablando de cachas, ese tío te ha estado desnudando con la mirada toda la noche.

Me giré, frunciendo el ceño, siguiendo la dirección de su mirada. Cerca del borde de la pista de baile, recostado con desgana contra una columna, estaba un tipo alto, quieto, de pelo color trigo. No me estaba mirando fijamente —o al menos no lo creía—, pero volvía la vista hacia mí una y otra vez, como para comprobar que seguía allí.

—¿Qué, Matt? Bah, ni de broma —dije—. Es el hermano de Dylan. No me había dado cuenta de que todavía estaba aquí.

Christina esbozó una sonrisita. —Bueno, él sí que se ha dado cuenta de que *tú* estás aquí.

—Qué va —me eché a reír.

—No te ha quitado ojo desde que he venido —dijo, encantada—. Eso es concentración, nena, ¡y del hermano del novio, además! Si no te lanzas tú, me lanzo yo.

Un calor me subió por el cuello. Intenté quitarle hierro con una risa, pero cuando volví a mirar, Matt seguía observándome fijamente.

Christina me dio un empujoncito con el hombro. —Sí. Esa es tu señal. Ve.

—Pero quiero ponerme al día contigo —dije, sintiéndome un poco hipócrita: siempre empujando a los demás a dar el salto y evitándolo yo.

—De todos modos... ¿no deberías estar encabezando la conga o reanimando a un par de padrinos en el baño? —me preguntó con la boca medio llena.

—Estoy fuera de servicio. Y, para que conste, fue solo un padrino, Anthony, y se recuperó de maravilla.

Christina sonrió y alargó la mano hacia la mesa de postres para coger otro cannoli, pero vaciló. —Me voy a arrepentir de esto.

—Lo dices como si no encajara de lleno con nuestra familia.

Las dos nos echamos a reír y, por un segundo, fue como si volviéramos a ser adolescentes. Nada de treintena al acecho. Nada de husos horarios distintos. Solo ella y yo, y sarcasmo y azúcar de más.

Me recorrió con la mirada, de las pestañas a mis tacones de diez centímetros. —Vale, he mentido. En realidad pareces un editorial de *Vogue* que sería una pesadilla para salir contigo.

—Ese también es mi sello —dije con dulzura, metiéndome en la boca una uva al champán—. Inaccesible sin esfuerzo.

—No, en serio. ¿Alguna vez paras? Su voz era más ligera que su expresión. —Ya sé que eres, no sé, la susurradora de fiestas o lo que sea, pero tu madre me lo ha contado todo. No paras quieta. Ni siquiera cuando no estás trabajando.

—Algunas tenemos asuntos de control sin resolver.

Inclinó la cabeza. —Cumples treinta el mes que viene, ¿no?

—No lo digas como si me hubieran diagnosticado vejez terminal.

Christina sonrió de medio lado. —¿Algún plan?

Vacilé.

Se dio cuenta. —¿Nadie está libre?

—Todas tienen maridos o críos de dos años o formación de fin de semana para ser profes de pilates. Lo que sea. Estoy haciendo una lista.

—¿Una lista?

—Una lista de cosas que hacer antes de morir —aclaré—. Todas las cosas que quería haber hecho a estas alturas. Es un poco subidita de tono. Salvaje. Ya sabes. Irresponsable de un modo vagamente empoderador.

Alzó una ceja. —Entonces... ¿caos disfrazado de crecimiento personal?

—Exacto. Ese también es mi sello. Soy muy adaptable

Christina se inclinó hacia mí y bajó la voz. —Leah, te quiero. Pero quizá, en vez de una lista sexy, deberías simplemente hacer lo que de verdad estás deseando.

Hice un gesto para quitarle importancia. —Eso mismo le estaba haciendo a ese cannoli cuando me has interrumpido.

Ella soltó un suspiro.

—Sabes, siempre dices que quieres la historia, pero nunca quieres el riesgo. Y tu armadura de purpurina brilla más con la edad.

Parpadeé. —¿Mi qué?

—Eso que haces —dijo—. Siempre divertida. Siempre salvaje. Nunca quieta. Deslumbras a todo el mundo, pero no dejas que nadie se te acerque *de verdad*.

Aparté la mirada. —Lo haces sonar tan trágico.

—Por lo que he sacado en claro de las pocas llamadas y de tu insta, parece que todo sigue como antes de que me fuera. Mantienes a la gente en ese fosito brillante de purpurina donde nadie se acerca lo suficiente como para tocar lo de verdad.

—Así que tengo una armadura de purpurina y un foso de purpurina, ¿eh? ¿Eso me convierte en la reina deslumbrante del castillo?

—Supongo. ¿Estás segura de que eso es lo que quieres?

Me encogí de hombros. —Solo lo mantengo ligero. A la gente le encanta lo ligero.

—Creo que te da miedo que, si dejas de brillar, nadie se quede. Así que no dejas que nadie se quede cuando se para la música.

Abrí la boca, la cerré y luego le robé el resto de su cannoli.

O más bien lo recuperé, ya que ella me lo había robado primero.

—Te odio —murmuré con un bocado en la boca.

—Me echabas de menos —dijo, chocando su hombro con el mío.

—Sí. Capulla.

Capítulo Tres



Leah

Por desgracia, mi divertida velada con mi prima se acabó enseguida. Aunque técnicamente no estaba trabajando, nadie parecía habérselo dicho al universo, y yo no iba a permitir que la boda de Martha se viniera abajo.

En los diez minutos que había pasado con Christina, parecía que había estallado el apocalipsis en la recepción.

—¿Por qué está el arco de la boda en el lago?

—¡Hay cristales en la pista de baile!

—¡Hay dos hombres a punto de liarse a golpes junto a la barra!

—¡Abby está llorando porque la otra niña de las flores la ha llamado hada cabra!

La última era de mi tía Jinny, desquiciada y resplandeciente con un bolero de lentejuelas, que arrastraba de la mano a una niña pequeña y llorosa como si llevara una ofrenda maldita a los dioses del caos.

Me agaché a la altura de Abby. —Oye. ¿Dijo hada *cabra* u hada *fantasma*? Porque las dos cosas son bastante alucinantes.

La niña hipó. —C-cabra.

Asentí solemne. —Bueno, las cabras son tozudas, mágicas y se lo comen todo. Y ¿sabías que los unicornios son en realidad más cabra que caballo? Así que un hada cabra es un unicornio. A mí me suena genial.

Hipó otra vez, me miró y dejó de llorar. Así, sin más.

Mi tía Jinny articuló *gracias* en silencio y se fundió de nuevo con la fiesta, seguramente rumbo a por otro prosecco. Me incorporé, alisé mi vestido y giré justo a tiempo para ver a un padrino abalanzarse sobre otro cerca de la barra.

—¡Te ha pedido que dejes de tocarle el culo, tío!

—¿Quién lo dice?

—¡Eh, chicos! —dije, deslizándome entre ellos—. Esto es una boda, no el aparcamiento de un Denny's. Respirad. Podéis volver a ser gremlins de testosterona cuando se vaya la pareja.

El presunto manoseador, un peñasco pelirrojo de hombre con la pajarita demasiado prieta, negó con la cabeza. —¡Ella me agarró el culo primero! ¡Me pidió que la tocara!

Le señalé con una uña perfectamente manicurada. —Pues háblalo con ella. Y hazlo con respeto, o no lo hagas.

Me di la vuelta, y solo entonces reparé en el otro hombre.

Alto. Pelo oscuro, ojos más oscuros. Hombros anchos. Traje negro de seguridad, auricular Bluetooth. El tipo de hombre que parecía capaz de cargar él solo con una nevera al hombro.

O conmigo.

Ay, madre.

Se inclinó un poco y murmuró junto a mi oído. —Lo del arco también está arreglado. No me lo agradezca.

Su aliento caliente junto a mi oreja me hizo estremecer. Me quedé mirándole. —Espere, ¿cómo lo sabía...?

Pero ya se estaba alejando, tranquilo y silencioso, como si no acabara de resolver una pesadilla logística.

Exhalé. —Vale, Batman. Buen trabajo.

Detrás de la barra, alguien silbó por lo bajo. —¿Le alaba al tipo alto y taciturno pero no al hombre que está aquí preparando martinis de espresso en un cubo de hielo? ¿Es porque solo soy un barman? Me duele.

El barman me guiñó un ojo. Tenía rizos castaños despeinados, las mangas remangadas hasta los codos dejando ver un surtido de tatuajes interesantes pero desparejados, y una boquita fruncida y besable que anunciaba problemas. Tenía pinta de tipo que canta en una banda indie y te hace enamorarte solo por cómo pronuncia las palabras.

Me incliné sobre la barra. —Si me prepara uno de esos martinis de espresso y no sabe a arrepentimiento quemado, me plantearé alabar su existencia.

Sonrió de oreja a oreja. —Leah, ¿verdad?

Arqueé una ceja. —¿Está espiándome?

—Le pregunté al DJ. Dice que lo está llevando todo sin que ni siquiera le paguen.

Me encogí de hombros. —Es justo. Y en su mayor parte es verdad.

Se puso a preparar el martini de espresso y yo le observé con una pequeña sonrisilla mientras lo hacía. Empujó la copa terminada sobre la barra, se apoyó en los codos y me dedicó la sonrisa más canalla que había visto nunca en la vida real. —Así que... Si no sabe a arrepentimiento quemado...

Incliné la cabeza, rozando con los dedos el tallo de la copa, saboreando el calor que me floreció en el pecho con su sonrisa. —Entonces se gana un cumplido. Úselo con sabiduría.

—Es mucha presión —bajó un poco la voz—. ¿Puedo canjearlo por su número?

Abrí la boca —mitad para reír, mitad para coquetear—, pero no me dieron la oportunidad.

Se desató un revuelo al otro lado del salón, junto al bufé. Alguien gritaba por alergias al marisco y contaminación cruzada. Era exactamente el tipo de caos que yo podía evitarle a mi jefa, lo que nos ahorraría mucho en exenciones de responsabilidad y demandas, por no hablar de una posible crisis de la madre del novio si no lo solucionaba en los próximos treinta segundos.

Suspiré, dándome ya la vuelta. —El deber llama.

Él se irguió un poco. —Espere...

Pero yo ya me movía. —Si el martini está así de bueno, volveré —dije por encima del hombro mientras apuraba el trago camino de evitar el desastre.

Dios. Estaba perfecto.

Cómo no.

—¡Marisco! —alguien estaba chillando, como si los crustáceos fueran armas de destrucción masiva.

Un camarero se había quedado petrificado, con una bandeja de cóctel de gambas a medias como si acabaran de ponerle en las manos dicha arma. La madre del novio ya venía hacia aquí, con ansias de homicidio en la mirada.

Me metí en medio a toda prisa. —Eh, ¿por qué no llevamos esto al otro lado y lo cambiamos por las minihamburguesas? —dije por lo bajo, conduciendo la bandeja hacia la cocina como una especialista en desactivación de bombas.

—Pon un cartel sobre las alergias. Enseguida.

La ayudante del catering pareció palidecer, luego asintió y desapareció.

Crisis resuelta.

Me di la vuelta para volver a la barra y decirle al barman mono lo delicioso que había estado el martini, pero entonces capté, en el rabillo del ojo, el destello de alguien que parecía seguir cada uno de mis movimientos. Así que giré... y casi me estrellé contra una pared. Con traje.

—Discul—

—¿Leah?

Mierda. La voz me chasqueó en el pecho como electricidad estática. Alcé la vista.

Trevor.

Mi Trevor.Bueno, mi ex, Trevor. Pero verlo aquí, con las palmas apoyadas en su pecho tras chocarme con él, hizo que mi memoria tartamudeara. Mi cuerpo reaccionó como si acabara de llamarme «cariño» otra vez, después de todo este tiempo, al atraerme a su regazo en la semana de exámenes finales.

Estaba exactamente igual, solo que... más lustroso. Siempre sabía arreglarse bien. Camisa impecable, colonia familiar, esa expresión de cachorro medio perdido que antes me dejaba hecha polvo.

—No sabía que estarías aquí —dijo en voz baja.

—Yo... Sí. Martha es mi prima. Lleva diciendo desde que éramos pequeñas que yo diseñaría su «baile de boda» —expliqué.

—Anda. Dylan y yo jugamos al fútbol semana sí, semana no.

—¡Oh! ¡Quién lo diría! ¡El mundo es un pañuelo! Las pelotas unen a la gente.

Dios, Leah, ¿pero qué coño ha sido eso? «¿Las pelotas unen a la gente?»

Pero él solo sonrió, con esa calidez ladeada que me apretaba el pecho.

Nos quedamos mirándonos un instante de más, y ni siquiera cuando sentí que la mirada ardía apartó los ojos.

¿Es que... aún me desea?

No en plan nostalgia de madrugada y arrepentimientos, sino de ese modo pleno, recordándolo todo. Me hizo sentir a la vez deseada y completamente, absolutamente indigna.

Tenía que irme antes de ahogarme en aquello. Tragué saliva. —Bueno... eh... debería... Hay un posible levantamiento por alergia a las gambas, así que... ya sabes. Cosas clásicas de boda.

Pareció sobresaltarse con eso. —¿Gambas...?

Retrocedí, asintiendo demasiado. —¡Qué bien verte! ¡Genial! De verdad. Te veo... bien. Sano. Y muy hidratado.

Deja de hablar, Leah.

Di media vuelta como si huyera de la escena de un crimen.

·♥·♥·♥·♥·♥·

Encontré a Christina acurrucada en uno de los reservados del rincón de la zona de lounge, con las piernas recogidas, una copa de champán en la mano y toda la bandeja de las ofensivas gambas delante. Parecía haberse montado allí su casa y estar encantada de vivir el resto de sus días en ese sitio.

Me vio y alzó la copa. —La princesa de la purpurina emerge.

Caí a su lado, dejando que la cabeza se me desplomara contra el cojín tapizado en cuero. —Pensaba que era la Reina del brilli-brilli.

—Puedes ser ambas.Casi le hablé de Trevor, pero había sido casi un no-incidente. Christina no lo había conocido. Además, aunque dolió, mi ruptura con Trevor no me pareció algo digno de mención, ya que habíamos decidido separarnos por la distancia. Por no hablar de que por entonces cambiaba de novio como de bragas; Trevor me duró, pero fue la excepción.

¿Y qué iba a decir siquiera del encuentro? ¿Que mi ex me miró como si siguiera siendo su remordimiento favorito? ¿O sacar a relucir mi estelar comentario de «las pelotas unen a la gente»?

Daba igual. Trevor y yo nos habíamos ido distanciando hacía años. No había pasado nada. Trevor quedaba en el pasado, y yo no tenía tiempo de mirar a ningún sitio que no fuera hacia delante.

Además, estaba ese barman buenorro con los espresso martinis divinos.

Así que me tragué las palabras como me había bajado aquel espresso martini. Lo que Trevor siguiera sintiendo —si es que sentía algo en absoluto— ya no era cosa mía.

Apoyé la cabeza en el hombro de Christina. —¿Sabes cuántas peleas casi a puñetazo limpio he desactivado esta noche?

—¿Como para sacarte la licencia de portera de discoteca?

—Como para canonizarme.

Me pasó una segunda copa de champán que había estado escondiendo detrás del bolso. —Bebe. Te lo has ganado.

Di un sorbo. Dulce. Quizá un pelín sin gas, pero magnífico.

—Siempre estás «on», cariño —dijo con naturalidad, observando a la gente desde nuestro pequeño rincón a salvo—. —Es agotador solo de verte.

—No estoy «on.» Esta es solo mi cara de fabulosa en reposo.

Christina me lanzó una mirada de reojo tan afilada que me hizo tiritar. —Leannah, vas con un vestido de cóctel, unos tacones que desafían la física, y has puesto en vereda tú sola a la mitad del séquito de la novia sin despeinarte. Eres un tablero de Pinterest andante 24/7.

La aparté con la mano. —Es un requisito para que tu Leah sea feliz. Necesito brilli-brilli, glamur y al menos una crisis para sobrevivir.

—Exacto. —Se inclinó más, con la voz más suave—. Pero la fiesta se acaba, cariño. La música se apaga. La gente se empareja y se va a casa. ¿Y tú? Tú sigues girando.

—A mí *me gusta* dar vueltas —dije, encogiéndome de hombros—. Las fuerzas centrífugas mantienen a raya a los demonios del caos.

—Siempre has tenido las mejores metáforas para esquivar tus sentimientos.

—Qué puedo decir; quizá debería haberme hecho escritora.

Christina dejó su copa. —Pero en serio.

—¿Y qué? ¿Crees que tengo que jubilar mi armadura de purpurina?

—Creo que tienes que dejar que alguien vea lo que hay debajo.

—Eso va en contra del código de la purpurina.

—Pues va siendo hora de reescribirlo.

No lo decía con dureza. Solo que... me conocía y la forma en que me desvanecía entre la gente. Cómo me aseguraba siempre de irme yo primero, para que nadie tuviera nunca la oportunidad de hacerlo.

Suspiré, retorciendo el tallo de mi copa de champán. —Quizá para eso sirve la lista de las 'Dirty Thirty'.

—¿La lista de qué?

—Mi lista de pendientes para las 'Dirty Thirty' —dije, intentando sonar despreocupada—. Un poco de caos y diversión antes del gran tres-cero. Ya sabes. Investigación.

Soltó una risita. —Tía. Te he echado de menos y a tus locuras.

—A lo mejor tenemos que hacer otra fiesta de pijamas algún día.

Christina sonrió. —Pues hoy me temo que estoy ocupada. Pero puedes montarte una con alguno de esos tíos que te están mirando como si hubieras inventado los orgasmos.

Solté un quejido. —Jesucristo.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Para cuando la pareja feliz ya se había marchado y el DJ estaba poniendo temazos antiguos de Beyoncé, yo estaba achispada de esa manera tan concreta en la que el suelo se siente un pelín demasiado lejos y todo suena a cumplido.

Christina y yo nos habíamos replegado hacia la barra, medio recostadas en ella como si la hubiéramos reclamado por derecho divino. Mis tacones hacía rato que estaban metidos debajo de la mesa, y mi pelo se estaba esforzando mucho por escapar de sus horquillas.

—Quizá eso sea lo primero que tienes que hacer —dijo Christina, ya demasiado piripi.

—¿Hacer qué? ¿Asesinar al tío Frank? Tentador.

—No. Cogió una servilleta de cóctel, la aplanó sobre la mesa y me tendió un bolígrafo—. Haz la maldita lista. Llevas una hora quejándote de que vas a cumplir treinta. Así que quizá tengas que hacer esto para ayudarte con lo de tu armadura.

Entrecerré los ojos. —¿Lo dices en serio?

—Has dicho literalmente la expresión 'Dirty Thirty' tropecientas veces esta noche.

Le arranqué la servilleta y destapé el bolígrafo con todo el dramatismo del mundo. —Vale... espera, ¿por qué no la escribo en el móvil?

—¿Estás en condiciones para teclear?

La miré fijamente y las dos estallamos en risitas de borrachas. —No...

—Perfecto.

Me incliné sobre la servilleta y garabateé con letras redondeadas:

1. Trío (solo con tío bueno, obviamente)

—Por Dios, tía —gimió Christina entre risas.

—¿Qué? Tengo mis estándares.

Seguimos un rato, añadiendo esto y aquello a la lista. Avergonzada, añadí 'Gangbang (?)', sobre todo porque mi amiga Savannah, que era de las personas menos aventureras que conocía, lo había hecho años antes que yo y me daba un poco de envidia.

Un momento después, una sombra cayó sobre la mesa, y una mano bajó y cogió la servilleta como si fuera de su propiedad.

—Esa sí que es una lista que merece la pena cumplir —dijo una voz burlona.

Alcé la vista. El barman. Mierda, le debía ese cumplido que le había prometido.

Se inclinó más y su olor prácticamente me despejó de golpe. Fresco, salvaje y tan masculino que me hizo apretar las piernas.

—El martini estaba divino —dije—, así que se ha ganado un cumplido... eh... Me puse como un tomate al esforzarme por recordar su nombre.

—Devon —dijo, sacándome del apuro y alzando la servilleta entre dos dedos—. Ya que, por lo visto, esta noche estamos objetificando a la gente, he pensado que al menos debería presentarme antes de postularme.

Tragué saliva. —Bueno, es usted un coctelero muy talentoso, Devon.

—Muchísimas gracias —sonrió—. Pero verá, no era ese el cumplido que esperaba. Quizá pueda halagarme considerándome oficialmente para esta lista.

Antes de que pudiera soltarle una pulla, habló alguien más.

—Eso es... atrevido.

Detrás de Devon estaba el tipo que había salvado el arco de la boda del lago.

—Déjame adivinar, Batman —dije, mirándolo—. ¿No viene a bailar?

Me regaló una media sonrisa y me tendió la mano. —Pues no. Pero ya he fichado, así que he pensado que venía a despedirme. Echó un vistazo a la servilleta y me puse roja. —O a decir hola. Soy Theo.

Dudé un segundo de más antes de estrechársela. Su apretón era firme, cálido.

—Leah —dije.

—Lo sé.

Por supuesto que sí.

Christina emitió un sonido entre un bufido y un suspiro. —Dios, esto parece el arranque de una peli de atracos. O de una secta muy atractiva —se puso en pie de golpe, mirando el móvil—. Hablando de eso... se supone que tengo que reunir a gente para una... cosa. Vuelvo en diez. O nunca.

Guiñó un ojo y se escurrió entre la multitud, dejándome a solas con Devon y Theo.

Devon la siguió con la mirada y luego volvió a mirarme con una sonrisa. —Entonces. ¿Trío?

Gemí. —Era una broma. Más o menos.

Me devolvió la servilleta, dándole un golpecito con un dedo. —Ese es el problema de las bromas: siempre suenan mejor cuando tienen un poquito de verdad.

Theo no dijo nada. Se quedó allí con una sonrisa maliciosa, la mirada saltando de mí a la servilleta y vuelta.

La música pasó a algo más lento, con mucho bajo y sugerente, o quizá era solo la banda sonora de mi cabeza, porque Dark Doo Wop no parecía precisamente la elección adecuada para una boda... Deslicé la servilleta en mi bolso de mano como si fuera a morder.

Devon se inclinó un poco y susurró: —Si alguna vez hace oficial esa lista... estoy muy disponible.

Theo alzó una ceja y volvió a poner esa sonrisa digna de pirata. —Yo también. Pero solo si se siente cómoda.

Los miré a ambos y, de pronto, estaba muy, muy sobria, al darme cuenta de que hacer una lista de deseos implicaba ir tachando cosas, y que estos tíos se estaban ofreciendo de verdad.

—Anotado —dije, intentando que no se me notara que el pulso se me había puesto a mil.

Luego di media vuelta sobre los talones y salí disparada hacia donde se había ido Christina.

Siempre les había dicho a los demás que se lanzaran y, ahora que tenía la oportunidad, dudé.

Pero aun así no tiré la servilleta.

Devon

La fiesta se estaba apagando, y la gente iba tambaleándose hacia sus coches de app. El DJ también se dio por aludido y puso R&B suave y pop ensoñador, como una nana para quienes aún se resistían al final inminente de la fiesta.

Me apoyé en la barra, apurando la primera copa que me permitían. La multitud se había aclarado y el aire estaba más fresco ahora —siempre lo estaba a estas horas de la noche—.

Ese de seguridad —Theo— apareció a mi lado como si se hubiera materializado de una sombra. El tipo tenía un talento de miedo para acercarse sin hacer ruido, como un fantasma con una postura impecable.

—¿Se ha quedado para espiar o para recoger? —pregunté sin mirar.

No picó el anzuelo; se limitó a decir: —Ninguna.

Le eché un vistazo. Seguía con la corbata puesta, pero apenas. El primer botón desabrochado. Los antebrazos cruzados, como si hubiera estado esperando algo.

—Mire —dije, haciendo girar lo que quedaba de mi copa—, empiezo a pensar que disfrutó viendo cómo se ponía nerviosa más de lo que reconoce.

Me lanzó una mirada, plana y directa. —No se equivoca.

Me reí. —Es otra cosa, ¿eh?

—Sí. —Sin dudar.

Nos quedamos en silencio un momento, roto solo por el sonido del personal de sala apilando vasos. La pista de baile ya se vaciaba, dejando ver el parqué pegajoso.

Entonces, dijo Theo: —¿Cree que lo decía en serio? La lista, digo.

—¿Qué más da? Una chica así podría escribir «dominar el mundo» en una servilleta y yo probablemente me ofrecería voluntario.

Se le contrajo la comisura de la boca. —Es absolutamente otra cosa —repitió mis palabras—. Sabe lo que hace.

—Sí. Pero no creo que sepa lo que quiere. Gran diferencia.

Me miró y yo le sostuve la mirada. Solo... calibrando al otro tío de la sala. Luego me encogí de hombros. —¿Vamos a fingir que no estamos pensando lo mismo los dos?

—Supongo que se refiere a quién se queda con Leah.

—A no ser que le guste el DJ.

Soltó una risita por la nariz. —No me parece alguien a quien elijan. Ella es la que elige.

Di golpecitos en la barra. —Oiga, quizá no tenga que elegir.

Alzó una ceja. Yo sonreí. —Escribió «trío».

Eso le arrancó una carcajada. —¿Se apuntaría?

—Quiero decir, he visto ideas peores. ¿Y usted?

No respondió. Solo negó con la cabeza, medio sonriendo, como si, en realidad, no lo estuviera descartando.

Y entonces volvió a entrar.

Capítulo Cuatro



Leah

Solo pretendía cerrar mi cuenta, soltar un chiste coqueto al salir, quizá lanzarles a estos bombones un guiño para dejarlos con las ganas. Pero entonces Devon estaba ahí, con Theo, y la manera en que me miraban era poco menos que hambrienta.

Este tipo de tío era un problema. Un problema que tendría que resolver o bien follándome a alguien hasta el martes que viene o pasando un ratito de calidad con mi rosa de silicona. Los dos juntos, sin embargo, necesitarían todo un manual de instrucciones distinto

y, aun así, ambos tenían la cara de seguir pinchándome como si yo no hubiese salido ya de su historia.

—¿Ibas en serio con esa lista de deseos? —preguntó Devon, alzando las cejas—. Porque estamos aquí. Tú estás aquí. El bar está cerrado...

—¿La idea te asusta? —añadió Theo—.

Me acerqué a la barra y le pasé a Devon mi tarjeta, sujetándola entre el índice y el corazón, comprándome unos segundos. —¿Ensayáis este numerito o es improvisación?

Devon ladeó la cabeza. —No te escaquees. No es tu estilo.

Solté una risita. —No conoces mi estilo, cariño.

—Pues demuéstramelo —dijo, dándome el recibo—.

Theo carraspeó. —Yo también estoy aquí.

—Quiero decir, tiene los tríos en la cabeza —se rió Devon—. No tiene por qué elegir.

Bajé la vista al recibo: Devon había garabateado una carita guiñando un ojo junto a la línea de la propina. Mi corazón empezaba a latir más deprisa; aún no se desbocaba, pero estaba alerta. No era mi juego habitual, y mi cuerpo también parecía saberlo.

Esto no era flirteo juguetón en una sala abarrotada ni chanzas al amparo del parapeto de la fiesta de boda. Ahora apenas había ruido, lo que significaba que no había parapeto.

¿De verdad puedo hacer esto?

Pese a mi naturaleza más bien promiscua, nunca había hecho un trío. Oportunidades, sí; tanto con otra chica y un chico, como con dos chicos. Pero siempre me había acobardado antes de que pasara nada real. Ahora, sin embargo...

Quiero decir, lo puse en mi lista de deseos.

Podía hacer un chiste, decir algo sobre logística. Quizá preguntar si pensaban tirar una moneda para ver quién iba primero o lo que fuera. Podía comprarme una salida. Lo había hecho cientos de veces.

En lugar de eso, dije: —¿Hacéis a menudo este tipo de cosas juntos?

Devon miró a Theo. —Qué va.

Theo se encogió de hombros. —En realidad no nos conocemos.

—Entonces, ¿cómo es que estáis tan dispuestos a hacer esto con dos desconocidos? —pregunté—.

—¿Y por qué no? —dijo Theo, sin más—. Eres preciosa y está claro que lo has pensado. No hace falta complicarlo.

—A no ser que no seamos tu tipo —dijo Devon, arqueando las cejas —.

Algo en la manera en que lo dijo, sin vacilar ni dobles intenciones, me hizo sentir un batir de mariposas en el estómago. Devon no habló, solo me miró, como si supiera que este era un punto de inflexión y que lo único que necesitaba era darme un empujoncito.

Odiaba lo cuidadosos que estaban siendo. Odiaba lo mucho que se lo agradecía, porque si hubieran estado relamidos y arrogantes, tendría una excusa para irme. Mi mente desfiló por todas las maneras en que aquello podía torcerse. ¿Y si uno de ellos —o los dos— cambiaba de idea y ya no quería compartir y la cosa se ponía fea? ¿Y si luego quisieran algo más? ¿Y si alguno conocía a alguien de mi familia?

No hacía cosas enrevesadas. Yo orquestaba, dirigía y controlaba el relato.

Pero... mi cuerpo no estaba en la misma onda. Se inclinaba hacia delante. Quería. Anhelaba.

Devon alzó una ceja, como preparado para ese empujón mínimo. Theo, en cambio, era lo contrario: sólido e inmóvil.

No podía dejar de preguntarme cómo sería cuando dejara de contenerse.

Miré a uno, luego al otro. Me permití imaginarlo. Cómo se sentirían dos pares de manos sobre mi cuerpo. Dos dentro de mí a la vez...

No tenía que imaginar mucho: no era la primera vez que fantaseaba con que me tomaran entre dos.

Joder. ¿Por qué no?

Pues eso.

—A tomar por culo —dije—. Yo me apunto, si vosotros os apuntáis.

Devon sonrió como si acabara de tocarle la lotería, mientras la mandíbula de Theo se desplazaba de forma casi imperceptible y se le dilataban las pupilas.

No dijimos ni una palabra más. Simplemente salimos juntos, deambulando por los pasillos del local en busca de algún sitio privado—porque ni de coña me llevaba a estos a casa, y además tenía la regla de no ir nunca sola a casa de un hombre—.

Así que el local tendría que bastar.

El corazón me latía con anticipación, con el vértigo de lo desconocido, con la promesa del placer. Encontramos un salón vacío y, después de que Theo se asegurara de que de verdad no había nadie, prácticamente nos lanzamos dentro.

Me giré para mirarlos y se me cortó la respiración al encontrarme con sus miradas hambrientas.

Ahora que estábamos aquí, no tenía ni idea de qué hacer—me sentía virgen otra vez, sin la menor pista de cómo entrar en faena.

Por suerte, Devon alargó la mano; sus dedos trazaron la línea de mi mandíbula antes de ahuecarme la cara y atraerme a un beso profundo y apasionado. Sus labios eran más suaves de lo que esperaba, como su manera. Era tan tierno, en claro contraste con su actitud de chico malo de antes. Sus dedos viajaron de mi barbilla, cruzando mi mejilla hasta mi garganta, y se me puso la piel de gallina en los brazos y en la nuca.

Me dejó alucinada lo bueno que era el beso. Había una corriente eléctrica entre nosotros que solo se intensificó cuando su lengua se deslizó en mi boca, con su mano en mi nuca manteniéndome en su sitio.

Pero no tenía intención de apartarme. Era tan caliente, tan erótico; me hormigueaba hasta la entrepierna.

Las manos de Theo encontraron mi cintura y me pegó a él, su polla ya dura contra mi culo incluso a través de la ropa. Sus labios dieron con la piel sensible de mi cuello, al otro lado de la mano de Devon, y sus dientes me rozaron con suavidad mientras besaba y mordisqueaba hacia abajo.

Las manos de Devon recorrieron mi cuerpo, ahuecando mis pechos por encima del vestido. Sus pulgares circundaron mis pezones hasta que se pusieron duros, rascando contra el encaje de mi bralette. Jadeé en su boca, mi cuerpo arqueándose hacia su caricia.

Las manos de Theo se deslizaron bajo mi vestido y por dentro de mis braguitas de encaje, encontrando el calor húmedo entre mis piernas. Las apartó, arrancándome un gemido de decepción durante medio segundo, antes de volver a acariciarme por encima del

encaje, a propósito, dejando que la textura se frotara contra mi clítoris.

—Joder —me quejé, separándome del beso de Devon.

Devon aprovechó para dejar que sus labios bajaran por mi cuello, mordisqueando y chupando mi clavícula, mientras los dedos de Theo volvían a colarse dentro de mis braguitas. Me acarició, sus dedos deslizándose por mi humedad, rodeando mi clítoris antes de hundir dos dedos dentro.

Grité, mi cuerpo apretándose alrededor de sus dedos. Devon encontró la cremallera de mi vestido y la bajó despacio, y cuando el aire fresco me dio en la piel al desprenderse la tela, se me volvió a erizar la piel, con los pezones endureciéndose aún más.

Devon dio un paso atrás y me recorrió con la mirada de arriba abajo, como si estuviera tasando un cuadro en un museo.

—Preciosa —dijo—. Te sienta tan bien que te follen con los dedos, cariño.

Me apreté alrededor de los dedos de Theo, que seguían obrando su magia. Con la otra mano subió a juguetear con mi pezón a través del sujetador, mientras la boca de Devon encontraba el otro, su lengua arremolinándose sobre el encaje alrededor del pico tenso.

Era un caos de sensaciones, con el cuerpo palpitándome de necesidad. Los dedos de Theo se deslizaron fuera de mí y me quejé por la pérdida.

—Ten paciencia, cariño —ronroneó, y luego enganchó los dedos en la cintura de mis braguitas y me las bajó despacio.

Devon desabrochó mi bralette y luego se apartó cuando yo salí de las braguitas, quedándome desnuda ante ellos, el cuerpo enrojecido y dispuesto. Las manos de Devon encontraron mi culo, tirando de mí contra él, su erección presionando contra mi vientre.

A Theo se le oscurecieron los ojos; se lamió los dedos que me había metido dentro y luego me dio la vuelta para encararlo. Su boca encontró la mía, su beso hambriento y exigente, con mi sabor en la lengua. Una nueva oleada de deseo me recorrió.

Joder, ¿cómo podía estar teniendo los mejores besos de mi vida con tres minutos de diferencia?

Alargué las manos y di con sus cinturones, que desabroché deprisa. Les empujé los pantalones y los bóxers hacia abajo; sus pollas saltaron libres y se alzaron orgullosas.

Me arrodillé delante de ellos con un gemido lascivo y cogí una en cada mano. La polla de Devon era gruesa, con una vena palpitante que recorría la parte inferior; su piel, de un rosa cálido y enrojecido, y la cabeza, de un rojo brillante, con la hendidura ya húmeda por una gota de líquido preseminal. Se curvaba ligeramente hacia arriba y palpitó cuando le soplé aire caliente.

—Mmmmm, ¿por dónde empiezo? —murmuré para provocarlos.

La de Theo, en cambio —literalmente—, era más delgada pero también más larga, y tenía un precioso tono casi morado. Las venas

eran menos marcadas pero aún visibles, latiendo al ritmo de su corazón.

Su piel era seda suave que recubría acero bajo mis dedos; los acaricié a los dos, moviendo las manos al unísono, antes de inclinarme por fin, con la lengua saliendo para saborear primero la punta de Devon; me humedecí los labios y pasé a la de Theo.

Después de probarlo también a él, me metí la polla de Theo en la boca, chupando y arremolinando la lengua alrededor de la punta sensible mientras masturbaba a Devon. Theo gimió, sus manos agarrándome del pelo cuando me lo metí entero y chupé unos segundos antes de volver con Devon. Le di el mismo mimo, meneando la cabeza mientras satisfacía a los dos, a uno con la boca y al otro con la mano.

Alcé la vista y los dos me miraban desde arriba, con los ojos velados. La forma en que me miraban, con la boca entreabierta, me hizo sentir como una diosa que tenía todo el poder del mundo sobre esos dos hombres.

Y entonces me metí sus dos pollas en la boca, chupándolas y lamiéndolas a la vez. Soltaron gemidos rotos, casi idénticos, pero la sensación de tenerlos a los dos en la boca al mismo tiempo era abrumadora, y por cómo se estremecían su excitación también iba en aumento.

La mano de Devon se enredó en mi pelo al cabo de un momento, justo cuando sus jadeos empezaban a volverse demasiado ásperos.

—Inclínate —gruñó, y me tiró hacia atrás, poniéndome a cuatro patas—.

—Quiero follarte antes de correrme.

Obedecí, temblando de anticipación. Devon se puso un condón rápidamente, luego me aferró de las caderas y se colocó a la altura de mi entrada, su polla caliente y dura contra mí. Pasó la punta por mi sexo y, con un solo envite, me penetró, dándome en el punto G al instante.

—¡Joder, eso es... ¡Dios! —grité, apretándome a su alrededor.

Theo se arrodilló frente a mí y me agarró del pelo, echándome la cabeza hacia atrás con suavidad pero con firmeza. Abrí la boca como una niña buena y lo recibí con ansia, mi lengua rodeándole el tronco mientras Devon empezaba a follarme, sus embestidas profundas y poderosas.

Las manos de Devon se clavaron en mis nalgas y luego me soltó un azote seco en una de ellas; el escozor se sumó al placer.

Gemí con la polla de Theo metida en la boca.

—¿Te gusta, cielo? —gruñó Devon, justo cuando la polla de Theo me golpeó el fondo de la garganta.

Asentí y me relajé, dejándole entrar más hondo a Theo, mientras las embestidas de Devon se volvían más rápidas, más duras, su cuerpo chocando contra el mío.

—¿Te gusta el sexo anal? —me preguntó Theo, con la voz tensa de placer.

Asentí, con la boca llena de su polla, y un gemido ahogado se me escapó de los labios. Los ojos de Theo se oscurecieron de deseo.

—A lo mejor tenemos diversión por partida doble —dijo con un gruñido bajo.

Solo de pensarlo, se me contrajo todo por dentro, justo cuando la mano de Devon encontró mi clítoris. Sus dedos frotando y dibujando círculos, llevándome cada vez más al límite. Era un manojo de necesidad; el cuerpo me dolía y me latía.

Justo cuando estaba a punto de correrme, con el miembro de Devon palpitando dentro de mí y el vaivén de Theo volviéndose más frenético mientras lo tenía hasta el fondo de la garganta, la puerta del lounge se abrió de golpe, y nos quedamos helados y nos volvimos.

Yo estaba sin aliento y al borde, con los dos hombres palpitando dentro de mí por ambos extremos, lista para correrme, y allí, en el umbral, ni más ni menos que Trevor.

Mi ex.

Capítulo Cinco



Trevor

La mayoría de los invitados ya se había ido hacía rato, y la pista de baile estaba casi vacía. La música había bajado, lánguida, y ya era la hora a la que la mayoría de las fiestas empieza a disolverse.

Escaneé a la gente, con el corazón dándome un aleteo molesto y esperanzado que no me daba desde hacía años.

¿Y si buscaba a Leah para despedirme? Quizá invitarla a un café. Quizá a comer.Quizá a algo más.

—¿Ha visto a Leah?—le pregunté a una de las damas de honor. Ella negó con la cabeza, luego les preguntó a sus amigas, pero nadie sabía dónde estaba.

—Quizá se haya ido—propuso.

Puede. Sin embargo, Leah no era de las que se iban antes de que parara la música. No cuando podía exprimir hasta el último segundo de vida de una noche. Incluso si estaba trabajando. Aunque no estaba seguro de que *de verdad* estuviera trabajando esta noche.

Entonces, ¿dónde coño está?

Pensaba que había pasado página. Que por fin la había superado. Había salido con otras personas, había tenido rollos —tanto sin importancia como con algo de significado—. Incluso creo que llegué a sentir algo por algunas, pero en cuanto me topé con *ella* esta noche —literalmente—, quedó claro que me había estado mintiendo a mí mismo.

Verla delante de mí, con su pelo largo y liso que parecía ónice alisado, con un minivestido verde que realzaba sus ojos castaños oscuros, fue como un puñetazo en la cara. Se veía más alta de lo que recordaba, probablemente por sus tacones de diez centímetros. Su mano en mi pecho, en cambio, era exactamente como la recordaba.

Seguía estando jodidamente preciosa.

Dios, la echo de menos.

Echaba de menos la forma en que leía por encima de mi hombro y se distraía a mitad. Cómo decía mi nombre cuando estaba cansada, como si ya estuviera soñando. Echaba de menos su capacidad de organización casi patológica, y cómo siempre animaba a todos a dar un salto de fe y seguir su corazón.

Dijo que no podía con la distancia, que mataría lo nuestro. Que no era justo para ninguno de los dos.

Y la creí.

La había dejado marchar.

Como un puto idiota.

Empecé a buscarla por el recinto, pasando junto a sillas vacías y trozos de tarta a medio comer esparcidos entre copas de vino casi vacías. Ni rastro de ella. Incluso salí al jardín, donde los farolillos de papel aún se mecían suavemente con la brisa de la madrugada. Miré alrededor, medio esperando encontrarla descalza en la hierba, mirando las estrellas —solía hacerlo después de las fiestas—, pero no estaba allí.

¡Vamos! Necesitaba verla otra vez, decirle algo.

¿Y qué diría? Cualquier cosa. Quizá pedirle que se sentara conmigo un rato y charlar. Quizá averiguar si la chispa que llevaba ardiendo en silencio en mí durante años aún latía en ella también.Aunque no fuera así, al menos lo sabría y podría dejar de preguntármelo.

Volví a entrar y casi choqué con el hermano de Dylan, Matt. Dylan nos había presentado antes, y de momento no me caía demasiado bien. No solo porque se había pasado la noche mirando a Leah, como si quisiera tragársela con la mirada.

Eso no me había gustado. De hecho, lo odié. No tenía ningún derecho a estar celoso, pero aun así...

Carraspeé y me acerqué.—Eh.

Alzó una ceja como si le interrumpiera de sus cavilaciones, pero no dijo nada.

—¿Has visto a Leah?

Frunció el ceño.—¿Por qué me lo preguntas?

—Te he visto mirarla toda la noche —dije, saltándome los preámbulos.

Me escaneó la cara y no respondió de inmediato.—¿Qué eres, su novio?

Suspiré.—En otro tiempo.

Con estas palabras, algo se le movió en la cara.—Creo que ha entrado —dijo por fin.

No esperé más. Asentí a Matt y eché a andar. Para mi sorpresa, me siguió.

—¿Adónde vas?—murmuré.

—Te ayudo a buscar. Tú solo te vas a perder, o vas a llamar a la puerta de algún huésped y vas a cabrear a alguien.

Me mordí una réplica y seguí andando, odiando que probablemente tuviera razón.

Pasamos por la cocina, revisamos el guardarropa, echamos un vistazo a la sala de descanso del personal. Luego doblamos una esquina y un sonido llenó el pasillo, amortiguado y rítmico.

Me detuve. Matt también.

Venía de un salón privado.

—¿Se supone que ese salón está ocupado?—le pregunté a Matt.

—Probablemente no —dijo Matt, alargando la mano hacia el pomo.

Le seguí dentro.

Y me quedé de piedra.

Oh.

Oh, joder.

Me quedé en el umbral, con el corazón golpeándome el pecho mientras asimilaba la escena ante mí.

Leah estaba a cuatro patas en el suelo, completamente desnuda, el cuerpo reluciente de sudor, el culo perfecto en alto. Un hombre detrás de ella la follaba con intensidad, mientras otro estaba arrodillado delante, con la mano enredada en su pelo y su polla en su boca. La visión era a la vez indignante y, para mi sorpresa, increíblemente excitante.

La decepción me golpeó como una bajada súbita de temperatura, dejándome desorientado. Siempre había sabido que Leah era salvaje, pero verla así, disfrutando tan abiertamente y sin vergüenza, como si volver a verme no hubiera significado una mierda, fue un puñetazo en el estómago.

Se me retorció el estómago. Odiaba cómo se me colaban los celos. Leah no era mía; no lo había sido desde hacía un tiempo. Aun así... verla darles a esos dos desconocidos lo que yo solía tener era como ver a alguien cantar tu canción favorita, desafinando y sin siquiera saber lo que dice.

No tengo ningún derecho. Ningún motivo para sentirme así.

Pero la lógica era un rival débil frente a la emoción. Nada en mis pensamientos en ese momento era racional—todo era crudo y salvaje.

Aun así, pese a todo ese tumulto, no podía negar la respuesta primitiva de mi cuerpo. Leah estaba jodidamente preciosa así. Siempre había estado buena, pero con el cuerpo encendido de placer y los ojos cerrados en éxtasis mientras la follaban, rozaba lo divino. Se me estremeció la polla. Quería ser yo quien estuviera dentro de ella, sentir su coño apretado y húmedo alrededor de mí. Quería unirme, ser parte de esta experiencia intensa y carnal.

Pero la rabia estaba también ahí, hirviendo a fuego lento bajo la superficie.

¿Cómo puede follarse a dos tíos justo después de verme otra vez?

Se suponía que éramos el para siempre del otro, pero ella parecía haber pasado página con facilidad, mientras yo aún intentaba recomponer mi corazón.

Quería irrumpir, reclamarla, enseñarle lo que se estaba perdiendo. Pero también quería darme la vuelta y marcharme, escapar del dolor y del deseo que me estaban desgarrando.

Era como si hubiera estado ahí plantado horas, pero la verdad es que no podían haber pasado más de uno o dos segundos. Porque ahora el trío había girado la cabeza hacia Matt y hacia mí.

Los ojos de Leah se abrieron de par en par; su cuerpo se tensó al jadear, intentando incorporarse a toda prisa.

—¡Mierda! —soltó, cruzando de golpe los brazos sobre el pecho, desenredándose de los dos hombres y cogiendo el vestido que había tirado. —¿Pero qué coño...?

El que había estado dentro de su coño giró la cabeza hacia nosotros con desgana. Intenté mirar a cualquier sitio menos a su erección, que hacía un momento había estado dentro de mi ex.

—¡Bienvenidos! —dijo con un entusiasmo desmedido, probablemente para disimular la misma molestia que sentía yo—. Uníos, ¿por qué no? Seguro que por algún lado tenía en su lista de cosas que hacer antes de morir 'gangbang con cuatro tíos'. Se rió de su propio chiste.

—Cállate —gruñó Leah—. ¿En serio, chicos? ¿Os metéis así, sin más? ¡Esto no es una exhibición!

—Sí, en serio, ¿pero qué coño, tíos? —gruñó el otro, poniéndose delante de Leah para taparla. Como si sirviera de algo, con la polla colgándole así, manchada de rojo por el pintalabios de Leah.

Leah se movió detrás de ellos, se subió el vestido y se llevó con ello esos pechos de escándalo. Se agachó para coger la ropa interior del suelo y le soltó un puñetazo en el brazo al que había hecho el comentario del gangbang.

—Vale, para que quede claro, Devon —dijo Leah, sin aliento—, esa entrada era una broma. En su mayor parte. Una—bueno... dos—de mis amigas están en una situación con cuatro tíos y les va de maravilla. Yo solo... tenía curiosidad.

Por un momento, nadie dijo nada. Las palabras quedaron flotando y Leah parecía querer tragárselas.

—Bueno... yo me apunto si tú te apuntas —dijo por fin Devon; luego miró al otro—. ¿Theo?

—Obviamente —dijo Theo, poniendo los ojos en blanco.

La mirada de Leah se desplazó hacia Matt, como esperando que dijera algo. Evitó la mía.

La expresión de Matt era completamente inescrutable. No sonreía de medio lado como Devon ni era displicente como Theo. Se limitó a mirarla, como sopesando algo. Al final, asintió apenas.

Porque... ¿por qué iba a oponerse? Leah era una diosa—¿quién no iba a querer tenerla?

Y ahora Devon sonreía como si le acabaran de tocar la lotería. Theo —por supuesto—, obvio. Y luego Matt... Matt solo asintió, tranquilo como un monje. Tranquilo.

¿Cómo demonios podían estar todos tan tranquilos? Hablaban de esto como si estuvieran discutiendo quién iba a ir a por el café.

Cada fibra de mi ser quería lanzarse, pero no quería *parecer desesperado*. Aun así, tampoco podía quedarme callado.

Pero antes de que me diera tiempo a decidir qué quería decir, Leah terminó de bajarse el vestido y ni siquiera se molestó en ponerse los zapatos.

—Gracias, chicos, pero, eh, esto es un poco... Ya. Me tengo que ir. Perdón por el, hum... continuará.

Luego por fin se volvió hacia mí, y su mirada se demoró un instante.

Se me atragantó el aliento. Estaba increíble, incluso así.

Y entonces desapareció, se esfumó por la puerta, con las bragas hechas una bola en una mano y el sujetador y los zapatos colgándole de la otra.

Me quedé allí, aturdido. No tenía derecho a estar celoso, pero, Dios, quería gritar.

Por suerte, los dos tipos también se habían puesto los pantalones. Durante un largo momento, nadie dijo nada.

Luego Matt soltó, imperturbable: —Pues eso. Hemos encontrado a Leah—.

Devon negó con la cabeza. —En serio, tío, ¿no podías haberla encontrado dos minutos más tarde?

—Cállate —dije, frunciendo el ceño.

—Dios, espero que termine esa lista —dijo el otro.

—¿Qué lista? —pregunté, aunque algo me decía que en realidad no quería saberlo.

—Dejad que os ponga una copa —dijo Devon, señalando la barra del lounge y dirigiéndose hacia allí.

No pude resistirme a seguirle y, por lo que parecía, tampoco Matt y Theo.

Capítulo Seis



Leah

Ni siquiera sé cómo llegué hasta mi coche, pero abrí de golpe la puerta del conductor, me dejé caer en el asiento y di un portazo tras de mí, como si así pudiera mantener fuera mi vergüenza.

No funcionó.

—Oh, Dios mío —susurré, arrastrando ambas manos por la cara—. —Oh, *Dios.*

Me eché hacia atrás; el cuero estaba frío contra mi espalda.

Me temblaba todo, y el corazón me retumbaba aún más ahora que cuando nos habían pillado. Cada vez más fuerte cuanto más lo repetía mi mente. La cara de Trevor cuando irrumpieron. El silencio de Matt. La deliciosa polla de Theo en mi boca. Las manos de Devon en mi culo.

Se me encendió de nuevo todo el cuerpo, como si no supiera distinguir entre la vergüenza y el deseo.

—Dios —gemí, enterrando la cara entre las manos—. —*¿Qué ha sido eso?*

El trío no había sido el problema. Eso había sido... inquietantemente fácil. Dos bocas y cuatro manos sobre mí, el ronroneo grave de Theo en mi oído y la sonrisa de Devon mientras me chupaba los pechos... Su ritmo increíble, sincronizado, mientras me follaban... Había sido lo más natural del mundo, como si me hubiera metido en una fantasía.

Que nos pillaran, eso sí... Uf. En mis casi treinta años nunca me habían pillado, y ahora no solo habían entrado de sopetón, sino que me habían pillado mi ex y el flamante cuñado de mi prima.

Me encogí, subiendo las rodillas al pecho como si pudiera plegarme hasta dejar de existir. —No. No. Voy a proyectarme astralmente hacia el sol. Ahora mismo.

Dejé caer la frente contra el volante, gimiendo.

¿Por qué he salido corriendo?

¿Por qué no me lo he tomado a risa, les he guiñado un ojo y me he tirado a la piscina? Devon hasta me había dado la oportunidad. Podría haber dicho *—¿Os apuntáis, chicos, o solo habéis venido a juzgar?—*.

¿No estaba intentando quitarme de encima esto del Dirty Thirty? Hablando de eso, ¿podía siquiera tachar el trío como hecho en mi lista de deseos?

—No me he corrido —murmuré en voz alta—. —Nadie se ha corrido. Así que, técnicamente...

Esa idea solo lo empeoró. Se me juntaron los muslos de forma involuntaria.

—Vaya puto desastre... —gemí, dando con la frente en el volante.

La cara de Trevor parecía como si le hubiera abofeteado y, aun así, allí se quedó, devorándome con la mirada como si no hubiéramos cortado hace casi una década.

Y Matt... ni siquiera le conocía. No es que conociera a Theo y a Devon...

Me removí en el asiento; el cuero se me pegaba a los muslos desnudos, lo que hacía que el escozor de las manos de Devon resultara aún más acusado. Si me concentraba, todavía podía saborear a Theo.

Apreté las rodillas y solté una maldición por lo bajo.

—No puedes estar cachonda *y* hecha polvo emocionalmente a la vez, Leah.

Pero mi cuerpo no escuchaba. Molesta, cachonda y frustrada, deslicé la mano bajo la falda; los dedos encontraron mi clítoris aún húmedo y palpitante.

Debería quitarme un poco el calentón.

Los dedos de la otra mano se deslizaron sin esfuerzo entre mis pliegues, y me permití imaginar que eran Theo y Devon quienes lo hacían. Empecé a acariciarme, los dedos girando en torno a mi clítoris, lanzando descargas de placer por todo mi cuerpo. Pero justo cuando alcanzaba un buen ritmo, mi mente volvió a reproducir el momento en que Matt y Trevor irrumpieron y sus caras de estupor.

Y luego estaba la forma en que Trevor me miró, con los ojos oscurecidos por el deseo y algo más, algo más hondo que no terminaba de entender.

Aún no me creía que hubiera estado con dos tíos a la vez. El recuerdo de tener dos pollas en la boca, y luego a Devon follándome mientras yo se la chupaba a Theo, era embriagador. Me descubrí cada vez más excitada al volver a pasar la escena por mi cabeza.

Saqué la mano izquierda de mi coño y me la llevé a la boca; luego deslicé dos dedos de la otra mano dentro de mí, mientras el pulgar pasaba a girar sobre el clítoris. Me arqueé contra mi propia mano mientras chupaba mis dedos, imaginando la polla de Devon dentro

de mi coño y la de Theo en mi boca, sus manos y sus bocas por mi cuerpo, sus gemidos de placer llenándome los oídos. Estaba a punto, tan a punto, pero entonces, como antes, me vino a la cabeza la imagen de Trevor y Matt viéndome así, tan abierta y vulnerable.

De algún modo era a la vez vergonzoso y extrañamente excitante.

¿Qué estarán pensando ahora?, me pregunté.

¿Trevor me seguía deseando? ¿Iría Matt con el cuento a Martha y Dylan?

Las preguntas me daban vueltas en la cabeza, haciéndome imposible concentrarme en el placer que intentaba darme.

—Joder...

Aparté la mano; el cuerpo me seguía doliendo de necesidad, pero la cabeza estaba demasiado hecha un lío para llegar. Inspiré hondo, intentando calmarme y darle sentido a lo que sentía.

Se suponía que esto iba a ser una experiencia divertida y sin complicaciones, un tic más en mi lista de deseos. Pero ahora parecía haberse ido de madre, y no estaba segura de estar lista para afrontar las consecuencias.

Se me escapó un quejido de la garganta, y no era de los sexis. Más bien como un gato estrangulado.

Lista Dirty Thirty de Leah Jaber: un punto a medias, y tantos por delante.

Solté una risita débil. Luego eché la cabeza hacia atrás y exhalé por la nariz.

Con un gruñido derrotado, alcancé el móvil, esperando un poco de ayuda de mi e-book guarrete de turno. Estaba a rebosar de picante al rojo vivo, envuelto en un delicioso paquete de hombres lobo y vampiros. Tíos buenos, grandes gestos y una cantidad completamente irresponsable de orgasmos. En esta serie, una chica podía ser amada, arruinada, adorada... y luego despertarse con el desayuno en la cama y un rabo bien caliente listo para llevarla al cielo.

Abrí la app de lectura, pero antes de poder empezar a leer cómo ataban a la protagonista a una silla de cocina y le daban nata montada de forma sensual, apareció una notificación sobre Rachel.

Luego otra, sobre Savannah.

Fruncí el ceño al mirar el móvil.

—Vale, esto sí que parece una especie de señal del universo...

Toqué primero la de Rachel y encontré un carrusel de imágenes y vídeos. La primera diapositiva era de ella y sus cuatro novios moteros en el porche de una casita monísima con un felpudo de bienvenida ante la puerta. Rachel hacía tintinear un manojo de llaves mientras sus chicos sostenían un cartel de «VENDIDA».

Así que eso era lo gordo que tenía en marcha.

En la siguiente foto, estaba acurrucada en medio de un montón de hombres enfundados en cuero sobre un sofá hundido, sonriendo como si le hubiera tocado la lotería. Y en la otra estaban los perretes.

Dios, adoraba a esos monstruitos raros. Gremlin, Spork y Kitty. Todos eran chuchos rescatados, vagamente parecidos a duendecillos con prognatismo. El pie de foto decía: «Caos domado. Paz conseguida. #FullHouse

Sonreí. Era imposible no hacerlo. Rachel había sido un meteorito en llamas atrapado en un huracán cuando nos conocimos en Stanford. Siempre había sido salvaje, inquieta y de una autoboicotadora a nivel profesional. Criarse como princesa del MC le había dado serios problemas de tozudez, y se reflejaba en cada una de sus decisiones.

Habíamos tenido varias charlas motivadoras empapadas en vino, y aún más noches en vela llorando por un ex u otro. Luego nos metimos en un estúpido juego de retos durante una fiesta de fraternidad, y eso le cambió la vida para siempre. Ahora... seguía siendo salvaje, pero se había suavizado, de algún modo, sin perder el filo.

Noté una especie de descarga en el pecho. Deslicé, y apareció la nueva publicación de Savanna.

Era un vídeo, que empezó tembloroso y luego se estabilizó. El patio trasero de Savannah apareció en pantalla, lleno de sillas de jardín desparejadas y serpentinas de papel azules y rosas. Se me cerró un poco la garganta.

¿Era hoy?

El momento ya iba por la mitad; alguien estaba haciendo una cuenta atrás.

—¡Tres! ¡Dos! ¡Uno!

¡Pum! Confeti llenó la pantalla y cayó como nieve azul.

Luego llegaron los gritos y los vítores.

Savannah soltó un quejido muy dramático —claramente teatral, evidente por lo mucho que sonreía—. —¿Otro niño? ¡Ya hay demasiada testosterona en esta casa!

Quien tuviera la cámara giró el plano, pillando a sus cuatro rockeros saltando como adolescentes. Damien y Vic la alzaron en volandas, luego Brody y Jett le besaron a la vez cada uno una mejilla. Estaba resplandeciente, radiante, mientras alzaba las manos y formaba un corazón hacia la cámara antes de que el vídeo terminara.

Ni siquiera sabía que hoy hacía la revelación del sexo del bebé.

De todas formas tampoco habría podido ir, con la boda, pero le había dicho que este era el único fin de semana de julio en el que estaría ocupada. Sabía que esto no iba de mí. ¡Lo sabía! Pero ¿no podía haber elegido otro fin de semana? Cualquiera. Y había elegido este.

Escocía más de lo que quería admitir, sobre todo cuando había sido yo quien la había ayudado a tirarse a la piscina e ir a por lo suyo con sus chicos hace dos años.

Y cuando había tenido dudas, yo había sido quien se quedó despierta con ella por FaceTime tras su primera vez en una gira de la banda agotadora. La había acompañado entre lágrimas de «¿y si solo soy una fase?» y me había asegurado de tranquilizarla. Ahora estaba al otro lado, tenía una carrera, cuatro hombres completamente entregados a ella, una casa y un bebé en camino.

Rachel y Savannah hacían que todo esto pareciera tan fácil, con sus vidas asentadas y sus novios buenorros. Mientras tanto, a mí me acababan de pillar *in flagrante delicto* el nuevo pariente político de Martha y el único hombre que me había dicho que me quería.

Parpadeé para contener las lágrimas.

Siempre daba la cara por los demás, les cogía de la mano en medio de tormentas de mierda y les alumbraba el camino, y aun así seguía sentada sola en un coche intentando masturbarme para ahuyentar la sensación de no valer nada.

Mi móvil vibró y solté un quejido patético.

Christina: ¿DÓNDE TE HAS METIDO???

Christina: ¿Me has hecho ghosting por tarta??

Christina: ¿ME HAS HECHO GHOSTING POR UN CACHAS?

Resoplé y contesté tecleando.

Leah: En mi coche. Luego os cuento lo de los cachas.

Aparecieron tres puntitos. Luego desaparecieron. Y nada.

Fruncí el ceño y me encogí de hombros. Mi ansia se había hondo hasta convertirse en algo más hambriento. No eran ganas de sexo —o al menos no solo de sexo—. Seguía muy cachonda, pero quería algo que me hiciera sentir viva. Algo desordenado y aterrador que pusiera a prueba mis límites.

Un trío había sido un muy buen candidato para eso, pero hasta eso había salido mal.

Vale. Metí la mano en el clutch y saqué la servilleta arrugada con la Lista de los Treinta Sucios, toda emborronada.

1. Trío (solo con gente guapa, obviamente)

—Bueno —murmuré, alzándola—. —¿Medio punto?

Había estado muy excitante, pero... sí. Asunto pendiente.

Me quedé mirando la servilleta. Luego abrí la app de Notas y empecé a pasar la lista al móvil. Si iba a entrar en barrena, al menos podría hacerlo con orden.

LOS TREINTA SUCIOS DE LEAH

Trío

Que me aten

Sexo en un balcón

Striptease de alguien que sabe lo que hace

Sexo con los ojos vendados + comida

Sexo en el coche (pero en un coche guay. No un Tesla—QUÉ ASCO —.) ¿MIENTRAS ESTÁ EN MARCHA???

Sexo al despertar con alguien ya comiéndome el coño

Eyaculación femenina (¿¿Vamos a averiguarlo??)

Sexo en la ducha en grupo

Que me graben follando

Ver porno con alguien (¿y recrearlo?)

Sexo cruzando fronteras estatales

Gangbang

Me quedé mirando la palabra.

Luego lo corregí:

Gangbang (con respeto)

Mi dedo se quedó suspendido sobre la pantalla. Mi lista parecía tan deliberada ahora, como si ya no estuviera de coña. Como si lo quisiera. Como si lo estuviera reclamando.

¿Eso me convertía en una zorra desesperada? ¿Basura estúpida? ¿Un desastre sexy?

Puede. Pero estaba cansada de fingir que no era nada de eso, de todos modos.

Al final, escribí:

—No tengas miedo de desear algo solo porque te sientas estúpida por desearlo.

Lo miré durante un buen rato, y luego lo borré.

Luego, porque soy como soy, abrí una nota nueva y lo volví a escribir.

Entonces abrieron de un tirón la puerta de mi coche y pegué un grito como una niña, manoteando tanto que casi lanzó el móvil contra el salpicadero.

Mi prima se subió y se sentó a mi lado.

—¡Jesús, Christina! —me llevé la mano al pecho—. Me va a dar un infarto y te voy a dar la lata desde el más allá.

—Bien. Me hace falta un fantasma personal. El mío dimitió.

—¿Cómo es que estás aquí?

—Tu mensaje sonaba a cotilleo jugoso.

Solté un quejido y apoyé la frente en el volante.

—¿Qué?

Dejé escapar un gemido patético.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Dudé, pero solo un segundo, y entonces todo se desbordó como una presa rota.

—… y entonces Trevor—MI EX—entró con Matt. O sea, el nuevo cuñado de mi prima.

A Christina se le abrieron los ojos. —¡No me jodas!

Volví a gemir, arrastrando ambas manos por la cara. —Salí de allí corriendo como una Cenicienta desquiciada.

—Quiero decir… —se mordió el labio, claramente intentando mantener el tipo—. Es para morirse de vergüenza. Pero también, ¿un poco morboso?

—Estuvo muy bien —admití—. Y divertido. Pero luego me…

—¿Como una mierda?

—Más bien que me estaban juzgando.

—¿Crees que te estaban juzgando?

—No lo sé. Probablemente no. Pero estaba demasiado expuesta.

—Leah. Tenías a dos tíos buenos haciéndote la brocheta. Eso va con el territorio.

Resoplé y miré por la ventanilla. Pronto amanecería.

Suspiré. —Rachel y Savannah lo hicieron, ¿no? Pero eso no es un motivo.

Christina ladeó la cabeza. —¿Por qué no?

Me encogí de hombros. —Porque no puedo copiar y pegar sus vidas en la mía como si fuera un Mad Libs puteril.

—Pero son felices.

—Ya —dije—. Lo están.

—Así que quizá solo estás guiándote por reseñas estelares de clientes satisfechos. Seamos sinceras: todas hemos soñado con follarnos a más de un tío bueno a la vez, ¿no?

—¿Ah, sí? —sonreí de medio lado.

Christina me echó una mirada. —Leah, ¿qué quieres?

La miré. Luego aparté la vista. Y luego volví a mirarla.

—No lo sé —admití—. Solo sé que estoy cachonda, confundida y emocionalmente estreñida.

Se echó a reír. —Bueno. Ahí tienes tu respuesta.

—¿Qué?

—Vete a que te empotren. Ya pensarás después.

—¿Me estás diciendo que... qué? ¿Que empiece una odisea puteril?

—Te doy mi bendición, hija —dijo con grandilocuencia—: para que explores tus fetiches, tus deseos y tus flechazos en nombre de la sanación, la curiosidad y el gozo orgásmico.

La miré fijamente.

—Vale —dije—. Festival del puterío, entonces.

Era fácil decirlo, pero ¿seguirían siquiera en el salón?

Me guiñó un ojo. —Será mejor que vuelvas resplandeciente.

—Será mejor que *me corra*, por lo menos.

Capítulo Siete



Leah

—Vale —dije, despacio—. Voy a... mandarles un mensaje con toda la calma. Soy una mujer segura de sí misma y sexualmente despierta. No es para tanto.

La caja de texto me devolvía la mirada, vacía salvo por dos palabras patéticas: «*Bueno, pues*»

Las borré. Volví a empezar. Y las volví a borrar.

Abrí la app de Notas para asegurarme de que no lo mandaría por accidente antes de que estuviera perfecto.

En cuanto terminé de teclear, un par de minutos después, me quedé mirando el móvil embobada.

—Pequeño problema —le dije a Christina—: no tengo sus números.

Christina soltó un sonido estrangulado entre un resoplido y un quejido. —¿No les pediste los números? —preguntó, incrédula.

Eché la cabeza hacia atrás contra el reposacabezas con un gemido teatral. —Estaba un poco ocupada mientras me empotraban y, para colmo, nos interrumpieron como para pedirles el contacto.

—Error de novata —dijo entre risitas—. Pide siempre su Instagram en plena embestida. Quizá puedas buscarlos.

—Uf. No. Ni siquiera sé sus apellidos, pero quizá pueda preguntarle a Martha... Lo de Devon podría averiguarlo por el trabajo, pero sería de lo más poco profesional. Y Theo, por lo que sé, podría ser un prófugo.

—Te sabes el apellido de Matt. Y el de Trevor.

—Sí, claro —solté una risita—. Que los llame a Dylan o a Martha y les diga: «Oye, ¿me pasas el número de tu hermano para invitarlo a una orgía?». Y escribirle a Trevor después de todo eso... ¿Te lo imaginas?

Christina alzó una ceja. —Sí. Puedo imaginarte haciendo literalmente todo eso, salvo que no lo harás, porque eres una gallina.

—No soy una—

Hizo ruidos de cacareo, con aleteo de codos incluido.

Puse los ojos en blanco y me hundí más en el asiento del coche. —No tiene sentido. Aunque Trevor siga con el mismo número —que probablemente no—, ¿por qué iba a importarle?

—¿Te estás oyendo? Estás poniendo excusas antes siquiera de intentarlo.

—Estoy siendo realista.

—Eres una cagueta. Te llenas la boca animando a los demás a lanzarse y, cuando te toca a ti, reculas.

—Qué borde.

—Es verdad. —Cruzó los brazos—. ¿Qué es lo peor que puede pasar? ¿Que no contesten? Enhorabuena: te quedas exactamente donde estás ahora.

Eché un vistazo a la app de Notas. El mensaje y la lista de cosas por hacer antes de morir estaban uno al lado del otro.

—Quizá debería—

—Ni se te ocurra tirar la toalla antes de empezar.

—Deja de hacerme terapia. Estoy demasiado desnuda para esto.

—Estás vestida, Leah.

—Desnuda emocionalmente.

—Pues, emocionalmente, planta cara, mujer.

Exhalé por la nariz. —A veces eres realmente pesada.

Ella sonrió de oreja a oreja. —Y aun así me quieres. Y siempre tengo razón.

Mis ojos volvieron a la lista. La había escrito por la emoción. Casi tenía treinta años.

—Nada de disculpas —murmuré.

—¿Qué?

Cogí el móvil de un tirón y lo metí en el bolso de mano. —He dicho: nada de disculpas. Voy a ver si puedo encontrarlos dentro.

Christina sonrió con picardía. —Esa es la Leah que conozco y quiero.

—Ayúdame a arreglarme el pelo —dije, mientras ya salía del coche.

·♥·♥·♥·♥·♥·

Joder, menos mal que siempre llevaba bailarinas en el coche, porque no quería hacer el paseo de la vergüenza a la inversa con tacones. Quedaban solo unos cuantos rezagados en la recepción —sobre todo tíos borrachos cantando canciones viejas de los ochenta—, pero los proveedores ya se habían ido. Aun así, Martha había reservado el local hasta la mañana siguiente para que ella y su marido pudieran hacerse una sesión de fotos de «recién casados» a la luz del día.

Me metí por el pasillo hacia el salón privado con el corazón en un puño. No sabía qué esperaba. Seguro que ya se habrían ido —había estado en el coche al menos veinte minutos—.

Para mi sorpresa, cuando abrí la puerta los cuatro seguían allí.

Más raro aún: parecía que estaban simplemente... pasando el rato, como viejos amigos.

La puerta se cerró a mi espalda y todos alzaron la vista hacia mí.

De inmediato, Matt se incorporó en el sofá y le relampaguearon los ojos verdes. Su expresión viró a algo parecido a la intriga mientras dejaba a un lado su whisky.

Era la primera vez que me lo miraba de verdad, con calma. Superaba fácilmente el metro ochenta, y todo él era músculo fibroso bajo su camisa blanca impecable, que le quedaba quizá demasiado perfecta. El pelo rubio, peinado hacia atrás desde una frente poderosa; pómulos afilados; y una boca que parecía sacada de un cuadro de un ángel caído.

Devon seguía despatarrado en uno de los sofás, con las piernas abiertas, la camisa arrugada y los rizos castaños, todavía sudados, cayéndole sobre los ojos color avellana. «Pagado de sí mismo» se quedaba corto para su expresión mientras daba un sorbo a su vaso ancho, como si ya supiera a qué había venido.

Theo, de algún modo, seguía increíblemente impecable para alguien a quien acababan de interrumpir a mitad de polvo. Se despegó de la pared en la que se apoyaba cuando yo entré, y sus ojos negros se clavaron en mí con un peso que me hacía querer retorcerme. Luego descendieron a mis piernas, reptando hacia arriba hasta mis caderas, mi pecho, mi boca... Era sutil, pero igual de voraz.

Trevor se limitó a mirar, inmóvil. La mandíbula se le contrajo levemente cuando nuestras miradas se cruzaron, pero nada más. Seguía pareciendo el chico que pensé que podría haber sido mi siempre, con los mismos ojos profundos que solían derretirme, sobre todo cuando venía del campo con el pelo revuelto y manchas de hierba en las rodillas.

Siempre había tenido pinta de ídolo de película adolescente. El primer flechazo de una chica. Complexión atlética, una sonrisa antaño fácil que se reflejaba en sus ojos grises, y un cabello rubio oscuro despeinado que jamás se molestaba en peinar. Ahora, sin embargo, me miraba como si estuviera intentando no encogerse.

¿Cuánto tiempo llevaba ahí plantada? Me parecía que horas, pero probablemente habían sido más bien dos segundos.

Respira hondo, Leah.

Entré directa en la habitación y dejé caer la lista original, escrita en la servilleta, sobre la mesa de centro entre ellos.

—¿Queréis entrar?

La sonrisa de Devon se ensanchó, como si acabara de ganar una apuesta. —Dios, estaba deseando que lo preguntaras.

Los brazos de Theo cayeron de su pecho y ladeó levemente la cabeza, con los ojos aún pegados a mí. Si las miradas desnudaran, yo ya estaría otra vez desnuda. —¿Los cuatro?

Dudé, pero solo un suspiro. —Sí.

Matt descruzó las piernas y se inclinó para echar un vistazo a mi lista.

—Espera —dijo, escéptico—. ¿Todo?

—Cada maldita cosa.

Hubo un compás de espera. Luego hasta Trevor pareció cobrar vida, y la servilleta fue pasando por cuatro pares de manos.

Devon la leyó en voz alta para todos.

Matt frunció el ceño. —El número seis es *definitivamente* ilegal.

Devon sonrió. —Eso va a ser, probablemente, la mitad de la gracia.

Theo le arrebató la servilleta. —Mientras tanto, el número ocho es un martes cualquiera.

Tragué en seco; se me encendieron las mejillas.

Trevor cogió la servilleta como si estuviera hecha de dinamita. —¿De verdad has escrito esto? ¿Quieres estas cosas?

Le sostuve la mirada. —Sí. Lo quiero todo. Y un montón de otras cosas que he escrito hace nada en el móvil.

Me miró como si no tuviera ni idea de quién era, pero yo no pestañeé.

—Quiero que se me permita querer cosas sin juicios. Miré a mi alrededor. —Así que, si estáis dentro, decídmelo, porque yo quiero esto.

Devon dejó su vaso con una sonrisa. —Joder, claro que sí, estoy dentro.

Theo asintió. —Yo también, naturalmente. Tenemos asuntos... pendientes.

Los ojos de Matt buscaron los míos. —Ni siquiera nos conocemos tan bien.

Me encogí de hombros.

—¿Estás segura? —insistió.

—Nunca he estado más segura.

Quedaba Trevor, que apenas había dicho una palabra. Me miraba como si intentara ver a través de mí y llegar a la parte de mí que solía tener entre las manos.

Luego asintió despacio, en silencio, como si le diera un miedo atroz quedarse fuera. Como si ya se hubiera perdido demasiado y no estuviera dispuesto a dejar escapar ni un segundo más.

Y así, sin más, la lista de deseos dejó de ser solo una fantasía de borrachera para volverse tangible de una forma que era aterradora y electrizante a la vez.

No iba a avergonzarme de desear.

Capítulo Ocho



Leah

—Vale, ¿por qué no empezamos entonces? —dijo Devon, como si fuéramos a presentar un trabajo en grupo.

Como si alguien hubiera accionado un interruptor. Devon y Theo se movieron los primeros, sus manos explorando mi cuerpo, tirando de mi ropa, como si intentaran retomar exactamente donde lo habíamos dejado.

Devon me besó con hambre, su lengua explorando mi boca con una pericia que me dejaba las rodillas flojas. Las manos de Theo

encontraron mis pechos y soltó un jadeo de placer al descubrir que no me había vuelto a poner el sujetador.

Matt fue el siguiente en unirse, colando ansioso la mano bajo mi falda, sus dedos encontrando mi coño desnudo y mojado. Me acarició los pliegues y luego rodeó mi clítoris con caricias ligeras, enviándome escalofríos por la espalda.

Por fin, Trevor se acercó; me rodeó con los brazos antes de cogerme la barbilla y apartar mi boca de la de Devon. Sus labios encontraron los míos en un beso exigente, y de repente fue como si me hubiera besado por última vez ayer mismo. Mi boca encajó en un ritmo perfecto contra la suya mientras empezaba a desnudarme despacio, con un toque posesivo y necesitado.

Los labios de Devon descendieron por mi cuello, mordiéndome hasta la clavícula mientras empujaba mi vestido hacia abajo y dejaba mis pechos al descubierto. La boca de Matt atrapó un pezón; su lengua lo rodeaba, sus labios chupaban y mordisqueaban mientras deslizaba los dedos en mi humedad, con el pulgar en mi clítoris.

Las manos de Trevor me sujetaron de las caderas y me pegaron a él; su polla ya dura se marcaba contra mi vientre. Me hizo girar, su cuerpo apretándose contra el mío; su boca me chupó el cuello justo cuando Matt sacó un dedo de mi coño y me tanteó por detrás.

Como no protesté, me sacó los dedos.

—¿Por…? —alcancé a empezar, pero no tuve tiempo de quejarme porque Theo ocupó su lugar, me besó y empezó a follarme despacio con los dedos.

—Te voy a hacer sentir muy bien —dijo Matt al volver con un pequeño tarro de aceite de coco, probablemente de la cocina del lounge. Cogió un poco con las manos y me lo untó en el ano, masajeando alrededor de la entrada antes de presionar un dedo y luego un segundo, estirándome. Jadeé, apretándome en torno a ellos.

—Demasiado bueno —gemí.

—Me alegro —dijo con una sonrisa; luego me besó y sus dedos aceleraron, bombeando en mi culo.

Las manos de Trevor vagaron por mi cuerpo, jugando con mis pezones, encontrando todos esos puntos que sabía que me encantaba que me tocaran; me tocaba como si fuera un violín, lanzándome sacudidas de placer.

Mientras tanto, Devon fue besándome hacia abajo y enseguida sus labios carnosos se cerraron sobre mi clítoris, su lengua jugueteando con mi botón sensible entre mordisquitos y succiones. Tres de sus dedos entraron en mí, curvándose y acariciando contra mi punto G.

—Oh, joder, ¡ahí mismo! —grité mientras el placer iba en aumento. Bajo el bombeo sincronizado de los dedos de Devon y Matt, mi orgasmo llegó por fin, arrasándome el cuerpo como una tormenta.

En cuanto dejé de convulsionar, dedos y bocas se apartaron de mí. Lo siguiente que supe fue que los cuatro me llevaron hasta el sofá, y Theo me colocó a cuatro patas. Aún jadeaba cuando se puso un preservativo y se deslizó dentro de mi coño poco a poco.

—Ah, qué bueno —gimió, sonando como si se hubiera bebido un trago largo y fresquito después de un día al sol.

Empezó a follarme mientras los otros me rodeaban, con las pollas duras y listas a mi alrededor. Me humedecí los labios y fui primero a por la polla de Devon, envolviéndola con la mano y acariciándola despacio mientras Matt se colocaba frente a mí.

Su polla era una maravilla: un poco más corta que las demás pero muy gruesa, hasta el punto de que apenas podía cerrar los dedos a su alrededor. Las venas se marcaban bajo un glande rojo y brillante, que ya supuraba líquido preseminal.

Me lo metí en la boca como si estuviera hambrienta, estirando los labios para abarcar su grosor, con la lengua girando y explorando.

Sabía jodidamente bien. Gemí con él en la boca, bombeando la polla de Devon con la mano, mientras Theo me daba con fuerza en el coño y me abría el culo apretado con los dedos.

Unas cuantas embestidas después, sin embargo, Theo salió de mis dos agujeros, y yo solté un quejido por la pérdida.

—No eres nada paciente, ¿eh? —preguntó Theo, dándome un azote fuerte. Escoció delicioso. Lo hizo otra vez, luego algo pegajoso me goteó sobre el culo y, al momento, Theo apoyó la punta de su polla contra mi ano; el glande fue entrando despacio. Hacía tiempo que no practicaba sexo anal, y la sensación de que me abrieran era increíble, como si fuera la primera vez otra vez.

El placer y el dolor me pusieron la piel de gallina, y empujé hacia atrás contra él, dejándolo entrar más hondo; mi cuerpo se cerraba a su alrededor.

Entonces me topé con la mirada de Trevor. Parecía hipnotizado al verme follada una vez más. Su mirada tormentosa se clavó en la mía, con una expresión indescifrable.

Devon apartó su polla de mi mano. —No vamos a dejar que ese coño precioso se sienta descuidado.

Pero Trevor se interpuso en su camino, bloqueando a Devon con el brazo para que no diera otro paso. Sin apartar los ojos de los míos, se puso un preservativo y luego se deslizó bajo mí; su polla entró en mí con una familiaridad a la vez reconfortante e intensa. Y entonces me golpearon la plenitud y la presión de tener dos pollas dentro, y se me cruzaron un poco los ojos.

—Joder, echaba tanto de menos tu coño —gimió, chupándome el cuello.

Aun con la polla de Matt en la boca, Trevor me cogió de la barbilla e hizo que mantuviera su mirada mientras empezaba a embestirme.

Me perdí en esa mirada. La polla de Trevor dentro de mí era como ponerse un jersey cómodo y querido. Era como si no hubiera pasado el tiempo y siguiéramos siendo los de antes.

Mi boca alternaba entre Devon y Matt, y mi mano se ocupaba del que no estaba en mi boca. Las embestidas de Theo se volvieron más rápidas y más duras; su cuerpo chocaba frenético contra el mío

hasta que se puso rígido, su polla palpitó dentro de mi culo al correrse y su gemido de placer me llenó los oídos.

Matt se apartó de mi boca, ocupando el lugar de Theo mientras Trevor aflojaba el ritmo y me follaba con embestidas poco profundas y perezosas.

—Eres demasiado grueso para mi culo —le dije a Matt, preocupada.

—Eso suena a rendirse —sonrió. Luego cogió más aceite de coco y embadurnó tanto su polla como mi agujero.

Trevor inclinó la cabeza y empezó a chuparme las tetas mientras Matt se preparaba para entrar en mí.

Para mi sorpresa, Matt se abrió paso dentro de mí con bastante facilidad; su gruesa polla me estiró aún más. Ahora gemía con la polla de Devon en la boca, gimoteando por lo llena y dilatada que estaba. Con la primera embestida de Matt, volví a desbordarme, cayendo en picado y convulsionando por la sobreestimulación.

—Grabemos algo de eso en vídeo. Ya sabes. Para tu lista de cosas que hacer antes de morir —dijo Theo de repente.

Parpadeé a través de la neblina. —Oh, eh... Claro, qué detalle, gracias —dije.

Las embestidas de Trevor se hicieron más profundas y duras, mientras la polla de Devon latía en mi boca, con líquido preseminal caliente cubriéndome la lengua. Un instante después, Matt se tensó

y luego dio tres embestidas profundas y definitivas dentro de mi culo mientras se corría.

Devon salió de mi boca y se inclinó para darme un beso ardiente.

—Eres tan preciosa —dijo. Luego ocupó el lugar de Matt, deslizándose en mi agujero estrecho con facilidad. Con solo los dos follándome ahora, la sincronización era más fácil y pronto sus embestidas se volvieron más rápidas y más duras. Luego, con una embestida final y profunda, Devon se vació dentro de mí, apretándome las caderas mientras se estremecía al correrse.

Los ojos de Trevor se anclaron a los míos y me atrajo hacia otro beso. Era un milagro que no se hubiera corrido ya, como si estuviera conteniéndose, saboreando cada instante. Devon empezó a deslizarse para salir de mí, pero Trevor le agarró la mano.

—Quédate justo ahí —ordenó Trevor.

Devon obedeció, quedándose enterrado bien hondo en mi culo, con las caderas pegadas a mis nalgas.

La mano de Trevor se coló entre nosotros; sus dedos encontraron mi clítoris con maestría. Empezó a frotar, sin apartar la mirada, construyendo un ritmo rápido y frenético que acompañaba sus embestidas. La sensación era abrumadora; la doble estimulación me llevaba de nuevo al límite.

Cada centímetro de sus pollas palpitaba dentro de mí, y aunque Devon no embestía, su presencia en mi culo añadía una capa extra de intensidad; la presión y la plenitud me volvían loca.

Mi cuerpo se tensó y grité cuando otro orgasmo me atravesó; mis músculos se cerraron alrededor de Trevor. Él gruñó, y sus embestidas se volvieron erráticas y profundas mientras por fin perseguía su propia liberación. Con una última y poderosa embestida, se corrió, su cuerpo temblando contra el mío como si hubiera estado esperando a que todos termináramos, saboreando la anticipación para intensificar su placer.

O como si hubiera querido más tiempo conmigo.

Nos quedamos allí enredados un momento, con nuestras respiraciones mezclándose mientras apurábamos las réplicas.

Por fin, ambos salieron, y los brazos de Trevor se cerraron alrededor de mí.

—Ha merecido la pena aguantar al borde —murmuró Devon, inclinándose para besarme.

—Confío en que tú también lo hayas disfrutado —dijo Theo, con un deje divertido. No conseguía recuperar el aliento. Todo mi cuerpo temblaba. No acababa de creerme lo que acababa de pasar.

Cuatro hombres. A la vez.

Me recosté en el sofá, aún zumbando por dentro ahora que todos nos habíamos derrumbado en un ovillo de sudor y extremidades.

Joder, Rachel y Savannah han dado con algo, definitivamente.

—Vale, que alguien confirme que no me he desmayado y me he soñado todo esto, porque como me despierte y haya sido una alucinación, le voy a meter una demanda a alguien —dijo Matt.

—No estás soñando —murmuré, dejando caer la cabeza hacia atrás —. Me duelen sitios de los que ni siquiera sabía que tenían terminaciones nerviosas.

Theo soltó una risita grave. Parecía un león en reposo. —Has aguantado con los cuatro. Me tienes impresionado.

—Creo que hice algo más que aguantar el ritmo, Batman. Le lancé un cojín y él lo cogió con una mano, con suficiencia.

Matt se estaba poniendo la ropa, mirándome como si aún estuviera pasando lista de lo ocurrido. Trevor tenía un ceño muy familiar fruncido. Solía ponerse así cuando le daba vueltas de más a las cosas. Probablemente lo estaba haciendo justo ahora con respecto a mí—nosotros. O por el hecho de que acababa de follarme a cuatro personas, él incluido.

Theo echó un vistazo al reloj. —Diría que el local va a empezar a echar a la gente en nada. ¿Llevamos la fiesta a otra parte o ya has terminado?

Me puse un poco rígida, con las alarmas sonando en mi cabeza. Como dije: jamás me iría a casa con un tío al que apenas conozco. Y desde luego jamás me iría a casa con *cuatro.*

Pero entonces Trevor intervino, rozándome el brazo con la mano. —Podemos ir a mi casa.

Todos se volvieron hacia él.

—No está lejos —añadió—. Y es una casa grande, con muchas habitaciones. Mi madre se duerme a las diez todas las noches y no oiría ni una banda de música aunque desfilara por el jardín.

—¿Vives con tu madre? —le espetó Devon.

—Sí —replicó Trevor, con la barbilla alta—. Porque tiene una discapacidad y soy todo lo que tiene.

—Joder, tío, perdona —dijo Devon, alzando las palmas en señal de rendición.

—Podría funcionar —dije con cautela.

Lo de casa de Trevor era distinto. Conocía a Trevor y me había pasado varias noches en su casa cuando salíamos. Era un atajo que sorteaba todas las cosas que, de otro modo, me habrían puesto nerviosa.

—Vale, pues vamos —dijo Theo.

—¿Seguro? —le pregunté a Trevor.

Él asintió. —No creo que esté listo para dar por terminada la noche todavía —dijo con rapidez, apartando la mirada.

Joder... ¿Sigue sintiendo algo?

Asentí. —De acuerdo, sí. A lo mejor tachamos alguna que otra cosa más de la lista.

Devon sonrió.—Dios, me encanta tu lista.

Matt soltó una risita.—¿Vamos a hacer *todo* esta noche?

—Eso es un poco imposible —dije, ruborizándome—. Tengo cosas en el móvil que van por ubicación —añadí, incorporándome y estirando la mano para coger mi vestido—. No he terminado de divertirme. Ahora tengo metas. Intenciones.

Trevor murmuró.—Suenas como si fueras a apuntarte a un seminario de autoayuda sexual.

Sonreí.—Igual doy yo la charla TED.

Para cuando nos metimos en el SUV de Theo, todos volvíamos a estar a tope. Devon se aseguró el asiento del copiloto y enseguida se puso a pinchar desde su móvil. Trevor y Matt se metieron detrás conmigo, mientras Theo se enzarzaba con Devon sobre si Bad Bunny o J Balvin era el heredero de Daddy Yankee en el reguetón.

Pillé a Trevor mirándome varias veces, sobre todo cuando Matt se ponía toquetón. Lo único que podía hacer era guiñarle un ojo.

Tenía que seguir el ritmo. Esto no era más que el principio, y tenía una lista larguísima que ir tachando.

Capítulo Nueve



Leah

Cuando amaneció, me encontré enredada entre hombres. Tenía la mejilla pegada al pecho de alguien y una pierna echada sobre la mía, posesiva. Un brazo me ceñía la cintura, cálido y pesado, y alguien me estaba haciendo la cucharita.

Eché un vistazo al de la cucharita. Trevor.

Su aliento me acariciaba la nuca, acompasado. Era demasiado familiar como para estar tranquila.

Había fingido dormir en cuanto los chicos empezaron a bostezar, y pronto todos se habían quedado dormidos a mi alrededor. Solo tenía que esperar a asegurarme de que no se despertarían y luego escapar. Mientras aguardaba, mi cerebro trataba de ponerse al día.

Dios, me dolía el cuerpo de maneras que no sentía desde mi primer año en organización de eventos, cuando aún subía escaleras y cargaba yo misma los arreglos florales.

Había pasado de verdad. Los cuatro a la vez, en todas las combinaciones, desde todos los ángulos.

Y ahora aquí estaba, empapada de sudor, de pecado y de cuatro tipos distintos de almizcle masculino.

Una parte de mí estaba pletórica, pero la otra solo quería salir corriendo ahora que se había acabado la diversión.

Me zafé de sus miembros como una ladrona, moviéndome despacio y sin hacer ruido. Mi vestido estaba hecho un gurruño junto a la puerta, pero mi ropa interior estaba en paradero desconocido. Igual seguía en el coche, ahora que tenía un momento para pensarlo. Encontré un zapato bajo la cama y el otro en el baño contiguo, y me los puse. Mi dignidad, en cambio, llevaba desaparecida desde que Trevor y Matt irrumpieron en aquel lounge. Ahora se la daba por muerta.

Exhalé despacio y abrí la puerta del dormitorio de Trevor, esperando que no chirriara. Como no lo hizo y ya estaba a salvo en el pasillo, murmuré: —¡Todos libres!

La casa de Trevor apenas había cambiado en los años desde que estuvimos juntos. El mismo escalón que crujía cerca de la salita y que yo solía esquivar cuando me colaba tarde con Trevor, mucho antes de que nuestros padres supieran que teníamos relaciones. La misma colección de fotografías de él y su madre en la pared de la cocina, solo que ahora había algunas nuevas de su graduación.

Procuré no mirarlas al pasar camino de la puerta.

Entonces, alguien habló.

—¡Leah Jaber, quién lo diría!

Mierda. Me quedé helada con una mano en el pomo.

—Buenos días, señora Hopkins —acerté a decir.

Rosaline Hopkins —la madre de Trevor— parecía no haber envejecido ni un día desde la última vez que la vi. El pelo, ya encanecido, recogido en el mismo moño, y la misma bata vintage color crema que recordaba de antes. Bebía té en una taza que Trevor le había comprado durante nuestras vacaciones en México, apoyándose en su andador.

Sus ojos se clavaron en mi clarísimo atuendo de paseo de la vergüenza.

—Bueno —dijo con calma—. Vaya sorpresa.

—Perdone... yo solo, eh, estaba buscando el baño.

Alzó una ceja. —Conoce esta casa al dedillo desde hace años, creo.

Claro. Carraspeé. Carraspeé. —Ehm... sí, no es lo que está pensando —. Solté una risa floja, nada convincente—. Anoche me crucé con Trevor en la boda de mi prima y estaba demasiado borracha para conducir. Al final me quedé aquí a dormir.

Rosaline alzó una ceja y dio un sorbo al té, sin creérselo ni de lejos. —«Quedarte a dormir» —repitió con escepticismo—. ¿Es por eso por lo que el coche de Trevor no está en la entrada?

Forcé una sonrisa y me quedé mirando mis bailarinas, cambiando el peso de un pie al otro. —Así que, eh, tengo que...

Señaló el taburete de la encimera. —¿Quiere té?

Dudé. —Yo...

Me sirvió una taza igualmente, deslizándome una segunda —esta no la reconocía— por la encimera.

Me senté. Sabía que más me valía no llevarle la contraria a Rosaline cuando usaba ese tono suave y vagamente aterrador.

—No sabía que siguiera en contacto con Trevor —dijo con naturalidad.

—No lo estoy. Quiero decir... no lo estaba. Ha sido un poco por sorpresa.

—Curioso cómo hay gente que siempre acaba volviendo.

Miré fijamente el té. —Sí.

Rosaline me echó una mirada. —Siempre le ha gustado llevar las cosas... a la ligera.

—¿Es algo malo?

—No... Solo es difícil de sostener cuando cambian las tornas.

No terminé de entender qué quería decir. —Bueno, esto no ha... —me corté—. No es nada serio.

Sonrió. —Claro que no.

Se hizo un pequeño silencio mientras sorbía el té. Sus pinzones trinaban desde el porche.

Entonces entró Trevor, con el pelo revuelto, sin camiseta, descalzo, con un chándal que ya estaba viejo incluso en la universidad. Se detuvo al vernos, con los ojos yendo de mí a su madre como si se preparara para una explosión.

Rosaline lo miró a él y luego volvió a mirarme. —Bueno —dijo con una sonrisa apenas esbozada—. Hay cosas que de verdad no cambian.

Abrí la boca y la cerré.

—Buenos días —murmuró Trevor—. ¿Hay café?

—La cafetera está ahí mismo, jovencito —dijo Rosaline con severidad.

Solté una risita incómoda. Trevor se apoyó en la encimera como si tampoco supiera qué demonios hacer.

Rosaline volvió a incorporarse. —Les dejo que... se recompongan.

Se fue despacio, apoyándose más en su bastón de lo que la recordaba, pero justo antes de desaparecer por el pasillo, dijo por encima del hombro: —La próxima vez, espero que no sienta la necesidad de escabullirse.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Durante los dos días siguientes, me resistí a mandarles mensajes.

Me mantuve ocupada, enterrándome bajo los plazos, persiguiendo a floristas y proveedores de catering, y lidiando con una novia que, de repente, decidió que las peonías eran un detonante emocional.

En otras palabras, estaba ganando tiempo centrándome en el trabajo —algo que sí podía controlar.

No dejaba de abrir la lista y releer la transcripción en mi app de Notas.

LOS TREINTA GUARROS DE LEAH

Trío

Que me aten

Sexo en un balcón

Striptease de alguien que sabe lo que hace

Sexo con venda en los ojos + comida

Sexo en el coche (pero en un coche guay. No un Tesla —QUÉ ASCO.) ¿MIENTRAS ESTÁ EN MARCHA???

Sexo al despertar con alguien ya haciéndome sexo oral

Eyaculación femenina (¿¿Lo comprobamos??)

Sexo en la ducha en grupo

Que me graben teniendo sexo

Ver porno con alguien (¿y recrearlo???)

Sexo al cruzar de un estado a otro

Gangbang (respetuoso)

Sexo bajo la lluvia

Doble penetración

Juego en solitario (siendo observada)

Sexo en el agua (piscina/jacuzzi/mar)

¿Espejo???

Había añadido algunas cosas más—había decidido que tendría por lo menos treinta—, y aunque técnicamente había sido un quinteto y no un trío con los chicos, seguía pensando que contaba.

La cuestión era que todo aquello se sentía como un reto de mi yo del Festival, o de mi yo de Stanford. Una versión pasada de mí con menos autocontrol. Ni siquiera sabía si quería llevarlo todo a cabo. Pero la punzada que se había abierto en algún punto entre el salón y el dormitorio de Trevor no se había ido.

Así que, cuando Trevor por fin me escribió el miércoles por la mañana, me quedé mirando su nombre durante dos buenos minutos antes de abrirlo.

Trevor: Ey. ¿Me estás haciendo ghosting o solo te estás recuperando?

Casi lo dejé en leído, pero entonces llegó otro.

Trevor: Si es lo primero, me pondré triste, pero sin juzgar. Si es lo segundo... igual

Sonreí. Trevor siempre supo cómo tomarme la temperatura sin usar palabras como sentimientos.

Leah: Un poco de las dos. La vida es DEMASIADO

Trevor: ¿Estás bien?

Leah: Estoy bien. Solo necesito tiempo

Trevor: Quiero decir, sí, la otra noche fue... intensa

A los pocos minutos, como si se hubieran puesto de acuerdo, Theo también me ha escrito.

Theo: ¿Sigues viva?

Theo: A no ser que aquello de ser un poco asilvestrada, pero de forma encantadora, fuese mentira y te hayas echado al monte de verdad

Leah: Sigo viva

Leah: Casi

Theo: Guay. Voy a crear un grupo. Para la logística

Leah: ¿Logística? ¿No es ese mi trabajo?

Entonces ha aparecido el nuevo chat, que Theo ha bautizado «Leah's Dirty Thirty», y ha añadido a Trevor, Devon y Matt.

Matt: Tenemos interés operativo. Vamos a desglosarlo

Theo: Voto por sexo en el coche primero. ROI inmediato. Preparación mínima

Matt: ...¿Esto está pasando de verdad?

Leah: Parece que sí

Devon envió un gif de alguien pisando a fondo un descapotable por la costa, con el pelo largo ondeando al viento.

Devon: Que conste, tengo un descapotable que sería perfecto para tu movida, ahí lo dejo

Matt: Claro que lo tienes.

Theo: ¿Cabríamos todos?

Devon: Por los pelos. Pero oye

Trevor: Estoy bastante seguro de que en los descapotables no caben cinco, y menos cuando cuatro somos de nuestro tamaño.

Matt: Leah es del tamaño de mi pierna

Leah: ¡Soy más grande que tu pierna!

Devon: Este coche se hizo para esto. ¡Es el destino, nena!

Solté una risita en voz alta y el sonido llenó mi despacho.

Esto estaba pasando

Iban en serio.

Leah: ¿Cómo funcionaría eso? ¿Ropa fuera? ¿En un aparcamiento?

Theo: Pensé que habías dicho que lo querías con el coche en marcha

Leah: Lo dije

Devon: La amo

Matt: Espera, ¿vamos a hacer esto, en plan... PÚBLICO público?

Theo: El riesgo es parte del atractivo, ¿no?

Trevor: Lo mejor es en algún sitio apartado. Aun así, sigue siendo súper ilegal.

Leah: Bueno, puedo con un poco de ilegalidad

Devon: Yo *de verdad* la amo

Trevor: Estáis todos locos.

Devon: Llevas tú la batuta en esta misión, cariño. Solo dinos cuándo y dónde.

Me quedé mirando la pantalla; el corazón me latía con fuerza. No eran nervios, exactamente. Más bien deseo y poder.

Leah: Esta noche. En casa de Trevor.

Capítulo Diez



Leah

—Joder, menos mal que he llegado la primera— dije mientras me detenía junto al bordillo en una calle tranquila, unas casas más abajo de la de Trevor.

—Tía, ya sé que eres puntual, pero ¿por qué importa?— preguntó Christina por teléfono.

—Así puedo salir cuando estén todos. Nada de quedarme haciendo el paripé en su entrada.

—Eres imposible... Pero supongo que hacer charla después de una orgía es raro.

—Ya, y la charla después de una orgía que incluye a tu ex y al nuevo cuñado de tu prima es todavía más rara.

—Sobre todo cuando esos dos ya te han pillado en mitad de un trío con los otros dos— se rió Christina.

Antes de que pudiera responder, entró otra llamada.

—Espera, llamada del curro— le dije a Christina, poniendo su llamada en pausa y cogiendo la otra.

Fui bombardeada de inmediato por el parloteo histérico de Macy —una de nuestras asistentes—.

—...¡y ahora amenaza con despedirme!— remató su arenga frenética de tres minutos.

—Vale, primero, respira. Estoy mirando la maqueta ahora mismo. Esto es cosa de ellos, así que aquí no van a despedir a nadie, ¿ok? Mira, vamos a hacer lo siguiente...

Le expliqué lo que tenía que hacer, y dejé que mi voz adoptara ese ritmo sereno y cortante que había desarrollado en el trabajo. Normalmente lo usaba con las novias, pero conseguía aplanar algunas de las peores espirales. Cuando colgué, el desastre estaba resuelto, y volví a la llamada de Christina. —Perdona. A alguien del trabajo le dio una crisis.

Resopló. —No me puedo creer que seas tan zen con el curro pero que en cuanto se trata de tus follamigos te descompongas.

—El trabajo es fácil— dije sin ahondar en cómo las relaciones daban mucho más miedo que cualquier desastre pastelero de última hora.

Un rugido bajo recorrió la calle, rebotando en las casas, y una bestia rojo cereza que parecía salida directamente de *Scarface* apareció a la vista.—Oh, creo que Devon ya está aquí...— dije.

—¡Que Dios te pille confesada!— dijo Christina antes de colgar.

Devon se arrimó al bordillo justo frente a la entrada de Trevor, con el motor ronroneando. Le sentaba natural este coche clásico, como si se hubiese gastado los ahorros de su vida solo para conseguirlo porque sabía lo increíblemente bien que completaría su encanto canalla.

Antes de que pudiera decir nada, otro coche, y luego el todoterreno de Theo, giraron a la calle a la vez y se colocaron detrás de Devon.

Parece que todos estamos intentando esquivar la charla incómoda.

Me bajé del coche y caminé hacia ellos. —Hola, caballeros— dije con dulzura—. Entonces, ¿cómo va a funcionar esto? ¿Hacemos rotación? ¿Sacamos pajitas? ¿Votamos?

—Quiero decir —dijo Theo a los otros—, podríamos meterte en el asiento de atrás e ir turnándonos.

—¿En público? —preguntó Matt, y al mismo tiempo Trevor exclamó— ¿Delante de mi *casa?*

Ambos estaban claramente intrigados y profundamente incómodos.

—Iremos a algún sitio apartado —sugirió Theo—. Nada de timbres con cámara.

Me reí. —Ay, sois tan responsables con vuestras correrías sexuales ilegales.

—Nuestras correrías sexuales ilegales —puntualizó Theo.

—A mí me educaron bien —dijo Matt.

—Vale —dijo Devon—. Obviamente conduzco yo.

Matt puso los ojos en blanco.

Trevor se encogió de hombros. —Tiene sentido.

Theo soltó un soplido, como si se hubiera preparado para una pelea que no llegó.

—¡Copiloto!— dije, y ya me iba hacia la puerta del copiloto.

Theo se volvió a poner las gafas de sol, aunque el sol ya empezaba a caer, y se fue al asiento trasero con Trevor y Matt.

Devon alejó el coche del bordillo con suavidad, y el viento me azotó el pelo al instante.

—Bienvenida al paseo de las decisiones cuestionables —dijo Devon como si estuviera dando una visita guiada.

Trevor metió la mano en el bolsillo y me ofreció una barrita de proteínas. —Toma —dijo con voz plana—. He visto tu lista.

Puse los ojos en blanco, pero la cogí. —Qué caballeroso.

Devon se separó del bordillo con un rugido. —Abróchate, preciosa. Literalmente. No pienso dejar que me paren por conducción temeraria. Aún.

El viento me abofeteaba el pelo como si me guardara rencor. Theo ya estaba buceando a fondo en su móvil, murmurando algo sobre encontrar una ruta junto al océano sin cámaras de tráfico.

—Hay una que atraviesa el Presidio y nos deja en la Great Highway —dijo sin levantar la vista—. Debería estar despejada.

Devon se limitó a asentir, una mano en el volante, mientras ponía música. De los altavoces se deslizó un riff de blues lento y áspero, toda guitarra slide y calor perezoso, que encajaba a la perfección con la luz dorada que se derramaba por la ciudad.

Me eché hacia atrás, dejando que el viento hiciera conmigo lo que quisiera, agradecida de no tener que llenar el silencio. Solo la

carretera, el sol, el olor de la bahía y el latido de la anticipación del plato fuerte.

—Esto está bien —dije, con media sonrisa—. Pero pon algo sexy.

Devon me lanzó una mirada de soslayo, con la comisura de la boca temblándole, y un instante después el coche se inundó con el riff inicial de American Woman, chulesco, twangy y rasposo. Era la canción perfecta para este momento. Me daban ganas de recostarme, ponerme las gafas de sol —Theo estaba en algo ahí— y adueñarme de cada centímetro de la carretera.

Nadie habló durante un rato, pero en cuanto salimos a la carretera abierta, yo ya estaba fantaseando con el verdadero motivo por el que estábamos allí.

—Así que... —dije, arrastrando un dedo por la consola central—. ¿Y si hacemos esto mientras me siento a horcajadas sobre el conductor?

Las manos de Devon se tensaron en el volante. Los otros tres se limitaron a mirarme fijamente.

—...y me ocupo de los otros tres con las manos o con la boca.

—Eficiente —dijo Theo con sequedad.

Matt bufó. —Tú dijiste ilegal, no suicida. Esto no es *Follar a todo gas*.

Devon resopló. —Más bien como *The Chase* con Charlie Sheen.

Trevor emitió un sonido ahogado. —Recuérdame que actualice el testamento.

Theo sonrió. —Llegas un poco tarde para eso, Romeo.

—¿Es o no es *mi* lista de deseos? —dije, cruzándome de brazos.

Devon me escudriñó un segundo, sin apartar la vista de la carretera. —Te gusta tener el control, ¿eh?

—¿Perdona?

—Ya sabes... —sonrió de medio lado—. Llevar la voz cantante. Para ti, todo es una historia cuyo final ya conoces.

—Me gusta divertirme un poco, nada más.

—Ajá. Eso no es una negación —dijo Theo.

Me recosté contra el asiento, estirando los brazos delante de mí como si no me tuvieran acorralada.

—Estáis muy interesados en mi psicología para ser cuatro tíos que os presentáis a una orgía al borde de la carretera a mitad de semana.

Devon volvió a mirarme de reojo. —Solo me pregunto si alguna vez dejas que alguien más coja el volante.

Fruncí el ceño. —Te avisaré cuando alguien de verdad se lo merezca.

Theo dejó escapar un silbido bajo. —Joder.

A Trevor se le dibujó apenas una sonrisa.

Matt se encogió de hombros. —Justo.

Conducimos en silencio durante unos minutos, el viento rugiendo en los oídos, el sol tiñendo de rojo el horizonte. Y por un brevísimo instante me pregunté cómo se sentiría quitar las manos del volante, en sentido figurado, solo un segundo.

Quizá en otra vida.

Tras cinco minutos sin ver ningún coche, mi mano encontró el muslo de Devon, rozando el músculo tenso bajo sus vaqueros. Luego me incliné, acerqué los labios a su oreja. —¿Estás listo para esto? —le susurré con voz baja y lujuriosa.

Se acomodó con ganas, bajando la pelvis en el asiento mientras seguía conduciendo.

—Siempre listo para ti, cariño.

Le bajé la cremallera de los pantalones y deslicé la mano dentro de sus calzoncillos, rodeando su polla preciosa, medio dura y lista. Empecé a acariciársela despacio, jugueteando con su longitud, el pulgar dibujando círculos sobre el sensible glande. Gimió, su cuerpo se tensó, las manos apretando el volante. Los otros tres, atrás, me miraban hipnotizados. Me incliné, mi lengua giró alrededor del glande, lamiendo el sabor salado del líquido preseminal, antes de envolverlo con mi boca.

La emoción de hacerlo en un coche en marcha era embriagadora. El viento me seguía alborotando el pelo, el rugido del motor se acompasaba con mi corazón en un latido primario. Cada bache de la carretera me sacudía el cuerpo, agudizando los sentidos, haciéndome consciente al milímetro de cada movimiento de Devon. El riesgo de que nos pillaran añadía una descarga eléctrica a la situación, haciendo que cada lametón se sintiera como un desafío.

Se la chupaba a Devon lentamente, la cabeza subiendo y bajando, mientras le acariciaba la base de la polla. Estaba dura como una piedra y palpitaba en mi boca.

Me aparté; mis labios se despegaron con un chasquido húmedo.

Él gimoteó un poco y yo chasqueé la lengua en reproche; luego metí la mano en el bolso, saqué un condón y se lo desenrollé hasta la base.

Volví a echar un vistazo a la carretera y, con cuidado, me acomodé a horcajadas sobre él, bajándome sobre su polla, centímetro a centímetro. Hubo que hacer mucha acrobacia para no dar con la rodilla en la palanca de cambios, pero lo conseguí.

¡Gracias, yoga!

—Pero qué cojones, cariño —gruñó, arriesgando una mirada rápida bajo mi falda—. Tíos, ha venido preparada. Lleva unas bragas abiertas.

Montarlo mientras él mantenía el coche en marcha hizo que el coño se me apretara a su alrededor. Una de sus manos encontró mis caderas mientras colocaba la cabeza bajo mi brazo para poder mantener la vista en la carretera; luego sus dedos se me clavaron en la carne cuando empecé a botar sobre él.

Alargué las manos hacia Theo y Matt, que ya se habían sacado la polla y se habían puesto en pie para acercármelas. Empecé a pajeárselas al compás de mis movimientos mientras mis ojos se posaban en Trevor, que aún parecía inseguro con todo aquello.

—Déjame ver esa polla tan bonita —le dije.

Se le movió la garganta al tragar; llevó la mano a la cremallera mientras el viento me azotaba el pelo alrededor de la cara, el aire fresco cortante contra el calor que me ardía entre las piernas.

Para mi sorpresa, en cuanto liberó su miembro de los calzoncillos, Trevor también se puso de pie en el asiento de atrás, agarrándose con fuerza a los reposacabezas de delante, acercándome la polla a la cara.

La polla de Trevor era probablemente la más larga de las cuatro. Tan esbelta como larga, siempre había tenido la sensación de que alcanzaba profundidades cuya existencia desconocía. Se curvaba

como un alfanje y, cada vez que lo había tenido dentro, parecía darme en el punto G con cada embestida, añadiendo una capa extra de intensidad a cada movimiento. El glande sobresalía, redondeado, como una corona, liso y aterciopelado. Ahora palpitaba de necesidad, y no pude resistirme a metérmelo en la boca al instante.

Sus manos se enredaron en mi pelo, sus caderas embistiendo hacia delante, su polla deslizándose dentro y fuera de mi boca. Me lo tragué hondo, mi garganta se relajó, mi lengua se arremolinó alrededor de su vara, mis manos ocupadas con las pollas de Matt y Theo mientras cabalgaba la de Devon.

Devon se tensó bajo mí mientras mi cabalgada se hacía más rápida y más dura, mi cuerpo chocando contra el suyo. Su agarre en mis caderas se volvió casi doloroso, sus embestidas más erráticas bajo mí. De pronto dejó escapar un gemido bajo y gutural, me inmovilizó con la mano y se corrió dentro de mí.

Y entonces el coche dio un bandazo, los neumáticos chirriaron cuando Devon corrigió de más. El movimiento brusco hizo que mordiera suavemente la polla de Trevor y, para mi sorpresa, eso desencadenó su orgasmo. Su corrida caliente me chorreó por la garganta, su cuerpo se tensó mientras me mantenía la cabeza bien hundida en su miembro.

—Perdón por eso —dijo Devon, con voz débil.

—Joder, tío. Ha sido aterrador —dijo Trevor, jadeando, y volvió a sentarse.

—Parece que te pone el peligro —observé, lamiéndome los labios, con las manos aún trabajándosela a Matt y a Theo.

Los miré. —¿Queréis que me pase atrás?

—No —dijo Theo, poniéndose en pie como había hecho Trevor—. Chúpamela.

Matt lo imitó.

La mano de Theo me enmarcó la cara, girándome la cabeza hacia su polla. Le di una lamida y Matt me reflejó al otro lado, su mano aferrándome del pelo mientras guiaba su polla a mis labios.

Devon deslizó la mano que tenía en mis caderas entre nosotros, me encontró el clítoris y empezó a acariciarlo sin salir de mí. Aunque se le había puesto un poco blando después de correrse, su grosor sumaba mucho a toda la experiencia. Para mi sorpresa, Trevor sacó el móvil y empezó a grabarme.

—Eres todo sorpresas —le gruñó Theo, mientras yo alternaba entre él y Matt, mi boca trabajándose con furia a cada uno, tragándomelos bien hondo.

Theo fue el primero en correrse por lo que mi mano le hacía mientras tenía a Matt en la boca. Su corrida caliente me salpicó la mejilla y la barbilla, y me aparté de Matt para lamer alrededor del derrame un segundo antes de lanzarme sobre la de Matt con todo. Él también se vino poco después, su semen mezclándose con el de Theo y Trevor en mi lengua.

Tenía la cara hecha un caos tibio y pegajoso, y como era la única que aún no se había corrido, empecé a frotarme contra la mano de Devon. Matt me besó con hambre, labios y lengua exigentes

mientras exploraba mi boca, sujetándome la cabeza por el pelo. Theo se inclinó, pasó al asiento delantero y me metió la mano bajo la falda hasta encontrarme el culo con los dedos.

Trevor seguía con el móvil en alto. Tenía la mirada oscura de deseo, pero no volvió a meterse; estaba volcado en documentar la escena.

Los dedos de Theo se deslizaron en mi culo con facilidad, moviéndose al compás de las caricias de Devon. La doble estimulación era casi demasiado, y el calor se me acumuló en el centro, creciendo con cada toque.

Cuando Matt se apartó del beso, deslizó los dedos por mi cuello, por la clavícula y al final me tomó un pecho, su pulgar rodeando el pezón y enviando descargas de placer directas al clítoris.

Las caricias de Devon se volvieron más insistentes, sus dedos más rápidos y urgentes. Theo le siguió el ritmo, y la tensión se fue enroscando más y más dentro de mí.

Por fin me deshice en un gemido irrefrenable. Mi cuerpo convulsionó, mis músculos se apretaron alrededor de Devon y de los dedos de Theo. Oleadas de placer me atravesaron, dejándome sin aliento y temblando. La mano de Matt en mi pelo se apretó; con la otra me estrujó el pecho, prolongando la sensación.

Cuando pasaron las sacudidas, me desplomé contra Devon, el cuerpo exhausto y saciado. Trevor bajó el móvil y se quedó mirándome como si me estuviera conociendo de nuevo. Theo retiró los dedos y se los limpió con una toallita de la guantera de Devon, con un brillo travieso en los ojos. Matt me chupó con fuerza el lateral

del cuello; luego se apartó, con la mirada suavizándose mientras me acariciaba el pelo con suavidad.

El coche aminoró cuando Devon encontró un hueco para aparcar y se detuvo. Su polla latía dentro de mí, endureciéndose otra vez. Me retumbaban los latidos en los oídos, y me apoyé en él, intentando recuperar el aliento, con el pelo pegado a las mejillas.

—Vale —dijo Devon, mirándome con esa sonrisa diabólica—. O paramos aquí, o empezamos a planear la segunda ronda, porque ya me estoy poniendo duro otra vez.

Me reí. —Oh, ya me doy cuenta.

Luego me deslicé fuera de él, para su disgusto, sobre todo porque seguía sentada en su regazo.

—Necesito un descanso, joder. No creo que pudiera con más ahora mismo; mi corazón está listo para presentarse a una audición como batería.

—Ha sido una locura —dijo Trevor—. ¿Quieres que te pase el vídeo por AirDrop?

—Sí, por favor. Y Theo... —le lancé una mirada—. Sigo esperando el de la otra noche.

—Envíanoslos a todos —dijo Matt.

Theo esbozó una media sonrisa. —Oh, lo tendréis. Solo estaba decidiendo cuánto cobraros por ello.

—Perdona, a mí me lo vas a dar gratis —dije, resoplando.

Matt negó con la cabeza, aunque se le escapó una sonrisa. —Estoy bastante seguro de que no puedes cobrarnos a ninguno por ello.

Devon se inclinó sobre el volante y me apartó del rostro el pelo de las mejillas; luego cogió una toallita que Theo le ofreció y me limpió con cuidado.

Se lo agradecí más de lo que esperaba.

—Entonces... ¿ha merecido la pena el peligro? —preguntó Devon.

—Sin duda. No cambiaría nada —dije.

Theo se estiró. —Tenemos el trayecto de vuelta a casa de Trevor para decidir qué tachamos después.

Ya no podía negarlo. Iba a recorrer la lista entera con ellos.

A pesar de mis dudas de antes, se me contrajo el coño solo de pensarlo.

—Vamos a averiguarlo —dije.

·♥·♥·♥·♥·♥·

Cuando metimos el coche en la entrada de la casa de Trevor, la última hora de la tarde se había fundido en la noche. Aún me hormigueaban los muslos en la noche de julio, cálida y lánguida, y no estaba segura de si era por la increíble odisea sexual, por el roce, o por el hecho de que, desde que me había pasado al asiento de atrás para la vuelta, había tenido otros dos orgasmos con los dedos de Trevor y Matt.

Antes de que me diera tiempo a decirle a Devon que siguiera un poco más carretera abajo, ya estaba aparcando su descapotable frente a la casa de Trevor.

La luz del porche estaba encendida, y Rosaline estaba regando sus flores en macetas, con la regadera en una mano y el bastón de cuatro patas en la otra. Era imposible que no me hubiera visto, así que no intenté esconderme.

—Joder, le dije que lo haría —gruñó Trevor al bajar del coche.

La mirada de Rosaline recorrió a su hijo, a nuestro grupo, el descapotable y, por último, volvió a posarse en mí.

Le hice un pequeño gesto con la mano. —Hola... otra vez.

Me despedí de los otros tres. Matt y Theo se fueron a sus propios coches y Devon se marchó con un guiño después de que yo bajara torpemente.

Me alisé la falda y estaba a punto de decir buenas noches e ir a mi coche cuando Rosaline me hizo señas para que me acercara.

Sonrió. —Dos veces en una semana. Debe de ser un récord.

—Solo veníamos a dejar a Trevor.

Le pasó la regadera a Trevor sin mirar, y luego se apoyó en el bastón con ambas manos. —Ajá.

—Eh, mamá, ¿por qué estás regando tú sola? —le preguntó, ofreciéndome una salida.

—Porque mis rosas tienen sed —dijo, y señaló la regadera—. Ve a llenarla otra vez, ¿quieres?

Trevor asintió obediente y desapareció en la casa. Rosaline no dijo nada durante un momento, viendo cómo el agua relucía sobre petunias, albahaca, rosas y romero.

—¿Sabe? —dijo por fin—. Seguía pensando que me había imaginado lo feliz que estaba él con usted entonces. Como si quizá estuviera proyectando.

Me quedé inmóvil.

—Pero al verla de nuevo ahora, creo que lo recuerdo bien. No deje que el tiempo la engañe haciéndole creer que las cosas no fueron reales.

Tragué saliva. —No es eso. Solo estamos quedando.

Quiero decir... lo estábamos. Entre Trevor y yo no había nada emocional. Ni con los demás. Y, claro, no iba a contarle a Rosaline mis orgías en las que estaba implicado su hijo.

Sonrió con melancolía. —Solía decirme que no necesitaba a la gente, pero ahora tengo que depender de mi crío para que me ayude a regar las flores y ni siquiera he cumplido los sesenta.

Desde que conocí a Rosaline, caminaba con bastón, por una enfermedad ósea degenerativa. Se movía con cuidado, con una independencia terca que dejaba claro que detestaba pedir ayuda. Y, aunque adoraba a Trevor —cualquiera podía verlo—, sus palabras no hacían más que confirmar mi sospecha de que creía que lo estaba frenando en la vida.

Era extraño cómo una persona podía irradiar a la vez fuerza y culpa.

—Estoy segura de que a Trevor no le importa ayudarla.

—Oh, a él desde luego que no. A mí me molesta que tenga que hacerlo. Si no hubiera ahuyentado a su padre...

Se me encogió el corazón. Trevor nunca hablaba mucho de su padre. Solo tenía media historia, una que había ido recomponiendo con los años. Rosaline había sido quien lo había terminado porque no quería atarse. Trevor me dijo una vez que su madre siempre había dicho que no estaba hecha para una sola persona y que se sentiría atrapada si sentaba la cabeza demasiado pronto.

Vaya si me identifico con eso...

—No debería entretenerla —dijo de pronto. Se dio la vuelta y, despacio, se metió en la casa. Justo cuando llegó a la puerta, se detuvo y miró atrás—. Solo recuerde, Leah... Hay cosas que merece la pena conservar. Aunque den miedo.

Y entonces se fue, y me quedé mirando cómo el agua goteaba por las macetas del porche de madera.

Capítulo Once



Leah

Los días siguientes se desdibujaron en una ensoñación febril y orgásmica mientras los chicos y yo nos poníamos manos a la obra para ir tachando cosas de mi lista.

Habíamos ido primero a por las fáciles. Como sexo en el balcón. El piso de Matt tenía una terracita. Técnicamente una escalera de incendios más grande de lo normal, si nos poníamos pedantes, pero servía igual. Daba a una calle concurrida, pero lo bastante alta como para que el riesgo de que nos vieran fuese mínimo, aunque seguía ahí. Y eso lo hacía aún más morboso.

Matt me había apretado desnuda contra la barandilla como si fuera algo frágil, lo cual era irónico, teniendo en cuenta el agarre de hierro que tenía en mis muslos. Un perro no paraba de ladrar en algún lugar abajo, y sonó la alarma de un coche. Matt me susurró instrucciones sucias al oído mientras me follaba, antes de que a los otros tres les tocara el turno y yo perdiera la noción de quién estaba dentro de mí; solo era consciente de que el aire estaba frío en mi piel y de que sus manos estaban calientes en todas partes.

El striptease había sido otra obviedad. Después de un par de copas, terminamos en casa de Theo. Puso una canción sensual, con un bajo lento y profundo que parecía acompasar mi pulso, una línea grave que se deslizaba pesadamente por el aire.

Devon se movió primero, invadiendo mi espacio con los ojos ardiendo. Enganchó los dedos en el dobladillo de su camiseta, arrastrando la tela centímetro a centímetro, dejando ver tinta y sus abdominales perfectos en lentas, provocadoras franjas hasta que le resbaló por la cabeza. La tiró sin mirar, con los ojos fijos en los míos como si los demás en la habitación no existieran.

Matt le siguió con una paciencia de las que prometen peligro, las manos en el cuello de la camisa, desabrochando los botones uno a uno. Cada chasquido revelaba más piel, y la forma en que los nudillos le rozaban el pecho mientras trabajaba me dejó la boca seca.

Theo no tenía prisa. La chaqueta le resbaló de los hombros en una caída perezosa, quedándose enganchada en las puntas de los dedos antes de dejarla caer. Merodeó detrás de mí, lo bastante cerca como para que su aliento me alborotara el pelo de la nuca, el calor de su respiración filtrándose directamente en mi piel.

Trevor se había quedado atrás al principio, apoyado en la pared, con los ojos reluciendo bajo las luces como si decidiera cuánto dar. Luego se despegó despacio, rotando los hombros mientras sus manos se aferraban al dobladillo de la camiseta. La levantó, la tela tensándose sobre líneas duras de músculo, deteniéndose a medio camino solo por hacerme esperar. Cuando por fin le despejó la cabeza, su sonrisa se convirtió en una pequeña mueca ladeada, dejando claro que había querido verme retorcerme. Los cuatro se movían al compás de la música, quitándose un calcetín aquí, un cinturón allá...

Orbitaban a mi alrededor y unos dedos me rozaron los brazos, una palma me sostuvo la mandíbula, un pulgar me recorrió el labio hasta que se me cortó la respiración. Se cerraron sobre mí, el olor y el calor envolviéndome.

Para cuando se desvanecieron las últimas notas de la canción, dando paso a otra melodía sexy, mi pulso iba desbocado, me fallaban las rodillas y todos estaban ahí mismo, arrodillados frente a mí, con los labios en mis muslos, en mis pantorrillas, en mi pecho, en mi coño...

Ni siquiera habíamos planeado lo del sexo frente al espejo cuando pasó. Después de emborracharnos demasiado un sábado por la noche, decidimos quedarnos en un hotel en vez de pedir un Uber para volver a casa. Al pasar por el vestíbulo del hotel, con un espejo del suelo al techo, Devon me susurró al oído—. Quizá sea una buena oportunidad para verte perder la cabeza.

Terminamos en una suite con un espejo en el techo sobre la cama. No recuerdo mucho del resto de la noche, pero la forma en que Theo me sujetó la mandíbula y me obligó a mirarme se me grabó a fuego. Fue algo trascendental de una manera que nunca habría esperado: verme en tiempo real mientras me metía a Theo en el

coño, a Trevor en el culo con la boca en mi hombro, y Matt y Devon se turnaban para que se la chupase. Vi *todo*. Cada rendición. Cada jadeo. Cada instante voraz de mí. Me veía feliz. Me veía... libre.

Hasta que mi móvil se iluminó en la mesilla. La vibración sacudió el ambiente cargado de sexo, insistente e imposible de ignorar. Gruñí, alargando la mano sin dejar que Theo ni Trevor se salieran de mí.

—Ni se te ocurra... —murmuró Theo contra mi piel.

—Cállate, y calentadme las pollas un poco —siseé, ya llevándome el móvil a la oreja—. Sí, hola, señora Carrington, le he enviado su nuevo plano de asientos esta mañana...

Escuché.

—Ajá. No, las notas de alergias se actualizaron ayer. Gracias, a usted también.

Las embestidas de Theo empezaron en cuanto terminé la llamada, y fue interesante contemplar en el espejo cómo mi compostura se resquebrajaba alrededor de mi persona profesional. También alcancé a ver la sonrisita de Devon en el reflejo.

—Solo tú podrías sonar tan profesional mientras te están penetrando por dos. Sinceramente, me pone.

—Devon —lo advertí entre gemidos.

—¿Qué? Solo digo que hacer varias cosas a la vez es sexy. Igual deberíamos hacer un roleplay en el que seas nuestra profe o nuestra jefa sexy o lo que sea.

Puse los ojos en blanco, pero se me curvaron los labios.

Luego estaban las que habían requerido un poco más de planificación, aunque, con las dotes organizativas de Matt, nuestra estancia en el hotel se convirtió en otra cosa por completo.

Perdí la cuenta de cuántas veces me corrí antes de que por fin nos quedáramos dormidos un par de horas. Cuando nos despertamos, aún estaba oscuro fuera, y yo seguía agradablemente aturdida. Matt se inclinó hacia mí con una sonrisilla traviesa.

—¿Te apetece tachar otra cosa más de tu lista? —arrastró las palabras.

Sonreí, arqueando las cejas con toda la intención. —No estoy cansada—. Miré a los demás. —¿Vosotros estáis cansados?

Matt no esperó a que respondieran. Sonrió de lado, cogió el teléfono y se paseó hacia la otra habitación. La mirada de Trevor lo siguió, con suspicacia, como un gato en una habitación llena de mecedoras.

—¿Qué trama? —murmuró.

Theo se encogió de hombros. —Probablemente algo elaborado.

—Me da igual —cortó Devon, dejándose caer a mi lado con esa sonrisa exasperantemente encantadora—. —Significa que tengo más tiempo contigo.

Antes de que pudiera responder, se inclinó y me dio un mordisquito juguetón en la cadera. Solté un gritito y le pegué con el cojín más cercano. —¡Eh!

Se le encendieron los ojos. —Ah, ¿con esas?

Cuando me quise dar cuenta, Devon había cogido otro cojín y me golpeó, y luego Theo se lanzó desde el otro lado. Para mi sorpresa, Trevor se les unió y, de repente, estábamos todos carcajeándonos, hasta que Devon me placó hacia atrás contra el revoltijo de sábanas y, para cuando Matt volvió a la habitación, la guerra de almohadas se había derretido en extremidades enredadas y bocas cálidas, y manos encontrando mi piel y provocándome de maneras que me mareaban.

Matt se sumó, claro, hasta que llamaron a la puerta. Se incorporó de un brinco, ciñéndose un albornoz del hotel.

Cuando regresó, me ofreció la mano, y se la cogí, mirándole con recelo.

—¿Qué está pasando? —le pregunté.

—Esto no va a ser como la otra vez. Creo que es hora de algo distinto.

Se me saltó un latido. —¿Distinto cómo?

—Más sobre ti —dijo—. Como si toda esta lista no fuera sobre que yo me montara —un putiferio—.

—Ven —dijo Matt.

Fruncí el ceño, pero me bajé de la cama y le seguí, lanzando una mirada curiosa a los otros tres. Parecían igual de despistados.

En la zona de estar de la suite había una sola silla, justo en medio de la habitación.

—Siéntate —propuso Matt.

Lo hice, con el corazón desbocado. —¿Qué es todo esto? —pregunté.

Matt sacó un antifaz para dormir con la marca del hotel impresa, y se me cortó la respiración. Los otros tres parecieron ponerse al instante más alerta, ya conscientes del artilugio con el que Matt había estado tramando algo.

—Te iremos guiando. ¿Tienes palabra de seguridad, cariño?

Tragué con dificultad y asentí. —Sí... Es Jenga.

—Vale, bien. Dices Jenga y paramos.

Asentí. Matt me colocó el antifaz sobre los ojos y el mundo se oscureció, la suite desapareció, la vista se fue pero el olor y el sonido se agudizaron. Unos dedos me rozaron los brazos; después, una tela suave y fría me rodeó las muñecas, luego el tobillo, atándome a la silla, completamente expuesta.

—¿De dónde has sacado las ataduras? —pregunté.

—Son las cintas de los albornoces de seda —explicó Matt, sonando bastante orgulloso.

Alguien soltó el aire cuando se cerró el último nudo.

Yo... flotaba.

Una mano apartó un mechón rebelde de mi mejilla. —¿Vale? —preguntó Trevor.

Volví a asentir.

Un aliento caliente me rozó el oído. —Buena chica —gruñó Devon.

Entonces algo rodó desde el pasillo y algo metálico tintineó contra el cristal.

—Leah —murmuró Matt a mi otro lado—. —Esta noche vamos a explorar tus sentidos y a hacerte sentir cosas que no has sentido nunca.

Me estremecí.

—Abre la boca —dijo Devon.

Obedecí, esperando una de sus pollas. Para mi sorpresa, algo blandito y frío me rozó los labios; luego unos dedos siguieron, empujando el objeto dentro de mi boca.

—Saborea —dijo Devon.

Hundí los dientes y algo dulce y ácido estalló en sabor. Como bayas maduras. Gemí, el jugo deslizándose por mi barbilla, la lengua arremolinándose para atrapar hasta la última gota.

Algo metálico —una cuchara, probablemente— siguió, rozándome los labios. Abrí la boca, dejándolo entrar, la riqueza de la nata cubriéndome la lengua al instante, la dulzura contrastando con la acidez de las bayas. Tragué; la sensación de cómo me resbalaba por la garganta me envió oleadas de placer.

Unas manos suaves, exploradoras, empezaron a trazar dibujos en mi piel, ligeras como una pluma, ásperas por los callos en algunos sitios, lisas en las palmas; sus alientos, calientes sobre mi piel a medida que se acercaban más.

Nata fresca volvió a llenarme la boca, fría y decadente, seguida de algo maduro y pringoso, que me dieron de comer dedos distintos. El toque se demoró en la comisura de mi boca, limpiando una gota.

—¿Cerezas? —aventuré.

—Casi —murmuró Theo—. —Fresas maceradas en ron.

Un dedo descendió por el lateral de mi cuello y uno de ellos besó la piel allí.

—Estás temblando —dijo Trevor junto a mi oído, preocupado—. —¿Tienes frío?

—No.

Algo más templado llegó después. ¿Chocolate derretido? No, no del todo. Alguna clase de mousse. Rico, oscuro y empalagoso en la lengua. Trevor me dio eso. Lo noté por la vacilación de sus manos. Por la delicadeza.

—¿Es raro —murmuré— que quizá esto sea lo más sexy que he hecho nunca?

Theo soltó una risita junto a mi hombro. —Pensaba que te había encantado mi estriptis.

Siguió otro beso, esta vez en la clavícula. La boca llena de Devon. Luego manos en mis piernas, mis muslos, la curva de mi cuello.

De repente me empaparon los dedos en una sustancia tibia y pegajosa; luego una mano me giró el antebrazo para que la mano apuntara hacia arriba, y una boca se cerró sobre mis dedos, chupándolos uno a uno, limpiándolos con su lengua. Ese era sin duda Matt. Reconocería su manera de usar la lengua en cualquier parte. Gemí sin siquiera proponérmelo.

—¿Sigues bien? —preguntó Trevor.

—Sí.

Me agarraron los pechos, ahuecándolos, jugueteando con mis pezones, y arqueé la espalda buscando el contacto. Con la forma en que me habían atado, mi coño quedaba abierto de par en par y me estaba mojando tanto que dolía. Sin embargo, parecían ignorar esa parte de mi anatomía por el momento.

—Eres tan preciosa. Tan receptiva. Tan perfecta —gruñó Theo, con las manos recorriéndome el cuerpo.

Gimoteé, aquellas palabras desatando en mí una oleada de emoción, una mezcla de deseo y algo más hondo, más profundo. La confianza afianzándose y nuestra conexión profundizando. Me dejaba abierta y expuesta de un modo en el que estar desnuda jamás lo había hecho.

Pero entonces, un destello de duda se coló. Esto era un juego. Todo formaba parte del acto, del morbo.

—Leah —dijo Matt en voz suave, su pulgar rozándome la mejilla—. Está bien sentir. Está bien soltarte. Te tenemos.

Exhalé despacio.

De pronto, me extendieron algo frío por la clavícula y solté un jadeo cuando la nata me cubrió la piel. Me extendieron más nata por los pechos, el vientre, los muslos, cada caricia enviando oleadas de

sensación a través de mí. Después le siguió la salsa templada, trazando caminos semejantes.

—Te has soltado más de lo que pensaba —murmuró Devon en mi oído.

Tragué saliva. —No soy una maniática del control.

—Una maniática, sí. ¿Del control…? Puede. Te gusta llevar tú el control.

Le saqué la lengua. —No me imagino de dónde has sacado esa idea.

—¿Te asusta? —preguntó Trevor.

—No tanto como saber que en realidad me gusta cederlo.

Silencio. Luego habló Matt. —No estamos intentando romperte, Leah. Al menos no en el mal sentido.

Malditos. Me escocían los ojos bajo el antifaz.

Para esto no los había reclutado.

Me aclaré la garganta. —Vale, basta de charla intensa. Lamedme algo antes de que me ponga a llorar.

Theo se rió. —Eres de lo más romántica.

Antes de que pudiera responder, bocas, calientes y hambrientas, empezaron a lamer y chupar la nata, provocándome, volviéndome loca de deseo. Sin vista, lo único que existía era la aspereza de sus lenguas sobre mi piel, sus alientos calientes contra la nata fría, la succión de sus labios, construyendo capa tras capa de sensaciones, hasta que yo era un amasijo de necesidad. Evitaron por completo mi coño.

—Por favor —supliqué, con las caderas sacudiéndose—. Pero me lo negaron, sus caricias ligeras y juguetonas, sus bocas eludiendo precisamente el lugar donde más los necesitaba. Ardía, me dolía el cuerpo.

Y entonces, de repente, dos bocas encontraron mi coño: una en mi clítoris, otra entre mis pliegues, sus lenguas alternando lametones y succiones. Al mismo tiempo, otra boca me encontró el pecho, succionando y mordisqueando mi pezón, y otra mi cuello, sus dientes rozándome con suavidad, sus lenguas arremolinándose y explorando.

Grité, con el cuerpo convulsionando. Mi orgasmo tardó apenas segundos en llegar tras aquella sobrecarga sensorial; me arrasó como una ola gigante, intenso y abrumador. Grité con fuerza, sin aliento y temblando, perdida en un mar de sensaciones. Mi cuerpo ardía, mi mente era un torbellino de éxtasis, mientras sus caricias y sus sabores se combinaban para lanzarme en espiral hacia el borde del olvido.

En cuanto bajé del clímax, una polla se apretó contra mis labios, caliente y dura, cubierta de la nata dulce y decadente. Abrí la boca y me la metí, mi lengua arremolinándose alrededor del tronco, saboreando la nata, saboreando al hombre, mientras aún temblaba con las réplicas de mi orgasmo.

Aparté la boca un segundo. —Devon —aventuré, solo por el sabor, la longitud y el grosor. Su líquido preseminal estaba salado, especialmente tras la nata.

—Impresionante —dijo con un gemido, su mano enredándose en mi pelo—. Tu boca es increíble.

Se la chupé, moviendo la cabeza arriba y abajo. Alguien aflojó las ataduras de mis muñecas, y envolví la mano alrededor de la base de su polla, acariciando al ritmo de mis movimientos, mientras la otra mano se alargaba. Otra polla rozó mi mano libre y le envolví los dedos, acariciándola, explorándola.

—Hola, Theo —gemí al apartar la boca de la polla de Devon.

—¿Cómo haces eso? —exigió Theo.

Sonreí. —Soy mágica.

Ahora dos pollas se apretaban contra mis labios, y lo tomé como el reto que era.

—Buen intento, pero este sigue siendo Devon —dije señalando con la barbilla a la izquierda, y luego lamí la de la derecha, mi lengua girando alrededor del glande—. Y este es Matt.

—¡Bruja! —me acusó, y yo me eché a reír.

Retiré la mano de Theo. —Mezclaos todos y encontraré la polla de Trevor solo por el sabor.

La habitación cayó en silencio un momento mientras se recolocaban y se ponían lo bastante cerca como para que pudiera saborearlos.

Me incliné hacia delante; mi lengua salió a rozar las puntas de cada una de sus pollas. Me tomé mi tiempo, saboreando el sabor único de cada una. Lamié y chupé, intentando descifrar las sutiles diferencias de gusto y textura.

—Trevor —susurré por fin mientras le rodeaba con los labios—. —Cien por cien.

—Es una bruja —gruñó mientras le tomaba más hondo, relajando la garganta para recibirlo. Sus manos encontraron mi pelo, guiándome con suavidad mientras subía y bajaba la cabeza, mi lengua arremolinándose alrededor de su tronco. Los otros volvieron a acercarse a mis manos y empecé a atender a dos de ellos—Matt y Theo—.

Sonreí con la polla de Trevor en la boca, mientras Devon se apretaba contra mi muslo, frotando suavemente su dureza a lo largo de él.

Las caderas de Trevor pronto empezaron a moverse con un ritmo urgente. Sus manos me sujetaron el pelo con más fuerza, y su polla latía contra mi lengua. Redoblé mis esfuerzos, fui más deprisa, y mis manos acariciaban a los otros dos al compás de mis movimientos.

Con una última embestida profunda, Trevor soltó un gemido áspero, su cuerpo tensándose mientras derramaba su corrida caliente por mi garganta. Tragué con avidez, saboreándole. Cuando se retiró, Devon se apartó de mi muslo y ocupó el lugar de Trevor, con las manos suaves pero firmes en mis hombros.

Le rodeé con los labios con ganas y él me agarró del pelo, tirando de él, embistiendo en mi boca. Un momento después, se corrió en mi boca con un jadeo áspero y necesitado. Tragué también su ofrenda, mi garganta trabajando mientras aceptaba todo lo que me daba.

Luego centré toda mi atención en Theo y Matt, con la intención de tomar a uno de ellos a continuación. Sin embargo, con un apretón firme y un giro de muñecas, los dos estallaron, palpitando en mis manos mientras se corrían, sus descargas derramándose sobre mis dedos.

Me recosté, con una sonrisa satisfecha en la cara, y me lamí los dedos de forma insinuante. Lo único que lamenté fue no poder verles las caras.

Unas manos cálidas enmarcaron mi cara, los pulgares rozándome suavemente las mejillas. Me quitaron el antifaz y entorné los ojos cuando la luz llegó chillona y repentina.

Cuando la vista se me aclaró, estaban todos delante de mí, con los ojos oscurecidos por el calor y la ternura, mirándome como si yo fuera lo único del mundo que importaba.

Los dedos de Matt recorrieron mi mandíbula, deteniéndose en mis labios, como un agradecimiento sin palabras. Mi cuerpo aún vibraba. Trevor me atrajo con suavidad contra su pecho, mi cabeza descansando sobre el latido constante de un corazón; su olor me anclaba.

Nadie se apresuró a hablar. En su lugar, se movieron a mi alrededor como si lo hubieran coreografiado. Theo echó la bata suave sobre mis hombros, Devon apartando de mi cara el pelo húmedo, su

pulgar rozándome la sien en círculos perezosos. El calor entre nosotros se había transformado en algo más templado que me envolvía tanto como la bata.

La mano de Theo encontró la mía y la apretó. —Respira —murmuró, y solo entonces me di cuenta de que había estado conteniendo el aliento.

Exhalé; mi cuerpo se derritió aún más en los brazos de Trevor.

Joder... No había pretendido que las cosas se pusieran tan intensas.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Después de aterrizar de aquella experiencia casi religiosa, la suite se quedó tranquila. Theo revisaba algo en su móvil, apurando una copa y terminándose las fresas que quedaban. Matt se había instalado en el escritorio de la suite para responder a un correo urgente —con eso me sentía totalmente identificada; Matt y yo probablemente usábamos nuestros calendarios como soporte emocional—. Devon estaba en la ducha, cantando algo con demasiada alma para alguien que solo se estaba enjabonando el pelo y no era una leyenda del blues.

Yo también quería ducharme. Aún olía a vainilla, frutos rojos y alcohol —por no hablar de todo el sexo y el sudor—. Me dolían las extremidades, pero por un momento había contemplado unirme a Devon y tachar otro punto de mi lista. Trevor, sin embargo, se había quedado dormido abrazándome en cucharita, su aliento cosquilleándome el cuello. No quería despertarle.

Saqué el móvil y me puse a hacer scroll en Instagram—nada nuevo. Threads tampoco tenía nada interesante, ni Snapchat ni TikTok. O quizá nada lograba captar mi atención. Por desesperación, hasta abrí Facebook, aunque la mayoría de mis amigos se habían ido de allí —yo incluida—.

Apenas había bajado dos publicaciones cuando apareció una sugerencia de amistad.

Era Rosaline Hopkins.

Por un momento no relacioné la foto con la madre de Trevor. Era ella, pero más joven de lo que la había visto nunca, veintipocos, con cejas finísimas depiladas, como una auténtica reina de los 90. Sostenía en brazos a un bebé rollizo.

Tenía que ser Trevor, con esos ojos grises grandes. Sonreía a la cámara desdentado, con un hilillo de baba en la barbilla.

—¡Mierda! —dije en voz alta.

Trevor dio un respingo. —¿Mm? ¿Qué?

Aparté la pantalla. —Nada, vuelve a dormir.

Se detuvo, frunciendo el ceño. —¿Qué pasa? ¿He hecho algo...?

—No, de verdad, no es para tanto. Solo que... Facebook me ha sugerido a tu madre como amiga. Probablemente porque hemos

estado yendo tanto a tu casa. Seguro que están rastreando mi móvil, jaja.

—Eso, o porque tienes mi número nuevo y la ha encontrado en mis contactos.

—En cualquier caso, Meta siempre está mirando —bromeé a medias.

—Entonces, ¿cuál es el problema con la sugerencia de amistad? —insistió.

Me encogí de hombros. —Supongo que siempre se me olvida lo joven que era cuando te tuvo.

—Sí. Veintidós. Debió de estar muerta de miedo, ella sola.

—¿Cómo es que no volvió con tu padre después de quedarse embarazada?

—Bueno, en realidad nunca quiso sentar la cabeza.

—Ya lo sé, pero un bebé seguro que cambió las cosas, ¿no?

—Cierto. Cuando se enteró de que estaba embarazada intentó localizar a mi padre, pero entretanto él se había alistado y lo habían destinado. Le perdió la pista y, cuando volvió a dar con él, estaba casado con otra.

—Eso... es una putada.

Me lanzó una mirada significativa. —Sí. Una putada que perdiera algo bueno porque la idea de la valla blanca le daba urticaria.

Me removí incómoda, pero que Devon saliera de la ducha me salvó de contestar.

—Necesito una ducha —anuncié, deslizándome fuera de la cama y escondiéndome en el baño, llevándome el móvil.

Allí seguí desplazándome un poco más. El perfil de Rosaline era público, aunque no había gran cosa. Unos cuantos álbumes llenos de fotos de fiestas de la universidad, una publicación diciendo que el yoga es un timo, algunos álbumes más con fotos de Trevor desde bebé hasta, más o menos, octavo curso. Un vídeo de la canción «My Shot» de *Hamilton* de hace unos diez años. El pie de foto hizo que se me quedara el aliento pegado a la garganta como un chicle bajo un pupitre.

«La soledad no es glamurosa. Desperdicié mi oportunidad...»

Se me contrajo la cara; luego puse a sonar a Becky G en el móvil y me metí en la ducha, solo para poder fingir que lo de mi cara era agua y que no estaba llorando por la vida solitaria de la madre de mi ex.

Capítulo Doce



Leah

Un par de días después del espectáculo de nata y frutos del bosque, Trevor me llamó con una idea.

—Tengo que ir al lago Tahoe por una cosa del curro; me preguntaba si te apetecía venir.

—Qué inesperado —fruncí el ceño—. ¿A qué viene eso?

Trevor carraspeó al otro lado. —Quiero decir... es una oportunidad.

—¿Una oportunidad? —repetí.

—¿Para tu lista? Está justo en Stateline.

—¡Oh!

—¿Se lo has contado a los demás?

—No vienen —dijo Trevor enseguida—. Solo será cosa de un día. Tres horas de ida, tres de vuelta.

Un día entero a solas con Trevor era peligroso de una manera que no quería ni rozar. Cuando estaban los demás, todo tenía cierto equilibrio, pero con solo Trevor allí, nuestro pasado acechaba a la vuelta de la esquina.

No los culpaba: debían de estar ocupados. Theo había mencionado un turno raro, y Devon trabajaba sobre todo los fines de semana. Lo de Matt—que en realidad *tenía* fines de semana— era más raro. Igual las hojas de cálculo se le habían ido de las manos.

Aun así, la exclusividad de aquello me encogió el estómago. No había tenido un tú a tú con nadie desde que empezó todo esto, y se me hacía extraño.

Trevor debió de notarlo, porque tras una pausa preguntó: —¿Esto te resulta... raro? ¿Como si estuvieras engañando a los demás conmigo?

Eso me sacó del bucle y solté un resoplido. —No es engañar a nadie, porque ninguno de nosotros está en una relación. Pero sí, tienes razón, es una buena oportunidad.

Así que cuando vino a recogerme y me subí a su coche, intenté fingir que estar los dos solos no era incómodo.

Sin embargo, el aire entre nosotros se fue relajando enseguida. Su lista de reproducción era un batiburrillo, pero buena: empezaba con Hozier, seguía con Roger Waters, Brian Eno y Patti Smith y luego daba un giro hacia Macklemore y Bob Dylan. Sus chistes llegaban en el momento justo, y hasta me dejó controlar el aire acondicionado sin protestar —lo que, para él, ya era un progreso—. Durante un rato me permití relajarme y olvidar que no era un viaje cualquiera, sino un viaje con mi ex.

Trevor, al que había besado a toda prisa frente a la casa de mis padres. Trevor, al que había colado a escondidas por la ventana de mi dormitorio y con el que había tenido sexo a escondidas a la tenue luz de mi barata guirnalda de luces. Trevor, al que había dejado porque era lo correcto.

En su momento.

Ahora conducía con una mano en el volante y el otro codo apoyado perezosamente fuera de la ventanilla abierta. Llevaba gafas de sol, así que era imposible descifrarle la expresión.

Íbamos hacia el este. Solo nosotros dos.

—¿Estás bien? —preguntó al cabo de un rato, mirándome de reojo.

—¿Por qué no lo estaría?

Trevor esbozó una sonrisa leve. —Has mirado el móvil diecisiete veces en los últimos tres minutos.

Dejé que el móvil se me cayera en el regazo. —Es un número totalmente aceptable.

Pero sí, no estaba del todo bien. Estar a solas con él presionaba una vieja herida que prefería ignorar, porque si no algo podía colarse más allá de los límites que había marcado.

Trevor sonrió de oreja a oreja. —De verdad no te gusta no tener el control, ¿eh?

Noté cómo me subía el color. No se equivocaba. Eso era lo peor.

—No pasa nada —dijo—. Sé que odias los viajes largos.

—No los odio —repliqué.

Lo que odio es no poder irme si y cuando quiero.

Lo malo de los viajes largos era que te impedían esquivar nada. Ni conversaciones, ni silencios incómodos o —Dios no lo quiera— sentimientos. Sobre todo cuando quien conduce es tu ex, convertido en follamigo, y no hay dónde esconderse salvo quizá la guantera.

En la que, por desgracia, no cabía.

Me lanzó una mirada de soslayo. —Me alegro de que hayas venido.

Paramos a tomar café en algún sitio pasado Folsom. Había olvidado lo bueno que era para las cosas de viaje por carretera, aunque yo siempre había sido la de la logística. Pero Trevor siempre presumía de conocer los sitios con los baños más limpios y dónde parar a por snacks. Antes me irritaba, pero ahora resultaba extrañamente reconfortante. Quizá era nostalgia.

Tras volver a incorporarnos a la autopista, dije: —Entonces, ¿qué dijeron los demás cuando les contaste esto?

—Nada —respondió Trevor.

—¿Nada? ¿En serio?

—Sí... —Hubo una larga pausa—. Porque no se lo dije.

Me quedé inmóvil y luego me giré hacia él. —¿No les has dicho nada de esto?

—No.

—¡¿Trevor?!

—¿Qué?

—Eso es... —me detuve, buscando la palabra—. Me has mentido.

Me lanzó una mirada, alzando las cejas. —Yo nunca te he mentido.

Intenté hablar, pero me quedé boqueando, incrédula.

—Yo lo único que dije fue que no venían —dijo a la defensiva.

—Imaginé que les habías preguntado y que dijeron que no podían o algo así.

—Supusiste.

Lo miré fijamente. —Siempre te pones a hilar tan fino cuando quieres salirte con la tuya.

—No me estoy escaqueando de nada. Quería unas horas contigo. No con la Wishlist-Leah. No con la versión de ti que va marcando casillas con otros tres tíos. Solo contigo.

—¿Te das cuenta de lo posesivo que suena?

Se encogió de hombros. —¿Es tan malo que quisiera que esto fuera solo cosa de los dos? —preguntó, como si fuera lo más razonable del mundo.

Apretó el volante, pero no me miró. —Solo pensé...

—Pensaste que podías tenerme para ti solo un día sin preguntarme antes —negué con la cabeza—. Así no se supone que funcione esto.

Saqué el móvil y empecé a hacer scroll, y caímos en silencio. Me puse los auriculares, pero no puse música; me limité a hacer scroll en Instagram sin pensar. Diez minutos después, con solo el zumbido del coche y algún que otro suspiro de Trevor, puse un audiolibro y giré la cara hacia la ventanilla, fingiendo que estaba dormida.

Trevor siempre había sido un poco posesivo, pero no de las que son una señal de alarma. Simplemente tenía ese —*eres mía*— aire que se te metía bajo la piel antes de que te dieras cuenta.

No es que los otros tres fueran mejores. Devon era casi peor, en cierto modo, puro encanto chulesco, como si pudiera convencerme de que le pertenecía si le escuchaba demasiado rato. Theo, sin hacer grandes declaraciones, parecía listo y dispuesto a cortar en seco cualquier cosa que se interpusiera entre nosotros. Y aunque Matt era más discreto con sus emociones, no me cabía duda de que iría a la guerra si yo tan solo insinuaba que lo quisiera.

Y ahí estaba mi problema. Comprometerme con una sola persona era un lío, y Trevor actuaba como si lo que fuera que tuviéramos los cuatro fuera un enfrentamiento a punta de pistola a punto de estallar.

Me había pasado años aprendiendo a mantener las distancias y a no deberle a nadie más de lo que pudiera permitirme perder. Aprendí pronto que el amor tenía una forma de mover el suelo bajo tus pies: primero, por el único hombre en mi vida que se suponía que debía ser firme y no lo fue; luego, por chicos que juraban que se quedarían y no se quedaron. De un modo u otro, me enseñaron la misma lección: no te metas demasiado.

El amor, el compromiso, todo eso sonaba precioso en teoría, pero en la práctica era una trampilla. Dabas un paso en falso y caías, sin garantía de red. Entonces, ¿para qué pisar ese suelo?

Cuando llegamos a Lake Tahoe, el aire en el coche estaba cortante. Trevor apagó el motor y me sacudió el hombro con suavidad. Me quedé sentada un segundo y luego me volví hacia él.

—Ya hemos llegado —dijo en voz baja—. —Lo siento.

Me limité a mirarle un momento.

—Solo... quería un día —prosiguió—. Como antes. Solo tú y yo.

Crucé la mirada con la suya y luego solté un suspiro hondo. —Ya no hay nada como antes, Trevor.

Se le movió la garganta. —¿Por qué no?

—Porque esto no es aquello. No estoy buscando una relación. Se supone que esto es solo para pasarlo bien, sin expectativas.

Asintió, pero apartó la mirada como si le hubiera abofeteado y salió del coche sin decir una palabra más.

Tras un momento carraspeó. —Tengo que ir a hacer lo del trabajo. Siéntete libre de explorar. Aquí está realmente bien en esta época del año.

Genial, ahora hablamos del tiempo. —Vale —dije, alargando la mano hacia mi bolsa.

Nos separamos en la acera. Él se dirigió hacia uno de los hoteles más pijos y yo me encaminé a la calle principal, inhalando el aire fresco.

Durante las siguientes cuatro horas, hice de turista en piloto automático. Deambulé sin mucho plan. El lago centelleaba bajo el sol de la tarde, enmarcado por montañas cuya perfección parecía de mentira.

Nadé en el lago lo justo para que el agua fría me castañetease los dientes, y luego entré en calor en la arena con un par de cócteles empalagosos del food truck que se había instalado en la playa. Hice scroll por el móvil sin objetivo, respondí a unos cuantos correos de trabajo que en realidad me daban igual y me fundí las vidas del Candy Crush.

Me embadurné con más crema solar y decidí que tomar el sol rellenaría el tiempo hasta que Trevor terminara con su trabajo. Quizá entonces pudiéramos resolver lo que fuera que nos pasaba con un poco de sexo rabioso.

Iba por la mitad de otro Mai Tai cuando alguien me tapó el sol y un tipo se dejó caer en la tumbona de al lado, como si hubiéramos quedado allí.

Alcé la vista del móvil. Parecía de unos sesenta, con el pelo largo y desaliñado, y una quemadura de sol en el puente de la nariz.

Fruncí el ceño. —Eh... ¿hola?

—Espero que no le importe —dijo, acomodándose—. Estas se llenan enseguida.

Estuve a punto de señalarle un par de tumbonas libres más, pero estaba agotada por mi discusión con Trevor. Si necesitaba ayuda, el camarero de la barra podría ser mi caballería.

—Claro —murmuré, volviendo ya al móvil.

Durante unos instantes no dijo nada; solo se quedó mirando el lago. Me relajé. Al otro lado de la arena, una pareja se metió en el agua de la mano, parándose cada pocos pasos para besarse. Sus ojos los siguieron.

—Solía venir aquí todos los veranos —dijo al fin—. Cuando todavía había alguien con quien venir.

Hice un ruidito educado. —Mmm.

—Sigo viniendo cada año —prosiguió—. Por costumbre, supongo. Pero ahora soy solo yo.

Fingí hacer scroll en TikTok.

—El tiempo tiene su gracia —dijo—. Crees que hay más. Y de repente, ¡puf!, se ha esfumado.

Alcé la vista medio segundo. —Ya...

Soltó una risita, dando un sorbo a su botella de cerveza. —El trabajo lo ocupó todo. Me decía que ya habría tiempo y, cuando me di cuenta, estaba solo.

Me removí en la tumbona, frunciendo el ceño. Me recordó un poco a Rosaline. —Qué duro.

Eso pareció sacarle del trance. Se frotó la nuca. —No pretendía soltarte todo eso. Perdona por molestarte.

—Está bien —dije, aunque en realidad cinco minutos antes ya quería que se hubiera ido.

Se puso en pie, me hizo un leve gesto con la cabeza y se encaminó hacia el muelle, con los hombros encorvados. Mantenía la mirada fija en las parejas a lo largo de la playa. Un chico apoyaba la cabeza en el regazo de una chica mientras ella jugueteaba distraída con su pelo. Una mujer con un vestido veraniego reía mientras su pareja intentaba, sin éxito, hacer rebotar una piedra sobre el agua.

Di otro sorbo a mi bebida, y la mirada se me volvió a la primera pareja, la que estaba en el agua. Algo pequeño y punzante me pinchó en el pecho.

Cuando Trevor volvió a encontrarme, el sol ya empezaba a caer, y casi me había convencido de que el nudo del pecho no era nada. Se acercó despacio, con las manos en los bolsillos.

—Hola —dijo, ocupando la misma tumbona que el viejo, fingiendo mientras tanto que no me estaba devorando con la mirada en bañador.

—Hola.

—Lo siento. Otra vez. Es solo que... por una vez quería algo egoísta.

Suspiré y me incorporé, dando pataditas a la arena. —No hacen falta la posesividad ni los celos. Esto no va de eso.

—Lo sé. Pero... ¿puedes concederme esto una vez? Solo mientras estemos aquí. Luego seguiré el juego a tu lista todo lo que quieras.

No era exactamente una tregua, pero bastaba para fingir.

—Vale —dije al fin.

Asintió y me apretó la mano; un momento después, ladeó la cabeza con una sonrisa tenue. —Entonces... ¿sigues queriendo tachar el punto de la lista?

Alcé una ceja. —Sería una pena no hacerlo.

Tras una cena temprana —que, por suerte, fue mucho menos incómoda de lo que esperaba— volvimos a su coche y terminamos siguiendo el mapa del móvil por calles sinuosas hasta que el lago desapareció tras casas y pinos, hasta que acabamos en la Lake Parkway.

Miré por la ventanilla. —¿Por qué no vamos por la playa? Sería mucho más pintoresco que... sea lo que sea este camino de tierra.

Trevor no apartó la vista del GPS. —Porque allí no voy a poder aparcar en ninguna parte. Y ni siquiera estoy seguro de que el punto exacto no esté vallado por ese lado.

—Podríamos comprobarlo —dije.

—Todavía hay mucha iluminación alrededor del lago —apuntó con una media sonrisa—. Probablemente no sea prudente hacerlo en la playa, a menos que «que nos detengan» esté también en tu lista.

Puse los ojos en blanco. —No del tipo de esposas que me gustan.

De repente, el punto en la pantalla indicó que estábamos en la frontera entre California y Nevada.

—Aquí estamos —dijo, señalando un cartel que daba la bienvenida a los conductores al «Sagebrush State»—. California queda atrás, Nevada por delante.

Salí del coche y me planté sobre la línea, con un pie en cada estado.

—Esto es una locura —solté una risita, procurando no pensar en lo que me hacía sentir estar aquí con Trevor.

—¿Te acuerdas de aquella vez que nos perdimos yendo a aquella fiesta en Sea Cliff? —preguntó mientras volvíamos a meternos en el coche.

—¿Te refieres a cuando todavía te negabas a usar Mapas y decías que tus «instintos» eran mejores?

—¡Lo eran!

—Acabamos en un restaurante de dim sum —protesté, riéndome.

—El instinto me decía que comiera.

Volví a reír, a mi pesar. Me pasó una lata de vodka con arándano rojo. Ya era mi bebida incluso antes de que nos dejaran beber.

La abrí y él hizo lo mismo con su refresco. Brindamos en silencio y bebimos a sorbos.

—Vale —dije por fin—. Lo admito. Se te da bien esto.

—¿En qué?

—Esto —hice un gesto entre nosotros—. Planear. Fingir que esto no es raro.

Se removió en el asiento, con la mandíbula más tensa que antes. —Para mí no es raro.

—¿No?

Miró por la ventanilla durante un buen rato. —Leah, nunca dejé de querer estar cerca de ti. Ese no era el problema.

—Entonces, ¿cuál era el problema?

No respondió de inmediato. Pensé que quizá esquivaría la pregunta. Antes lo hacía, cuando éramos más jóvenes. Se cerraba, o cambiaba de tema, o me besaba hasta que se me olvidaba que estaba enfadada.

Pero esta vez no lo hizo. —Bueno... creía que nunca ibas a necesitar a nadie.

Le miré fijamente y él siguió. —Siempre has sido tan... Dios, Leah, eres tan *arrolladora*. Ya estabas planeando tu huida. La universidad, prácticas, ciudades grandes, sueños más grandes. Yo me sentía como... como un mientras tanto. Algo que, cuando miraras atrás, llamarías «dulce» o «seguro».

—Eso no es justo.

—No —dijo—. Pero dijiste que no podías con la distancia y... ¿qué querías que hiciera?

Me giré hacia él, con el calor subiéndome a las sienes. —¡Te fuiste con tanta facilidad! Ni siquiera luchaste por ello.

—Tenía diecinueve y era un idiota. Pensé que, si estaba de acuerdo y no luchaba, quizá dolería menos. Y si querías que te suplicara, podías haberlo pedido, Leah.

—No digas mi nombre así —dije, con la voz áspera en la garganta.

—¿Así cómo?

—Como si todavía significara algo para ti.

Exhaló. —Sabes que sí.

Y entonces hice algo increíblemente imprudente. Me incliné sobre la consola central, le sujeté el lateral del cuello con la mano y le besé para que se callara.

Me devolvió el beso de inmediato. Su mano se enredó en mi pelo, desesperada.

Pero cuando me aparté, sin aliento, me miró como si le hubiera roto algo por dentro. O quizá como si se lo hubiera recompuesto.

—Quizá no deberíamos hacer esto estando tan cargados de emoción —susurró.

—Tonterías. Esto es solo por hoy, ¿te acuerdas?—

—Quizá sea una mala idea—.

—Solo no te vuelvas a enamorar de mí—dije, intentando reír—. Bastante me cuesta ya tener el caos bajo control—.

Me dio un suspiro resignado y, de pronto, estaba encima de mí, sus manos recorriéndome el cuerpo, su boca adueñándose de la mía con besos hambrientos y desesperados. Me arrancó el vestido de verano y nos pasamos al asiento de atrás. Su polla ya era como acero contra mi muslo.

Deslicé la mano entre sus piernas, por encima de los vaqueros.—Alguien tiene prisa—bromeé—.

Gimió, empujándose contra mi mano.

Le eché hacia atrás, con las palmas firmes en su pecho, su corazón latiendo a toda velocidad contra ellas. Sus ojos siguieron mis manos cuando se colaron por el dobladillo de su camiseta, deslizándola hacia arriba y por encima de su cabeza. Recorrí con los dedos las líneas de sus músculos, desde los pectorales hasta los abdominales, y luego di con su cinturón y lo solté; el tintineo suave de la hebilla se mezcló con nuestra respiración acelerada.

En cuanto le bajé los bóxers, su miembro saltó libre y erecto. Me incliné para metérmelo en la boca, pero me sujetó la muñeca y me atrajo hacia él para besarme.

—Te quiero ahora—gruñó.

Le bajé los vaqueros y le coloqué un preservativo, y luego me subí a horcajadas sobre él. Ya estaba empapada y su polla se deslizó dentro de mí con facilidad.

Empecé a cabalgarlo, con las caderas ondulando, mi coño apretándose alrededor de su polla. Las manos de Trevor encontraron

mis pechos; sus dedos juguetearon y pellizcaron mis pezones. Me incliné, mi boca encontró la suya, mi lengua invadió su boca, mis dientes mordisquearon su labio inferior.

Metió la mano entre nosotros, frotándome el clítoris mientras me follaba, pero pronto sus embestidas se hicieron más duras y sus gemidos de placer llenaron el coche. No tardó en tensársele el cuerpo de necesidad. Con una última embestida se quedó inmóvil, gruñendo sin aliento mientras se corría.

Apartó la mano de mi clítoris y solté un gemido, pero parecía que ya tenía planes. Salió de mí, me dio un beso profundo antes de empujarme de nuevo contra el asiento; me abrió los muslos con las manos, los ojos fijos en los míos, fieros e intensos.

—¿Cuándo te he dejado yo colgada?—gruñó—. Voy a hacer que te corras tan fuerte que vas a ver las estrellas—.

Y entonces se abalanzó sobre mí: su boca abierta en mi coño, bebiéndome, su lengua girando, sus labios succionando fuerte y con insistencia mi botón. Tres de sus dedos se deslizaron dentro de mí, curvándose y acariciando al compás de sus lametones, enviando oleadas de placer por todo mi cuerpo.

Enseguida dio con mi punto G y solté un quejido de lo intenso que era. Los ojos le brillaron, como si sonriera, y me chupó más fuerte, con la lengua sin parar ni apartarse de mi clítoris. Con la otra mano llegó hasta mis pezones para pellizcarlos.

Mi cuerpo ardía, perdido en un torbellino de éxtasis mientras el placer no dejaba de crecer, capa tras capa, hasta convertirme en un

manojo tembloroso bajo su boca. Los músculos se me tensaron, mi orgasmo a punto de estallar.

Metió un cuarto dedo en mi coño y, en cuanto lo tuvo bien cubierto con mis jugos, deslizó dos de esos cuatro en mi culo estrecho sin avisar.

—Trevor, me estás matando—gemí, sin poder evitarlo.

Ronroneó, vibrando contra mi clítoris, con los dedos bombeando dentro de mí en ambos agujeros ahora, dándome una y otra vez en mi punto sensible.

De pronto, con una última y firme caricia de sus dedos y una succión decidida de su boca, me deshice; mi cuerpo estalló.

Grité una y otra vez mientras mi clímax me atravesaba, intenso y abrumador; mi cuerpo se contraía y relajaba, los músculos me espasmaban y mi líquido, caliente y espeso, salía a chorros, cubriéndole la mano a Trevor y salpicándole la cara y el pecho.

Trevor alzó la vista hacia mí, los ojos oscurecidos por el deseo, la cara brillándole con mi corrida.—Joder—dijo al cabo de un segundo, con una media sonrisa—. Parece que sí que puedes correrte a chorros. Estás tan guapa cuando te corres—.

Solté un sonido agotado, con el cuerpo aún temblando. Tenía un brazo apoyado en el techo del coche y el otro me rodeaba la cintura, como si todavía no estuviera del todo dispuesto a soltarme.

Un par de momentos después, se me había calmado un poco la respiración y me incorporé en el asiento.

—Jesús—murmuré. Tenía la piel encendida, los muslos aún me temblaban con las réplicas.—Ha sido una locura...—

Apoyó la frente en mi hombro y lo besó, respirando con fuerza.—Sí —.

Nos quedamos allí un momento, enredados y hechos un desastre.

Luego miré a mi alrededor.

—Ay, Dios,—dije, mortificada—. Te he destrozado el asiento—.

Frunció el ceño al mirarme.—¿Qué?—

Hice un gesto vago hacia el caos húmedo que nos rodeaba. Su coche estaba empapado; también su pelo y su camiseta, que había quedado tirada entre nosotros en el asiento.—Tu coche está oficialmente poseído por mi orgasmo—.

Gimió y luego sonrió.—Ha merecido la pena—dijo con voz ronca—. Entonces son dos menos de tu lista—.

—Ya hemos hecho dos por uno antes—dije con desenfado—.

Algo en su actitud se tensó.—Claro—.

Alcé una ceja.—Pareces molesto—.

—No lo estoy—dijo demasiado deprisa—.

Me tensé. —No es una competición.

—¿No lo es?

—No, hasta que tú la convertiste en una.

Una lechuza ululó en algún lugar cerca del agua y una ráfaga de viento empujó suavemente el coche, como si quisiera que reanudáramos la marcha.

Trevor no respondió.

Trevor

Nos limpiamos en un silencio incómodo. Ella me pasó unas toallitas húmedas, pero incluso después de acabar con todo el paquete, seguíamos sin sentirnos limpios. Odiaba cómo el aire entre nosotros había pasado de aquella pasión encendida a una incomodidad rígida y frágil. Quería que me mirase como lo había hecho hacía unos minutos.

—Yo... ¿quizá deberíamos darnos un chapuzón rápido en el lago? —dijo.

—Sí, probablemente sea buena idea —murmuré, con la voz cortante. Seguía molesto por su acusación de convertir su estúpida lista en una competición.

Era como si no lo pillara en absoluto. Como si no se diera cuenta de que los cuatro estábamos empeñados en... no sé, ganar de alguna manera al final de todo esto.

Se volvió a poner el bañador y yo me quedé en mis calzoncillos empapados para el corto trayecto hasta la orilla.

Joder, qué bien le sienta ese bañador amarillo...

El trayecto hasta la playa no llevó más que unos minutos, pero la tensión en el coche era lo bastante espesa como para atragantarse. Cuando por fin llegamos al lago, el sol poniente lo estaba pintando de dorado y burdeos.

El lago estaba más frío de lo que esperaba. Se me erizó la piel y me castañeteaban los dientes. Me sumergí, dejando que el agua me cubriera la cabeza, y me froté el pelo con fuerza, como si eso fuera a arrastrar mi frustración con ella.

Dice que esto no es una competición, pero sigue siendo un juego... Yo contra Devon, contra Theo, contra Matt.

¿Qué era eso si no una competición?

Una parte de mí aún esperaba que al final me eligiera a mí, y que nos quedáramos solo los dos mientras los otros tres estuvieran a

kilómetros. Sentimientos antiguos se me habían colado cuando no estaba atento, y ahora no se iban.

Cuando salí a por aire, Leah tenía los brazos cruzados sobre el cuerpo, con los pezones duros por el frío.

No podía dejar de mirarla. No podía evitarlo. La había tenido hace un rato, pero, de alguna manera, ya la quería otra vez, de inmediato, aunque fuera aquí, en público.

Aunque me había cabreado con su comentario sobre la competición.

Aunque acabara detenido.

Me pilló mirándola, y aparté la vista, fingiendo que no era nada.

—Quizá deberíamos irnos si queremos estar de vuelta antes de medianoche —dije con brusquedad.

—Ya... —asintió, y fue como si se cerrara una puerta.

De vuelta en el coche, puse música, pero ninguno de los dos habló mucho. Ella estaba con el móvil, y yo me limité a conducir, intentando apartar mis pensamientos de los otros tres hombres que luchaban por su atención, rondándola como tiburones.

La cosa es que, en cierto modo, me gustaba este arreglo de su lista, porque me daba la oportunidad de estar con ella otra vez. Y que estuviésemos todos ahí para ella funcionaba, mientras nadie se pasara de la raya.

Pero yo me pasé de la raya a lo grande, ¿verdad?

La había traído hasta aquí con pretextos falsos, porque una parte de mí aún esperaba que se acordara de lo que sentía por mí cuando terminara su maldita lista.

El móvil se iluminó en el salpicadero y contesté por los AirPods.

—Hola, Ma...

—Hola, cariño, ¿qué tal el trabajo?

—Bien. Tranquilo. Ya voy de vuelta.

—¿Seguro que estás lo bastante despierto para conducir? —preguntó.

—Sí, y no voy solo, así que todo bien —dije.

—Ah, ¿quién está ahí?

—Leah. Hubo una pausa. Prácticamente pude oír cómo Ma alzaba una ceja, y lancé una mirada a Leah. —No en ese plan —añadí rápido.

Leah me lanzó una mirada de soslayo que fingí no ver.

—Trevor... —el tono de Ma se volvió más dulce, con un deje triste, lo que de algún modo hacía que todo esto fuese aún peor—. ¿Seguro que quieres estar diciendo «*no en ese plan*»?

Apreté las manos en el volante. —No es tan sencillo, Ma.

—Nunca lo es. Pero no creas que no te he visto cambiar. No dejes que se te escape otra vez solo porque es complicado.

—Hay otras cosas en juego.

—Pues trabaja con esas otras cosas —dijo—. La gente adecuada no aparece dos veces. Cuando lo hace, es por algo.

Ella lo sabía demasiado bien, eso estaba claro, pero no estaba seguro de si Leah sabía que estaba haciendo lo mismo que había hecho mi madre.

Me quedé mirando la carretera. —Lo sé.

Leah se movió en el asiento como intentando captar de qué estaba hablando por teléfono.

Mi madre suspiró. —Tienes una oportunidad, no esperes a perderla otra vez.

—A veces la gente solo... necesita tiempo —murmuré.

Pero Leah estaba huyendo, apartándose de cualquiera que pudiera importarle. El tiempo no era el problema de verdad.

—El tiempo está bien —dijo Ma—. Mientras no se te acabe. Conduce con cuidado, cariño.

—Sí, gracias. No me esperes despierta —dije, antes de que la llamada se cortara y la música volviera a llenar el silencio. Mantuve la vista en la carretera, intentando relajar la mandíbula.

—Eh —dijo Leah al cabo de un rato—. Como te dije que te daba un día... ¿quieres tomar una copa antes de que se acabe? Cuando volvamos, quiero decir.

Solté una risita corta. —Vale, de acuerdo. Solo una copa.

Una copa que solo haría que tuviera más esperanzas. Estaba jugando con fuego por esta mujer, y estaba más que dispuesto a quemarme.

Capítulo Trece



Leah

Algo había cambiado después de Lake Tahoe.

No había señales evidentes. Nada de peleas ni de dramas de ese estilo, aunque sí había una tensión, tensa como una cuerda de guitarra, lista para vibrar y romper el silencio apacible al que me había acostumbrado.

Puede que solo fuera la rabietilla de Trevor en el lago todavía rondándome, pero no podía evitar pensar que quizá todos estuvieran sintiendo algo... más.

¿O estoy yo demasiado afinada y me creo que veo sentimientos por todas partes?

En cualquier caso, eso hacía que cada nuevo encuentro sexy resultara un pelín más empalagoso. Cada roce de sus labios, cada murmullo que llegaba un poco más suave que antes me parecía peligroso de una forma que no estaba lista para nombrar.

Y yo seguía tachando cosas de mi lista, mientras añadía alguna que otra si se me ocurría una buena idea.

Una noche en casa de Devon puso en la tele porno absurdamente en alta definición para que pudiéramos tachar de mi lista 'Ver porno con otra persona'. Nos tiramos en sus sofás y lo vimos como si fuera cualquier otra peli, con palomitas y cervezas incluidas. Acabé sentada en el regazo de Matt sin pensarlo demasiado, y nadie comentó nada, aunque hubo un par de movimientos. Quizá.

La mujer de la pantalla arqueó la espalda y uno de los tíos debajo de ella dijo algo guarrísimo en francés. Devon se puso a imitarlo de inmediato con el peor acento que había oído en mi vida.

—*Oh, oui oui, mademoiselle baguette* —gimió, lanzando palomitas al aire y atrapándolas con la boca—. Cuéntame más sobre tu ansia existencial, *hon hon hon*.

Solté un bufido tan fuerte que me atraganté con las palomitas. —¡Para! —dije entre bocanadas de aire—. Me estás cortando el rollo.

—La que ha elegido porno francés eres tú —apuntó Trevor. Tenía las mejillas encendidas, aunque quizá era la luz.

—Dije que podíamos verlo juntos por la experiencia —luego murmuré—. Y quizá recrearlo.

Theo alzó una ceja. —¿Así que ahora esto son deberes?

—Trabajo en grupo con temática de educación sexual —dijo Matt—. Muy práctico.

Devon se echó un brazo sobre los ojos y gimió. —Dios, adoro la academia.

Pero a medida que avanzaba la película, la gente de la pantalla se metió en una escena tan intensa que se me abrieron los ojos como platos. Parecía... demasiado. Sobre todo con la luz dura y ese decorado todo blanco del plató.

—Vaya —murmuró Theo, echándose un poco hacia atrás—. Eso es... ambicioso.

Devon seguía jugueteando con mi pelo, pero en cuanto empezó la escena se quedó quieto. Matt cambió el peso, y Trevor se inclinó hacia delante como si no pudiera creer lo que estaba pasando en la pantalla.

Devon me sonrió con todos los dientes. —¿Crees que podrías con eso?

—Poder, sí, absolutamente, pero la verdadera pregunta es si quiero... —arrugué la nariz—. Pues no tanto.

—Es justo —dijo Devon.

Trevor se había quedado rígido como un palo. —Probablemente sea lo mejor.

Matt cogió el mando a distancia, fue pulsando entre miniaturas hasta que algo más me llamó la atención. Era una escena más oscura, una habitación de luz suave, con un trío. Estaban todos enredados en contrastes de seda brillante y látigos oscuros. El hielo se deslizaba lentamente por la piel arrebolada de la mujer. Las gotas centelleaban en alta definición mientras ella jadeaba y gimoteaba, y unos azotes rítmicos con la mano abierta hacían florecer un calor rosa en su cadera antes de enfriarlo con otra pasada de hielo.

—Eso tiene mucha mejor pinta —dije, señalando.

—Y mucho más caliente —añadió Matt.

Devon desapareció en su dormitorio y volvió con unas cuantas corbatas de vestir.

—¿Tú tienes corbatas? —le pregunté, incrédula—. Nunca me lo habría imaginado.

Esbozó una sonrisilla. —No soy un inculto. Solo me gusta ir cómodo. Luego sus ojos volaron hacia Theo y Matt—. Apuesto a que esos dos tienen un armario solo para corbatas.

Theo le sonrió, pero no le llegó a los ojos, y Matt se limitó a hacerle una peineta. Todo era en broma, pero por debajo se agazapaba ese

mismo deje de posesividad que le he notado a Trevor.

Me desnudaron despacio, con bocas hambrientas y dientes juguetones recorriéndome el cuerpo, hasta que estuve lista y gimoteando pidiendo más atención. Volvieron a atarme las muñecas, esta vez a la espalda, y me tendieron sobre las piernas de Devon. Su palma bajó la primera sobre mi culo, seca y deliberada como aquella primera noche en el lounge. El escozor se extendió al instante, haciéndome jadear. Siguieron más palmadas de todos, hasta que mi culo irradiaba calor. No podía verlo, pero estaba segura de que estaría tan rojo como el de la mujer del vídeo.

Igual que cuando me habían vendado los ojos, reconocía los azotes de cada uno. Los de Theo eran más lentos y pesados, la sensación permanecía. Los de Matt llegaban precisos y casi quirúrgicos, mientras que la mano de Trevor se posaba cálida y firme en mi cadera antes del primer golpe. Los azotes llegaban cuidadosos, pero aun así lo bastante fuertes como para hacerme estremecer.

Y luego... el contraste.

Theo fue quien trajo el primer cubito de hielo, sosteniéndolo justo sobre mi piel para que una gota de agua se deslizara antes incluso de que el frío me tocara. Cuando lo hizo, el choque de aquello contra el enrojecimiento de mi piel me arrancó un jadeo y me hizo tirar de las ataduras. Sonrió como si estuviera orgulloso de sí mismo y siguió la curva de mi brazo con una lentitud exasperante.

Las yemas de los dedos de Matt rozaron mi piel recién enfriada, un toque tan leve que casi hacía cosquillas, haciendo que se me erizaran más los vellos, y luego pasó un cubito por los labios de mi

coño. Su concentración era intensa, como si solo estuviéramos él y yo en la habitación.

Devon se arrodilló a mi lado, con los ojos clavados en los míos mientras su palma me sujetaba la mandíbula, manteniéndome quieta. Me pellizcó y retorció los pezones, luego usó otro cubito para recorrerme la clavícula. El hielo se derritió en hilillos que me resbalaron por los pechos y el frío me dejó la cabeza ligera, como si el mundo entero se hubiera estrechado hasta reducirse a sus manos y al contraste de temperaturas sobre mi piel.

Trevor observaba, la mirada oscura, como si aún estuviera decidiendo exactamente qué quería sacar de ese momento. Cuando por fin intervino, apoyó su palma cálida baja sobre mi vientre helado, manteniéndome en su sitio. Sostuvo un cubito entre los dedos de la otra mano, luego lo rozó con suavidad por la cara interna de mi muslo y trazó un camino hacia arriba, lo bastante cerca de mi sexo como para hacer que se me cortara la respiración.

Su mano me mantuvo firme; después, su pulgar me acarició la cadera una vez, en un gesto tranquilizador, antes de meterme el cubito dentro. Solté un jadeo, gimoteando. Me miró y me metió un segundo, y luego un tercero. Grité, con espasmos, y él no apartó los ojos de mí mientras el frío se hundía más adentro y mi cuerpo se tensaba de puro choque. Para cuando el hielo empezó a derretirse, me temblaban las rodillas.

Se alternaban entre hacerme arder la piel y volver a enfriarla, y pronto estaba suplicando.

—Por favor, folladme, no puedo más. Necesito...

Entonces, de pronto, había manos por todas partes. La boca de Theo en mi cuello, su polla en mi mano. La boca de Devon en mi clítoris, mientras yo se la chupaba. Matt follándome, y Trevor arrancándome orgasmo tras orgasmo con las manos.

Y en algún punto de esa neblina hubo cosas que yo estaba bastante segura de que no formaban parte del plan inicial. La mirada de Theo se demoraba más en mis ojos que en mis labios. El pulgar de Matt acariciaba distraídamente mi cresta ilíaca, casi sin darse cuenta, como si ni siquiera supiera que lo estaba haciendo. La sonrisa ladeada de Devon se suavizó hasta volverse algo más dulce y cariñoso. Trevor entrelazó sus dedos con los míos como si no quisiera soltarme.

Por todas partes, miradas que se prolongaban, manos que se quedaban sobre mí medio segundo de más, sus turnos llegando casi frenéticos, como si no pudieran esperar para arrebatarme a los otros tres.

Me repetí que era cosa mía. La salida de tono de Trevor me había vuelto paranoica con que los chicos empezaran a sentir algo.

La película terminó y ninguno de nosotros se dio cuenta. Tenía los músculos pesados. En algún momento me habían desatado las manos y nos habíamos pasado a la cama para seguir. Ahora yacíamos enredados en un silencio cómodo, y seguro que me habría quedado dormida si Theo no se hubiera incorporado, carraspeando.

—Vale. Ahora que estamos todos... relajados, creo que es hora de que experimentéis el verdadero arte.

—No me digas que es otra película porno francesa... —gruñó Devon.

—No, he traído la película de la que os hablaba.

Se levantó y volvió con una caja de Blu-ray como si lo hubiera planeado.—Es una obra maestra. Me lo vais a agradecer.

Los demás gimieron, pero él ya la estaba poniendo en la PlayStation de Devon, farfullando algo sobre cerdos incultos y genio infravalorado.

Pronto nos quedamos en silencio cuando la estrafalaria película empezó. A los diez minutos, entendí por qué no estaba disponible en streaming en ninguna parte.

Devon ya se había escabullido para prepararnos unos cócteles. Quizá estaría bien escabullirme yo también un rato.

—Ahora vuelvo, necesito agua —dije en cuanto apareció en la pantalla un hombre con cuernos.

Fui por el pasillo hasta la cocina. Devon estaba agitando algo en una coctelera.

—Eh, no te molesto, tardo un segundo. Solo necesito agua.

Alzó la vista con una sonrisa cómplice.—¿A ti tampoco te van los unicornios enormes y guarros?

Me reí.—No.

Vertió el contenido de la coctelera en un vaso alto y me lo dio.

—Prueba.

Di un sorbo y, madre mía, estaba buenísimo. Dulce, punzante, con un ligero ardor al final.—¿Qué es esto? ¡Nunca había tomado algo así!

—Es *tu* cóctel —dijo—. Llevo tiempo planeándolo y por fin lo he clavado. Creo. Brillante, mandón, pega más de lo que esperas, ¿eh?

—¿Cómo que «mi cóctel»?

Sus ojos se quedaron un instante más en los míos de lo que tocaría. —He pensado llamarlo The Leah.

El calor me recorrió el cuerpo.—¿Le has puesto mi nombre a un cóctel?

Se encogió de hombros, con una media sonrisa tirándole de la boca. —Qué le voy a hacer. Eres de esas cosas que se aprenden a apreciar. Y yo lo he ido aprendiendo.

Intenté quitárselo hierro con una risa, pero la forma en que me miraba beber, como si yo fuera más embriagadora que la copa, me apretó el pecho de un modo que no quería admitir.

Dejé el vaso, intentando ocultar el temblor de la mano.—Qué ridículo eres —dije, aunque me salió más suave de lo que pretendía.

—Mmmm, no suelo pasar tanto tiempo perfeccionando bebidas por motivos ridículos.

Alargué la mano hacia el vaso otra vez y di otro sorbo para ganar tiempo.—Bueno... está peligrosamente bueno —dije por fin.

Devon ladeó la cabeza, con los ojos brillándole.—Las cosas que merecen la pena suelen serlo.

Y, así, de golpe, algo en mí vibró más caliente que el ardor del alcohol.—¡Os estáis perdiendo la mejor parte! —gritó Theo desde la otra habitación.

Solté una risita, medio agradecida por la salida.—Será mejor que vuelva. Por lo visto, esta monstruosidad de película tiene su mejor parte.

A la mañana siguiente, me desperté con la sensación de una boca cálida y húmeda entre las piernas. Gemí, mis caderas se arqueaban contra su lengua, mi cuerpo ya dolorido de necesidad. Abrí los ojos y me encontré la cabeza de Theo sepultada entre mis muslos, su lengua girando y succionando, sus manos agarrándome las caderas con fuerza.

—Buenos días, cariño —murmuró contra mi piel, haciendo vibrar las palabras en mi clítoris.

Mis manos se enredaron en su pelo, guiando sus movimientos. —Buenos días… Menuda manera de despertarme…

—Bueno, tú lo querías —dijo Matt desde algún lugar a mi izquierda, inclinándose para besarme.

Luego, de repente, dos pares de manos en mis pechos, suaves y casi devotas. Una boca encontró mi clavícula y empezó a besar hacia abajo despacio. Casi con reverencia.

Unos dedos juguetearon y pellizcaron mis pezones; enseguida les siguieron dientes y lenguas. Devon y Trevor se pusieron manos a la obra, con la cabeza inclinada, la boca caliente y hambrienta sobre mi piel.

Pero algo era distinto.

Las manos de Theo, que normalmente eran firmes e imperturbables, vacilaron cuando gemí su nombre. La sonrisa de Devon era menos chula y más mecánica, y el toque de Trevor resultaba casi performativo. Por no hablar de que Matt me besaba como si ya echara de menos algo que todavía no había perdido.

Intenté ignorarlo. Al fin y al cabo, estábamos todos aquí por mi lista de cosas por hacer antes de morir. ¿No? No era culpa mía si los límites se habían difuminado.

Después de correrme con la lengua de Theo, me llevaron en volandas a la ducha.

No era ni de lejos lo bastante grande para que cupiéramos los cinco, pero consiguieron apretarme contra los azulejos como pudieron, bajo el chorro de agua caliente que me corría por el cuerpo. Tenía la

piel aún sensible por los azotes y Trevor y Devon me enjabonaron con especial cuidado, con un toque ligero.

—Date la vuelta —murmuró Devon al cabo de un momento.

Obedecí, me giré hacia la pared y me apoyé en los azulejos fríos. Las manos de Theo encontraron mis pechos, los abarcaron y apretaron, mientras Devon seguía enjabonándome, por la espalda y hasta el culo. Luego, sus dedos enjabonados se deslizaron entre mis nalgas, jugueteando con mi agujero estrecho antes de meter un dedo.

La boca de Matt encontró mi cuello, y Trevor se coló entre la pared y yo; su polla se hundió en mi coño con rapidez, como si le preocupara que otro llegara allí antes.

Los labios de Theo atraparon los míos con hambre y las embestidas de Trevor se hicieron más profundas y duras. En algún punto, entre los besos de Theo y Matt, la polla de Devon se deslizó en mi culo; la presión era muchísimo más intensa por el espacio estrecho en el que nos habíamos apretujado todos.

Me descompuse, el cuerpo convulsionando, el orgasmo arrasándome igual que el agua de la ducha. Apreté alrededor de los dos, con los músculos en espasmos, mi flujo, caliente y espeso, empapando la polla de Trevor, y el chorro lo enjuagó enseguida.

La manera en que me trataron después fue mucho más suave que antes. Así que me aseguré de que el contacto visual durara la mitad y de que mis besos no se demoraran.

Era más fácil fingir que todo estaba bien delimitado como solía estarlo. Al fin y al cabo, esto era lo que mejor se me daba: echarme atrás en cuanto algo se acercaba demasiado.

Pero no me lo ponían fácil.

Como Theo, por ejemplo. Unos días después, trabajé en el ensayo de una boda. El salón de baile estaba en un caos de última hora porque la novia había cambiado de opinión sobre el plano de mesas nueve veces en las últimas tres horas, su madre estaba dando la lata con detalles que jamás habían mencionado que hubiera que cambiar, y el catering la había cagado con la mitad del pedido.

Nada que no hubiera arreglado antes. Estaba acostumbrada al caos. Se me daba bien desmantelarlo.

Solo que, esta vez, la madre del novio había decidido que era todo culpa mía.

—¡Esto es inaceptable! —me chilló—. ¿Tiene idea de cuánto estamos pagando por esto?

Sonreí, manteniendo un tono uniforme. —Entiendo su frustración, pero todo se corregirá lo antes posible y estará listo para la boda.

—Inaceptable —me gritó en la cara, clavando un dedo hacia mi pecho. Era fácilmente quince centímetros más alta que yo, y di un paso atrás por instinto.

—Disculpe… —empecé, pero, de la nada, alguien ancho y sólido se colocó delante de mí, poniéndose como un escudo.

Theo.

—Eh, apártese. Ya la ha oído.

Joder, no lo había visto por el recinto, pero debían de haberlo contratado como seguridad.

La clienta, por su parte, se quedó rígida, siseó algo entre dientes y se marchó hecha una furia.

Exhalé, con el corazón desbocado, y rocé el brazo de Theo.

—Gracias —dije, intentando que la voz me saliera firme.

Nos quedamos allí un momento mientras yo me tomaba un respiro del caos que nos rodeaba. Quise refugiarme tras mi habitual coraza de profesionalidad, pero algo en la manera en que me miraba lo dificultaba.

Por fin esbozó una pequeña sonrisa. —Has llevado eso muy bien. Siempre lo haces.

Conseguí sonreír. —Gracias. Tengo práctica.

—Se pasó de la raya —dijo, con los ojos clavados en los míos, aún velados por la rabia—. No me gusta que invadan tu espacio.

Hubo algo en la forma protectora en que lo dijo que me hizo detenerme y, por un instante, su expresión se suavizó cuando me apartó un mechón detrás de la oreja.

Era tan cuidadoso conmigo que dejaba entrever algo más bajo ese exterior sereno y contenido.

—¿Quieres ir a cenar cuando terminemos? Algo tranquilo.

Me debatí de inmediato entre la prudencia y la necesidad de darle las gracias por haberme rescatado. Mis barreras, tan cuidadosamente mantenidas, se tambalearon.

Esto era distinto que estar a solas con Trevor; no había esa carga, así que dije que sí.

Solo por esta vez no pasaría nada.

Capítulo Catorce



Matt

Siempre le habían gustado a mi cerebro las columnas limpias y las proyecciones pulcras, y Leah Jaber no se parecía en nada a eso.

No, no es exactamente así.

Leah *era* ordenada —o al menos llevaba su vida así—. Era la quintaesencia de la jefa, siempre al mando, y por lo que he visto en la boda de Dylan podía convertir el caos en orden con una sola mirada.

Ahora... fuera lo que fuera que los cuatro teníamos con ella, desde luego no era nada pulcro. Todo instinto me decía que era una mala inversión. Alto riesgo, bajo rendimiento, pero aun así me pillaba mirándola como si fuera la única acción que merecía la pena comprar, ¿no?

Me recosté en el asiento del copiloto mientras la franja pálida de carretera serpenteaba hacia las colinas.

Solo habíamos cogido el coche de Devon esta vez, para ahorrar gasolina. Llevaba la capota bajada, la música a todo trapo, con pinta de estar rodando un anuncio de coche en su cabeza. Trevor, en el asiento central, tamborileaba con los dedos en el muslo. Leah iba sentada detrás de mí, el pelo azotándole con el viento, hablando con Theo de algún grupo de rock con nombre de dinosaurio —¿Deinotherium?—. Insistía en que teníamos que verlos en directo y en que era amiga suya.

—Entonces, ¿qué hay con las aguas termales? —preguntó Devon tras un momento—. Nunca te habría imaginado muy de campo, Leah.

—No lo soy —dijo—. Remojarse en agua mineral caliente y luego irse a un hotel tampoco es precisamente ir de acampada.

Theo sonrió desde atrás. —Eso depende del plan que tengas para el propio manantial.

Leah resopló. —Sutil.

Trevor inclinó la cabeza hacia ella. —La que lo metió en la lista fuiste tú.

—Sí, pero no paráis de hacer como si fuera la única que sale ganando —replicó.

Devon esbozó una media sonrisa. —Oh, nosotros salimos ganando. No te preocupes.

¿Solo me lo parecía a mí o se le habían puesto blancos los nudillos en el volante?

Pasamos la mayor parte del día haciendo cosas de turistas, planeando ir a las termas lo más tarde posible para evitar encontrarnos con más gente. Para cuando entramos en el pequeño aparcamiento de tierra cerca de los manantiales, el sol ya caía bajo, pintando de oro las colinas de alrededor. El aire tenía ese pico a azufre y a monedas mojadas, y tuvimos que caminar un trecho hasta llegar a la poza que nos cupiera a todos.

En cuanto llegamos me quedé helado un segundo, mirando alrededor maravillado.

El vapor se alzaba en el aire como si nos estuviera invitando a entrar. Leah ni se detuvo antes de quitarse el top, sujetador incluido, sin siquiera fingir que estaba allí por las aguas termales o por las vistas. Luego nuestra ropa voló contra las rocas, rápida y descuidadamente, como si compitiéramos por ser los primeros en meternos en el agua con ella.

Uno a uno nos deslizamos en el agua, sin quitarle ninguno la vista de encima. Fue la última en hundirse, deslizándose por el agua humeante como si fuera su dueña. Y aún fingía que estaba allí solo por las vistas, haciendo fotos y vídeos para su Instagram.

Al final, Leah gruñó y lanzó el móvil sobre su toalla. —Da igual. Por lo visto, a la naturaleza le importa un bledo mi historia de Instagram. Se volvió a meter en la poza, con el vapor arremolinándose alrededor de sus hombros mientras se dejaba llevar hacia mí.

—Supongo que te tocará sufrir una conversación de verdad —la piqué mientras se acomodaba a mi lado, porque los demás estaban ocupados chapoteándose o dejándose caer en el vapor.

—La interacción humana sin wifi da pánico —bromeó.

Antes de que pudiera responder, mi móvil vibró sobre la roca detrás de mí y Leah me lanzó una mirada exasperada.

—¿Y cómo es que *tú* sí tienes cobertura? —exigió.

—Cambia de operador —la piqué, y luego cogí el móvil. Tenía una sola raya, y se había colado un mensaje.

Enseguida se me agrió el humor.

Mamá: ¿Puedes pasarte por casa de Dylan? A ser posible esta noche. Necesita ayuda con el ordenador y tú eres mejor que él con esas cosas. Dice que no consigue localizarte, así que he probado yo.

Claro que ni siquiera se acordaba de que le dije que estaría fuera. Los problemas de ordenador de Dylan eran más importantes.

Dejé el móvil boca abajo e intenté controlar la expresión, pero Leah ya lo había pillado.

—¿Y esa cara? —preguntó, entornando los ojos.

—Nada —murmuré. Luego, al ver su ceja alzada, suspiré—. Mi madre pidiéndome que le arregle algo a mi hermano.

—¿Dylan?

—Sí.

Frunció el ceño, ladeando la cabeza, mientras me estudiaba. —¿Y eso merece esa cara?

Me pasé una mano por la cara. —Él... Se le da bien ser el tipo al que la gente anima. Yo soy el que siempre es... fiable y que no da guerra.

—No suena tan mal.

Sonreí, porque no quería estropear el ánimo.

Leah me estudió tras las volutas de vapor que se alzaban entre nosotros. —Sabes, quería decirte que me sorprendió que no hablara más de ti.

Solté una risita sin gracia. —¿Por qué?

Hubo un silencio al que no estaba acostumbrado. Normalmente, la gente se apresuraba a llenarlo con palabras amables de compromiso. Leah no. Se limitó a estudiarme como si intentara resolver la X.

Por fin habló en voz baja: —No es así como te veo... Eres alguien de quien merece la pena hablar—, y la forma en que lo dijo me encogió algo por dentro. Sonaba a que lo decía de verdad. Me habían infravalorado toda la vida, y de repente Leah estaba aquí fuera emitiendo una recomendación de compra sobre mí.

—A veces simplemente siento que es fácil olvidarme —admití en voz baja.

Suspiró. —Sé lo que se siente, créeme.

—¿Tú? Qué va... no eres de las que se olvidan.

—Tú tampoco eres de los que se olvidan, Matt.

La miré fijamente y entonces se me desbordó todo: cómo nunca era la primera elección, ni de mis padres, ni de los entrenadores, ni de los profesores —daba igual—. Cómo Dylan brillaba y yo tapaba huecos. Cómo él siempre estaba ocupado, pero yo tenía que estar disponible para arreglarle el ordenador.

Leah me escuchó y me miró como si lo entendiera.

No tardamos en acabar acercándonos todos a ella sin decir una palabra, poniendo las manos en sus caderas y los labios en su piel.

El calor del manantial parecía poca cosa frente al suyo, y pronto nos repartimos a su alrededor en la zona poco profunda, orbitándola como si fuera el centro del maldito universo. Y sé que, como yo, los otros tres querían darle el mejor orgasmo de su vida.

Vaya si lo intentamos.

El agua estaba más caliente hacia el centro y el vapor se enroscaba a nuestro alrededor, emborronando las estrellas. Había algo en estar aquí fuera que lo despojaba todo hasta sus elementos básicos.

Calor. Lujuria. Necesidad.

Y Leah.

Flotaba entre nosotros como una sirena, los brazos alrededor de Theo, las piernas enredadas con las de Devon, su boca en la mía, las manos de Trevor en su cintura.

Se *sentía* distinto esta vez. Más suelto y salvaje, como si de pronto los cuatro hubiéramos hecho un pacto silencioso para dejar de fingir que no estábamos enganchados a ella. Y cada vez que sus labios rozaban los míos, lo único que oía era su voz de antes:

No eres de los que se olvidan, Matt.

Se rió en mi boca cuando le mordí el labio inferior lo justo para arrancarle una bocanada de aire. Se volvió, besó a Trevor con un jadeo y luego se arqueó hacia las manos expectantes de Devon. Theo le sujetó la barbilla, la obligó a mirarle a los ojos mientras deslizaba dos dedos entre sus muslos y la veía deshacerse.

No hablamos mucho; no hacía falta. Se deshizo como si fuera una diosa del sexo, hermosa y sin aliento, y la seguimos.

Después, Devon se recostó sobre los codos, relajado y perezoso, como si pudiera quedarse aquí toda la noche.

—Bueno —dijo Leah—, eso ha sido... increíble.

Su cuerpo aún temblaba, con la cabeza apoyada en el hombro de Devon. Era tan hermosa y vulnerable que algo se agitó muy hondo dentro de mí.

La mano de Devon se movió bajo el agua y la acercó más a él. Un pinchazo de celos me recorrió, un deseo de tenerla solo para mí, de explorar cada centímetro de su cuerpo, de reclamarla como mía.

—En una escala del uno al diez —dijo Devon a Leah—, creo que esta ha sido un diez clarísimo de todo lo de tu lista, ¿no?

Leah se sentó en el borde, con los dedos de los pies chapoteando. Se apartó del rostro el pelo mojado. —Un nueve. No te crezcas.

Devon sonrió un segundo, pero luego se dio la vuelta y se zambulló bajo la superficie, nadando hacia el centro de la poza, como si se

estuviera conteniendo para no decir nada.

Leah no se dio cuenta. Tenía el móvil fuera, entornando los ojos ante la pantalla, alzándolo como si pudiera arrancarle una señal al aire.

—¿Sigue sin haber cobertura? —preguntó Theo desde el otro lado, donde flotaba como un emperador romano.

—Aquí no hay cobertura —les dije.

—Lo sé —dijo, inclinando todavía el móvil como si fuera de aquellos antiguos con antena que encontraban señal si los levantabas más—. Pero a veces pillas una rayita si te subes a la roca adecuada o... haces una especie de baile para invocar cobertura.

—Pagaría por verte hacer un baile de la cobertura —rió Theo.

—Secundo —dijo Trevor, sonando más agotado que juguetón—. Y estoy sin un duro.

Golpeó con el dedo el móvil como si así fuera a aparecer una rayita. —Ya puestos. He probado todo menos sacrificar una virgen a los dioses de los datos.

—Puedes sacrificar a Trevor —propuso Devon, imperturbable, mientras pasaba nadando—. Lleva cinco minutos sin follar.

Trevor, medio sumergido junto a las rocas, le hizo una peineta. —Estás perdiendo el tiempo —le dijo a Leah.

—La historia de mi vida —murmuró.

Me apoyé en la pared de piedra natural, con los brazos extendidos a lo largo del borde, intentando no lanzarme otra vez a por ella y devorarle esas perfectas tetas turgentes.

Se acercó y se deslizó en el hueco a mi lado. —¿Por qué estás aquí con ese aire taciturno?

—Estoy bien —insistí.

—Vale, solo me aseguraba de que sigues pasándotelo bien. Luego salió de la poza otra vez, trepó a una roca e intentó, una vez más, encontrar cobertura.

—Lo juro por Dios, solo intento subir una story —se quejó—. Es como vivir en un agujero negro.

—Eres una adicta —dijo Theo.

—Solo me gusta tener acceso a la información —dijo—. Y a Maps. Y al porno.

Vale. Había mentido. No estaba exactamente bien. No me gustaba lo fácilmente que flotaba entre nosotros, cómo en un momento podía hacerme sentir el centro de su universo y luego darse la vuelta antes de que pudiera significar nada.

Cuando esto terminara, sería ella quien se marchara indemne, y yo me quedaría atrás, como una nota al margen.

Los demás lo tenían fácil; probablemente no tendrían que volver a ver a Leah nunca después de que ella inevitablemente zanjara las cosas cuando terminara su lista. Mi hermano, en cambio, estaba casado con su prima. Si alguien se topaba con esta diosa del caos, lo más probable es que fuera yo.

Y yo ya estaba metido hasta el cuello.

Mi móvil vibró a mi lado y fruncí el ceño. La última vez que miré, tampoco tenía cobertura.

Miré la pantalla y vi una solicitud de AirDrop del móvil de Leah.

Toqué aceptar automáticamente, preguntándome si me estaba enviando fotos desnuda. Solo que, cuando se abrió el archivo, era una lista de deseos.

Y no la que estaba acostumbrado a ver.

Habíamos hecho un trabajo exhaustivo tachando sus fantasías, y solo nos quedaban unas pocas, lo cual era bueno porque su cumpleaños se acercaba rápido. Había visto su lista mil veces cuando la estudiaba a solas por la noche como si me estuviera empollando un examen. El que me había enviado se titulaba Leah's Dirty Thirty (2) y tenía un solo punto. Un único punto que fue como un puñetazo en la garganta:

1. Dejar que alguien se quede a dormir y que sea en serio.

La miré. Seguía frunciendo el ceño ante el móvil, agitándolo en el aire.

—Leah—. La llamé. La voz me salió más áspera de lo que pretendía.

Alzó la cabeza de golpe. —¿Sí?—

Alcé el móvil. —¿Iba…? —me aclaré la garganta y le enseñé la pantalla—. ¿Querías enviarme esto?—

Sus ojos saltaron a la lista y volvieron a mí. Pasó un segundo. Luego se echó a reír, y fue demasiado alta y brillante para ser auténtica. Los otros tres nos prestaron atención de inmediato.

—El último es una broma. Obviamente —insistió—.

—Sí, graciosísimo —soltó Devon, inexpresivo, de pronto—.

Todos nos volvimos hacia él. Ver a Devon tan serio resultaba inquietante.

—¿Perdona? —exigió—.

—No paras de llamar a esto una broma —dijo—. Un juego. Pero se está volviendo… —Se detuvo, saliendo de la piscina—. Es agotador.

Su sonrisa no flaqueó, pero se le pusieron los hombros rígidos. —Nos lo hemos estado pasando bien, ¿no?—

—No se trata de eso —dijo Devon—.

—¡De eso se trata exactamente! —replicó—.

La mirada de Trevor también estaba clavada en ella y Theo se había quedado inmóvil.

Me aclaré la garganta y alcé la voz, manteniendo un tono más suave que el de Devon. —Si solo es la lista… ¿por qué escribir algo así?—

Agitó la mano como si pudiera apartar la pregunta de un manotazo. —Porque es ridículo. Esa es la gracia. O sea, mira lo demás…—

Theo habló por fin. —Dijiste que querías tachar cada uno de los puntos—.

Leah se encogió de hombros. —Sí, pero todo es solo… diversión. Ya sabes. Distracción—.

—¿De qué? —preguntó Trevor en voz baja—.

—¿De cumplir los treinta?—

—Quizá no haga falta que conviertas todo en una broma —dije al cabo de un momento—.

—Es literalmente mi marca personal —dijo con alegría—.

Me encogí de hombros, intentando fingir que me daba igual, como si no estuviera aquí sentado preguntándome qué demonios significaba «que sea en serio» para ella. —Supongo que eso es cosa tuya —dije, aunque no era verdad—.

Sus ojos brincaron de uno a otro, y soltó una risita resoplada. —Últimamente estáis siendo demasiado intensos—.

Los ojos de Devon siguieron clavados en ella. Trevor tampoco apartó la mirada. Theo tenía la boca apretada en una línea, indescifrable. Yo intenté mantener la expresión neutra, pero tenía el pecho encogido.

Cada uno de nosotros había ido cayendo hacia delante, uno a uno, como botellas golpeadas por una bola en una feria. Y Leah, como esa bola, ya iba a medio camino de ponerse a jugar a un juego completamente nuevo.

Ella quería la lista, no a mí —o, siendo justos, probablemente a ninguno de nosotros—.

No tenía ni idea de qué demonios pasaría cuando se nos acabaran los puntos. Bloqueé el móvil y lo dejé caer sobre mi toalla, luego me hundí más en el agua, dejando que el calor me tragara.

No importaba. Siempre había estado bien siendo la segunda opción, así que ¿cuál era el problema si, después de un mes de aventuras sexuales épicas, no era una opción en absoluto?

—Quizá deberías añadir otra —dije—.

Me miró desde el borde de la piscina. —¿A la lista?—

—Sí—.

Entrecerró los ojos con suspicacia. —¿Como qué?—

—Dile a alguien lo que de verdad sientes por una vez —dije—.

Puso los ojos en blanco. —Vale, Matt—.

Pero solo por un segundo, detrás de esa mirada en blanco se resquebrajó algo.

Estaba empezando a significar algo para todos nosotros, y ella lo sabía, y parecía que le daba más miedo eso que cualquier otra cosa en el mundo.

·❤·❤·❤·❤·❤·

El viaje de vuelta a casa fue... distinto.

Normalmente, después de un fin de semana como este, lleno de sexo y con su lista acortándose, los cuatro estaríamos hablando unos por encima de otros, lanzándole a Leah insinuaciones como si fueran cacahuetes. Pero el ambiente en el coche era... denso, como si se avecinara una tormenta.

Theo iba en el asiento del copiloto, un codo apoyado en la ventanilla, deslizando el dedo por el móvil con una expresión casi de

frustración. Le tocaba conducir a Trevor y no apartaba la vista de la carretera. Devon llevaba la cabeza echada hacia atrás, con los ojos cerrados, aunque por la tensión en la mandíbula estaba claro que no estaba dormido.

Leah se sentaba entre Devon y yo, atrás, mirando por la ventanilla. De vez en cuando, se le estremecían los dedos, como si estuviera a punto de alargar la mano hacia uno de nosotros.

Intenté no fijarme en cómo a Theo se le iban a medias los ojos hacia el retrovisor, hacia su reflejo, ni en el pequeño músculo de la mejilla de Devon que saltaba cada vez que ella se movía en el asiento. Trevor no miró atrás ni una sola vez.

Me limité a quedarme allí, fingiendo que todo estaba bien, sin decir nada.

Cuando el silencio se alargó demasiado, cogió el móvil y deslizó el dedo un momento, y luego soltó una risita de pronto, casi para sí, y dijo: —Quizá debería añadir «sexo en un ascensor» a la lista.

Nadie le contestó y la sonrisa se le apagó.

Leah solo estaba jugando, pero estaba clarísimo que los demás ya no.Y cuando ese juego terminara... no tenía ni idea de quién seguiría en pie.

No debería importarme si me quería de verdad o solo para tachar otra casilla. De todos modos, estaba acostumbrado a ser el segundo plato y había aprendido hacía mucho a no extender la mano si no estaba seguro de que iban a devolvérmela.

Leah no estaba alcanzándonos a ninguno, pero para mí el daño ya estaba hecho. Porque me había mirado entre aquel vapor y había dicho que no era fácil de olvidar. Y por primera vez en mucho tiempo, casi me lo creí.

Capítulo Quince



Theo

Después de la tensión en las termas, había imaginado que una tarde en la playa, después del trabajo a mitad de semana, sería una buena oportunidad para aclarar las cosas. Sonaba bastante inocente, y quizá Leah le había dado alguna vuelta a nuestra conversación y quería quedar en lugar de llamarnos solo para follar.

Al final, la playa fue una mala idea.

El cielo ya escupía lluvia cuando llegamos, con nubes como moratones sobre el horizonte. Leah insistió en que aun así sería

divertido. Algo sobre la espontaneidad, el aire salado, *carpe diem* y un ánimo de lo que sea, a tomar por culo, que estaba intentando perseguir ese día.

Devon se había encogido de hombros y había cogido el frisbee. Trevor lanzó una mirada preocupada al cielo, y Matt tenía pinta de que preferiría estar haciendo literalmente cualquier otra cosa, pero aun así la siguió.

Yo también. Como un gilipollas.

Habíamos plantado la sombrilla bajo los acantilados, no lejos de donde la arena se convertía en roca. Leah incluso había bajado una tumbona plegable y una bolsa llena de snacks, y Devon había puesto en su altavoz Bluetooth versiones acústicas con buen rollo de canciones que todos fingíamos que no nos gustaban.

Llevaba un bañador magenta chillón —distinto del que había llevado en las termas—, alto de los muslos y escotado por delante. Hasta mirarla demasiado rato parecía peligroso.

—Estás callado —dijo Matt, alargándome una lata de cerveza barata que tenía tan poco alcohol que sabía más a decepción que a lúpulo.

—Siempre estoy callado.

—Mm. Yo también, por lo general, pero...

No respondí. Leah estaba con Trevor, lanzando el frisbee demasiado cerca de la orilla. Fingió tropezar, se estampó contra él, los brazos

enroscándosele al cuello con toda la naturalidad. Él se rió y la sostuvo un poco más de lo necesario.

Intenté aflojar la mandíbula.

No debería importarme. Pero me importaba.

Apenas había dado dos sorbos a la cerveza cuando la lluvia cayó sin aviso, como si alguien hubiera abierto una trampilla y volcado toda el agua del cielo. Gotas frías y pesadas me golpearon. Todos corrimos a coger las toallas, los móviles y el altavoz. Nos metimos bajo una cornisa del acantilado, sacudiéndonos el agua del pelo.

Pero Leah se quedó fuera bajo la lluvia, con los brazos abiertos como dándole la bienvenida. El pelo se le pegaba a la cara, y el agua resbalaba por cada curva de su cuerpo.

—Esto es perfecto —gritó, dando saltitos por la arena hacia nosotros —. —Ahora que todo el mundo va a largarse podemos tachar más cosas.

La cabeza de Devon se alzó de golpe. —¿Qué?

La lluvia le había pegado el bañador aún más a la piel hasta que prácticamente parecía pintado. Una semana antes me habría vuelto loco. Aún lo hacía, pero ahora también me parecía una trampa. Su mirada pasó por nosotros uno a uno, con deliberación, como saboreando la idea.

—Todos vosotros... mirando —dijo en voz baja—. —Mientras me toco el coño aquí mismo, bajo la lluvia.

Los ojos de Trevor se entrecerraron. —Leah.

Le dedicó una sonrisa desafiante. —Venga. Imaginadlo. Lluvia, olas, todos ahí... mientras no podéis tocarme y solo miráis. Mis dedos hundiéndose dentro de mí mientras me follo a mí misma...

—Eso podemos hacerlo en privado —replicó Matt.

—Deberíamos irnos —dijo Devon, sombrío—. Nos puede caer un rayo.

Nos miró, esperando a que alguno cediera, pero nadie lo hizo. Se le contrajo la boca.

Estaba ya tan cerca de mí que podía contar las gotas de lluvia enganchadas a sus pestañas. Por una fracción de segundo, casi la agarré y la besé. Casi quise que insistiera, que nos hiciera cruzar la línea allí mismo.

Pero estaba llevando esta mierda demasiado lejos.

—Pensaba que hoy iba de pasar el rato —dije, seco—. Y cada vez llueve más.

—Ojalá el que se estuviera poniendo duro fueras tú —dijo, juguetona.

Se dejó caer de rodillas delante de mí. Ya tenía las manos en los lazos del bañador. Antes de que pudiera procesarlo, se lo quitó, dejando al descubierto el clítoris y el coño, los dedos jugueteando sobre su pubis.

Se me hizo la boca agua y tragué saliva. La deseaba, maldita sea, pero no así.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

Me miró desde abajo; con el pelo pegado a la cabeza así, los ojos parecían aún más grandes.

—Sabes lo que estoy haciendo.

—Así no —gruñí y me aparté de ella.

—No sabéis divertiros —puso morros.

—La diversión no es el problema —dijo Devon, cruzándose de brazos —. Pero yo no soy un espectáculo, y tú tampoco.

—Además, esto no es divertido. Siento que estoy pasando inventario. Como si tú solo estuvieras... tachando cosas —dije, frustrado.

Se puso en pie, cruzándose de brazos sobre el pecho. —¡Eso es lo que estoy haciendo! Y todos estuvisteis de acuerdo —soltó.

—Sí, yo sí. Y me lo estaba pasando bien hasta que dejó de serlo —le solté.

Alzó la barbilla con terquedad. —¿Y qué? ¿Ya has acabado? ¿Te echas atrás?

—No —dije—. Solo que no me interesa fingir que esto no significa nada, como haces tú.

—Te lo dije desde el principio... —empezó.

—Sé lo que me dijiste —la corté—. Que es un juego. Que no era serio. Lo dices cada vez que algo empieza a sentirse de verdad.

Abrió la boca y la cerró. Devon solo asintió, mientras Trevor y Matt apartaban la mirada de ella, fingiendo recoger el resto de nuestras cosas.

Negué con la cabeza. —Me voy a casa.

Menos mal que habíamos venido cada uno en nuestro coche y no tenía que conducir con nadie más.

—Sí, yo también —gruñó Devon, siguiéndome.

Leah no me siguió ni me llamó.

Leah

La lluvia escocía mientras Theo y Devon se alejaban sin mirar atrás. Algo dentro de mí me gritaba que los siguiera, pero me quedé allí, en la arena mojada. Un momento antes, mientras bailaba bajo la lluvia, Devon me había dedicado una sonrisa que por un instante me hizo pensar en algo estúpido. En... qué pasaría cuando se acabara la lista. Había sonado comprometido... A largo plazo. Romance. Esas palabras ya no estaban en mi vocabulario.

El sexo sin significado sería el antídoto perfecto para estas ideas estúpidas. Allí mismo, en la playa, sin pensar ni sentir. Solo la lista.

Odiaba lo mucho que dolían sus palabras; era la prueba, una vez más, de que había dejado que la gente se acercara demasiado.

Trevor y Matt estaban recogiendo lo último de nuestras cosas bajo el saliente rocoso. Matt sujetaba mi tumbona empapada como si le hubiera ofendido personalmente, y Trevor cerró la nevera portátil con más fuerza de la necesaria.

Ninguno de los dos me miró.

—Así que supongo que ninguno de los dos quiere follar conmigo tampoco —dije sin expresión.

Trevor me lanzó una mirada. —Leah, solo...

—¿Qué? —solté—. Es una broma. Os habéis reído de cosas peores.

—Hace rato que esto dejó de ser una broma —murmuró Matt.

Me giré hacia él, con el corazón martilleándome. —¿Qué?

Se ajustó la correa de la mochila. —Nada. Mejor lo dejamos por hoy. La tormenta no afloja.

—Vale —escupí—. A la mierda. Total, no estoy de humor.

Ninguno de los dos me detuvo mientras me ponía el vestido empapado y me largaba hacia mi coche pisando fuerte.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Me senté en el coche, tiritando. La lluvia golpeaba el parabrisas tan fuerte que lo emborronaba todo en un lavado gris.

Quizá tenían razón...

El pelo se me pegaba a las mejillas, frío y lacio; el vestido y el bañador mojados solo añadían miseria. Me envolví en una toalla, pero no sirvió de mucho. Solo me hizo sentir como una niña escondiéndose.

Me miraron como si hubiera perdido la cabeza.

Como si de repente lo que yo proponía fuera demasiado. ¿Era por lo que había pasado en los manantiales?

¿Por qué de repente sentía que había reglas que no entendía, y líneas que no sabía que existían, pero por cuya transgresión me estaban castigando?

Apoyé la frente en el volante y me escurrí fuera de la ropa mojada, tirándola con un chof al suelo del asiento del acompañante.

Alguien que pasaba fuera soltó un alarido, probablemente porque había visto mis tetas pese a la lluvia.

—Pues felicidades, capullo —les grité, molesta, y luego cogí una camiseta seca del asiento de atrás y me la puse.

Los sentimientos lo arruinaban todo. Mejor mantenerlo fácil y físico. Una lista. Mis ojos siguieron la sombra del desconocido que acababa de jalear hace un segundo. Quizá debería haberlo dejado así desde el principio, ir tachando cosas con una rotación de desconocidos en lugar de dejar que estos cuatro hombres se me metieran bajo la piel.

Los limpiaparabrisas chirriaron y yo solté un quejido, luego coloqué el móvil en el soporte del salpicadero.

Cuando tuvo tiempo de conectarse, le pedí al Bluetooth del coche que llamara a Christina. Odié lo quejica que sonaba incluso para mí.

Sonó unas cuantas veces antes de que contestara. —Ey, nena, ¿qué tal va tu pequeña puti-odisea?

—Necesito desahogarme.

—Hostia, ¿me sirvo una copa?

—O dos.

—Joder, ¿qué está pasando?

Tragué saliva, observando cómo el agua se emborronaba por el parabrisas.

—Los chicos me han dado calabazas.

—¿Qué quieres decir?

—¿Sexualmente...?

Una pausa. —¿Durante algo de la lista?

—Más o menos, sí —admití—. En la playa. Lluvia, desierta. Por lógica tenía que haber sido súper excitante.

—¿Pero?

—Pero luego se pusieron en plan sentimental y tal, dijeron cosas tipo ‘*así no’,* y se marcharon como si hubiera pateado a un cachorro.

Se me volvió a encoger el pecho, como en la playa, una punzada fugaz de algo a lo que no quería ponerle nombre, antes de tragármelo.

—O quizá simplemente no les convencía el escenario —dijo con sensatez—. Frío, lluvia, arena mojada metiéndose por el—

—Vale, no ayudas —murmuré, pasándome una mano por la cara. Luego mi móvil zumbó con otra llamada. —Espera, me llama el trabajo.

Puse a Christina en espera y me aferré a la Leah profesional al teléfono como a un salvavidas. Una novia frenética sollozaba por un contratiempo con la floristería, y conseguí calmarla en menos de un minuto.

Cuando colgó, Christina estaba lista con un comentario: —Siempre estás liadísima, prima.

—Ya, bueno, ¡al menos esa parte de mi vida sigue funcionando y la puedo controlar! —negué con la cabeza—. Esto es lo que me pasa por dejar entrar a la gente. Debería haber ido tachando mi lista con una serie de desconocidos...

Pero me sorprendí a mí misma imaginando sus sonrisas y enseguida me reprendí. Nada tenía por qué significar nada. No lo tenía.

—Ajá —dijo Christina—. Salvo que no lo hiciste, y ahora estás cabreada porque no te están tratando como si fuerais unos desconocidos.

—No es eso —repliqué—. Es solo que... no quiero el lío. Los celos, las expectativas... Como cuando mi padre se fue... O sea... Al final se van a ir de todos modos.

—No lo sabes —dijo en voz baja.

—Exacto —dije con frialdad.

Ella soltó un suspiro y yo me quedé mirando mis uñas como si fuera a encontrar allí alguna respuesta. —Se suponía que solo iba a ser sexo —añadí—. Para eso era el juego.

—El juego que te inventaste para no tener que admitir nunca que necesitas a alguien.

—No necesito a nadie.

Christina suspiró. —¿Crees que si te lo repites el tiempo suficiente, al final se volverá verdad?

—¿Tan malo es eso?

Hubo silencio en la línea un momento y, por fin, Christina dijo: —¿La verdad? Sí. Más o menos.

Se me cerró la garganta y tosí para ocultar que se me quebraba la voz. —Se supone que estás de mi parte.

—Lo estoy —dijo—. Eso significa que puedo cantarte las cuarenta cuando arrasas con las cosas buenas de tu vida.

Resoplé. —Genial.

—Vale, te propongo algo: ¿por qué no te vas a casa, te das una ducha caliente y te echas una siesta? Resetea el cerebro antes de darle tantas vueltas que acabes metiéndote de lleno en un bucle autodestructivo. Y luego, cuando no vayas con el depósito vacío y a base de adrenalina, escribe a los chicos. Control de daños, cariño. No quemes puentes solo porque estás cansada y enfadada.

Eché la cabeza hacia atrás contra el asiento. La sugerencia no debería haberme sonado tan bien.

Hice un sonido ambiguo.

—Y asegúrate de decirles que lo sientes. O, simplemente... sé honesta: te dolió y no sabes cómo gestionarlo. Te prometo que reaccionarán mejor a eso que a que les hagas ghosting o que redobles el numerito de reina de la purpurina.

Me apreté los ojos con las palmas hasta ver chispas. —Yo no hago control de daños.

—Pues deberías empezar —dijo Christina con firmeza.

—Puede.

·♥·♥·♥·♥·♥·

Me he duchado, he comido tardísimo y luego he echado una siesta. He mirado el móvil en cuanto me he despertado por si alguno me había escrito.

Nada.

Con un suspiro, he enviado un mensaje al chat de grupo.

Leah: Ey

Leah: Perdón por lo raro que se puso todo

Leah: Se nos ha convertido en una película de sobremesa, ¿eh?

Esperé. Nada. Diez minutos después, añadí:

Leah: No es como si no hubiéramos hecho cosas así antes

Leah: Pero de eso se trataba, ¿os acordáis?

Aun así, nada, veinte minutos después.

Para cuando pasó otra media hora, mi propia piel me resultaba extraña. Tiré el móvil sobre la cama, di vueltas, volví a cogerlo y casi me salgo del maldito chat.

Entonces, por fin, una notificación.

Matt: No te falta razón. Hemos hecho cosas más locas

Matt: Es solo que... no era el momento

Me senté demasiado deprisa, metiendo las piernas debajo de mí.

Trevor: Sí. Solo me pilló desprevenido

El peso en el pecho disminuyó, pero solo un poco. Dos menos, quedaban dos. La burbuja de escritura de Devon apareció, desapareció, volvió a aparecer. El pulso me daba un brinco cada vez. Por fin—

Devon: No tienes que forzarlo, Leah. Solo eso.

Ni una sola disculpa. Pero, al menos, tampoco estaban dando por terminado nada.

Entonces, por fin, apareció el nombre de Theo en la pantalla.

Theo: Quizá la próxima vez hablemos antes

La próxima vez.

A la vez, lo empeoró y me dio esperanzas.

Quizá me pasé.

No pensaba admitírselo a ninguno, pero, en el fondo, quizá debería haber escuchado.

Escribí deprisa, antes de poder darle demasiadas vueltas.

Leah: Vale. Entonces... ¿queréis quedar? ¿O qué hacemos?

Matt contestó primero.

Matt: Claro, mándame un mensaje con el dónde y el cuándo

Devon respondió unos minutos después.

Devon: Tengo un hueco mañana por la noche. Me viene bien

Luego, silencio. Quizá Trevor y Theo seguían enfadados... Luego llegó la respuesta de Trevor después de lo que pareció una eternidad:

Trevor: Sacaré tiempo

Theo aún no había escrito nada más. Diez minutos después, ya había perdido la esperanza de que aceptara nada.

Igual la cagué.

—Bueno, peor para él —murmuré para mí. Pero dolió.

Al final, eso sí, también respondió.

Theo: Sí, vale

Vale. Bien. Volvíamos a estar en marcha. Mi cumpleaños era dentro de una semana. Una semana para terminar la lista y mandarlos a todos muy contentos cada uno por su lado antes de que empezaran a exigir cosas que no estaba segura de poder darles.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Volver a quedar con ellos no debería haberme puesto tan nerviosa. Iba temblando de camino a casa de Theo, como si fuera a mi primera cita en la vida.

Esto. Por esto no hago lo de acercarme.

Llamé a la puerta de Theo, preparada para un aluvión de tensión, como si el desastre de la playa fuese a desatarse igual que la tormenta. Pero fue Devon quien abrió, con una sonrisa muy parecida a las de siempre, y casi me desarmó.

—Pues... estábamos pensando en noche de pelis... —dijo, señalando el salón.

Dentro, todo estaba engañosamente normal. Matt estaba en el sofá con un cubo de palomitas. Trevor se había hundido en el otro extremo, deslizando el dedo por el móvil, y Theo me saludó casi con despreocupación, mientras llevaba una bandeja con bebidas y vasos. Todos actuábamos como si no hubiera pasado nada y esto fueran solo pelis.

Durante un rato, me permití creerlo porque hacía que el agujero en el estómago se encogiera.

Vimos una peli de acción tontísima y estruendosa con un tío que le hacía un gorro a un recién nacido a partir de un calcetín. Devon no paraba de llamarla la cumbre del cine cutre y de soltar chistes que hacían que a Matt se le escapara una risita cuando creía que nadie se daba cuenta. Theo no paraba de comentar lo poco realista que había sido esto o aquello, y Trevor me robaba las palomitas cuando no miraba. Fue... bueno. Casi normal, como antes.

No vimos mucho de la segunda peli. Aproximadamente a mitad hubo una escena de sexo inesperada, y muy caliente, que no pintaba nada en una peli tan tonta.

En ese rato, algo cambió.

Quizá fue la pareja muy caliente de la pantalla, o el vino que Theo me había servido, o la forma en que me apoyaba contra el costado de Matt. Quizá fue cómo los dedos de Devon rozaban mi tobillo o cómo la mirada de Trevor se le iba una y otra vez a mi pecho.

No recuerdo quién me besó primero; solo que, de repente, estaba pasando: una boca y luego otra, manos enredándose, la película olvidada, el calor derramándose por cada rincón de la habitación.

Mi ropa desapareció y, en su lugar, llegó esa oleada vertiginosa de sentirme deseada en todas partes a la vez. En ese momento no se sentía frágil ni roto. Se sentía como nosotros, como debía ser.

Y sí que pude tachar alguna que otra cosa más de mi lista.

Cuando terminó, me quedé tendida entre ellos en el suelo, enredada; la pantalla de la tele seguía brillando con una fila de

sugerencias de cosas para ver después.

Por primera vez en días, no estaba dándole vueltas a nada.

Esto significa que estábamos bien.

La playa había quedado atrás y ya lo resolveríamos.

¿Verdad?

Capítulo Dieciséis



Devon

Se suponía que iba a ser «divertido».

Esa era la palabra que Leah no paraba de usar, de todos modos. Como si, por repetirla en voz alta las suficientes veces, las cosas no fueran a convertirse en otra cosa.

Pero ese zumbido irritante bajo la piel decía lo contrario.

Estábamos otra vez en casa de Matt, y yo me había pasado ya media noche intentando fingir que aún no estaba cabreado por lo de la playa. A Leah le quedaban un par de cosas más por tachar de su maldita lista, y aquí estaba yo, como un perrito bien adiestrado, esperando a que me llamara a su lado.

Ni siquiera habíamos empezado y yo ya estaba con los nervios en carne viva.

Me quedé junto a la barra —porque, por supuesto, Matt tenía una barra en toda regla— dándole sorbos a un Jack con Coca-Cola, mirándola desde el otro lado de la sala.

Se reía de algo que había dicho Matt y que debía de ser graciosísimo. Tenía lágrimas en los ojos, y las risitas le subían desde la barriga. Le rozó el antebrazo con los dedos y los dejó allí, y él se inclinó hacia ella, con cara de tan embobado como me sentía yo.

Me obligué a dejar de apretar la mandíbula y me bebí media copa de un buen trago.

—Algunos ya la perdimos una vez —dijo Trevor en voz baja, de pronto a mi lado.

Le lancé una mirada cortante. —Eso no te da prioridad.

Se le movió apenas la comisura. —No he dicho que lo haga.

—Pero lo piensas.

Se encogió de un hombro. —Solo quería decir que sé cómo se siente.

Leah volvió a reír al otro lado de la sala y luego intentó serenarse cuando su móvil empezó a sonar.

—Tengo que cogerlo —dijo, y salió al pasillo, cerrando la puerta tras de sí.

El silencio que siguió entre los cuatro fue de lo más incómodo. Miré alrededor. Nadie se movió ni habló.

Y entonces abrí la boca antes de poder contenerme. —No voy a dejarla escapar.

Theo se apoyó en la pared del fondo, con los brazos cruzados. No parecía sorprendido. —Estáis metidos hasta el fondo como para que esto siga siendo un juego —dijo con indiferencia.

—Con cómo reaccionaste en la playa, no creo que para ti sea un juego tampoco —solté.

No contestó.

Matt alzó el vaso y dio un trago largo. —Es solo una lista.

Solté una risa incrédula. —No te lo crees ni tú.

Se encogió de hombros. —Es lo que ella dijo que era.

—Eso es lo que *dice,* —intervino Trevor—. Pero ya no estamos para fingir, ¿verdad?

Theo no habló, pero miró la puerta como si quisiera prenderle fuego con la mirada.

Trevor se tiró del cuello de la camiseta. —Ella no quiere nada serio. Nunca lo ha querido.

—No significa que nosotros no lo queramos —dije.

Otro silencio. Trevor dejó el vaso sobre la mesa con demasiada fuerza. —No puedo con esto otra vez —murmuró.

Todos le miramos. Tenía un aire... resignado. Como alguien de pie al borde de un acantilado, después de que ya se le hubiera soltado una piedra bajo el pie.

—Esa decisión le toca tomarla a ella —dijo por fin Matt.

—Ah, ¿y lo que sentimos nosotros no importa?

Desde el pasillo nos llegó la risa de Leah, y ronroneó algo dulce que no alcancé a oír.

No iba dirigido a ninguno de nosotros, y quizá eso era lo que más escocía.

Miré a los otros. Trevor tenía las manos apretadas sobre el regazo. Matt clavaba la vista en su copa como si fuera un portal mágico que lo llevara a un final feliz, y Theo seguía apoyado en la pared, perfectamente inmóvil pero en tensión.

Ella creía que estábamos bien, que seguía siendo solo un juego. Para mí, sin embargo, cada vez se parecía menos a una fantasía.

Cuando Leah volvió a entrar, ninguno de nosotros dijo ni una palabra.

Sonreímos y seguimos la corriente.

Y todo el rato no dejé de preguntarme cuánto nos quedaba antes de que alguno rompiera las reglas para siempre.

Leah

Mi cumpleaños era dentro de dos días, y ya solo quedaba el último elemento sexy de mi lista. La sincronía no podía haber sido más perfecta.

Claro que estaba esa lista secundaria con el *otro* punto que le había enviado a Matt por accidente, pero no pensaba apuntar a eso en breve. Desde luego no en los próximos días.

Aun así, me quedé un buen rato mirando la frase en la pantalla.

Dejar que alguien se quede a pasar la noche y que sea de verdad.

Luego la deslicé hacia un lado y abrí la lista «oficial».

—Vale, la última —dije, ocultando la opresión en el pecho—. Haz que me corra solo hablándome.

Devon se recostó en el sofá, con una sonrisita. —¿Seguro que puedes con eso?

Alcé una ceja. —¿Seguro que puedes tú?

Theo soltó una risita y ese calor me hizo dar un vuelco en el estómago. Al final parecía que las cosas se habían allanado. Eso estaba bien; odiaba discutir.

—Parece que esto debería ser cosa de todos —dije.

Matt sonrió, inclinándose hacia delante. —Podemos hacerlo realidad.

Un chispazo me recorrió. —Oh, no puedo esperar.

Me ataron las manos por si acaso, para que no pudiera tocarme en absoluto.

Luego se turnaron.

La voz de Theo me llegó oscura y provocadora al oído izquierdo, mientras Matt murmuraba por el derecho obscenidades suaves y deliberadas. Luego Devon se relevó con Matt, susurrando en un tono grave y ronco que me hizo tiritar. Trevor se cambió con Theo y su manera de hablar, constante y pausada, me volvió loca. Como si tuviera todo el tiempo del mundo para hacerme suplicar.

Y no me tocaron en absoluto.

—Imagina lo bien que se va a sentir cuando por fin te toque —gruñó Theo—. Mis dedos jugueteando con tu clítoris, deslizándose dentro de ti, sintiendo cómo te estrechas a mi alrededor.

—Debes de estar empapada por mi polla —añadió Matt—. Chorreando y desesperada, suplicando más.

El tono de Devon descendió peligrosamente. —Te voy a follar tan fuerte, Leah, en tu coño, en tu culo perfecto, donde tú quieras. Haré que grites mi nombre con cada embestida hasta que te deshagas a mi alrededor.

Trevor se relamió al oído con un ASMR demasiado bueno. —Pronto vas a estar suplicando más. Nos vas a rogar que te toquemos, que te desatemos, que no paremos nunca, que te mantengamos al borde del éxtasis para siempre.

Algo dentro de mí aleteó con fuerza, una opresión creciendo en lo más hondo del vientre. Sus palabras se apilaban, se enredaban y se volvían más intensas hasta que estaba jadeando. Y sí, supliqué y gemí y les pedí que me tocaran. Ellos solo me miraban, esperando, sabiendo exactamente cuándo apretar y cómo.

—Piensa en lo hondo que voy a llegar —susurró Trevor, con el aliento caliente contra mi oído—. Cómo voy a dar en ese punto dentro de ti que te hace ver las estrellas. Cómo puedo hacerte estallar como un géiser otra vez.

—Tu culo va a estar tan apretado alrededor de mi polla —murmuró Matt, como una promesa—. Tan firme y caliente, como un puto sueño.

Devon gruñó justo sobre mis pezones. —Debes de estar ya tan cerca, ¿a que sí? Tan, jodidamente cerca de explotar. A punto de perder el control solo por mí, deseando poder meter esos labios alrededor de mi polla.

Theo cogió una silla y se sentó delante de mí como un jefe de la mafia dispuesto a interrogarme. Sus siguientes palabras fueron una orden.

—Vale, cariño, ahora quiero que te sueltes y te corras para nosotros. Deja que te oigamos desmoronarte, que veamos ese cuerpo temblar de placer.

Y entonces...

—¡Dios, *sí*!

Me retorcí en el asiento, convulsionándome, mareada; el orgasmo llegó, aunque jamás habría esperado que lo hiciera sin que me tocaran. Apreté las piernas con fuerza, intentando prolongar la sensación, me dejé caer contra los cojines, con el cuerpo cantando.

Cuando por fin dejé de jadear, los chicos me miraban con unas sonrisas enormes.

—Vale. Joder. Eso cuenta —dije por fin.

—Ya está —anuncié, alzando mi lista totalmente tachada como un trofeo—. El Dirty Thirty de Leah está oficialmente completado.

Matt aplaudió despacio. —De verdad lo has hecho.

La sonrisa de Trevor era pequeña, pero ahí estaba. —Justo a tiempo.

Devon chocó su rodilla con la mía. —La cumpleañera consigue lo que la cumpleañera quiere.

Theo me sirvió una bebida, luego alzó su propio vaso hacia mí. —Misión cumplida.

Y, así, sin más, me invadió una oleada de orgullo, calor y logro. Habíamos marcado todas y cada una de las casillas, ridículas, desordenadas, íntimas.

Lo había conseguido. Había *terminado*.

Y me dije que eso significaba que había ganado.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Claro que se encargaron de cumplir sus promesas después de eso. Hicieron absolutamente todo lo que habían prometido, y alguna que otra cosa más, y cuando terminamos estábamos todos desplomados en el suelo de Theo.

Antes me encantaba el silencio después del sexo. Esa pesadez brumosa en la que todo es cálido, perezoso y desmadejado... Donde todos estamos enredados y acalorados, con las extremidades echadas unos sobre otros como si perteneciéramos al mismo organismo.

Matt fue el primero en romper el silencio. —Entonces... ¿y ahora qué?

—¿Qué quieres decir? —pregunté, confundida.

Theo se recostó, estudiándome. —Hemos terminado la lista. Así que. ¿Y ahora qué?

Solté una risita, intentando parecer despreocupada. —¿Pues... celebramos? ¿Abrimos champán? ¿Escribimos nuestros nombres en la arena?

Trevor negó con la cabeza. —Estás de coña.

Sonreí. —Siempre.

Trevor suspiró. —Ya. Exacto.

—Hablamos en serio —dijo Devon tras un momento.

Fue como si el aire hubiera cambiado; se me erizó la piel. Todos me miraban, y algo se movió bajo la superficie, como un tiburón acechando en aguas poco profundas.

—Yo solo... Era una lista de deseos —dije, encogiéndome de hombros—. Nos lo pasamos bien y fuimos tachándolo todo. Os portasteis como unos campeones...

—¿Ya está? —me interrumpió Trevor—. ¿Estábamos ahí solo... para que fueras tachando casillas?

—Lo haces sonar tan... transaccional —dije con una risa forzada.

Theo apretó los labios con fuerza. —¿Cómo quieres que lo llamemos si ni siquiera puedes responder a la pregunta?

El silencio era frágil mientras intentaba encontrar las palabras para articular que no estaba hecha para lo serio. Nunca había querido algo serio. Ya tenía bastantes líos propios como para meter a otras personas en ellos.

¿Es que no lo entienden?

Devon se incorporó de golpe, tirando de los pantalones como si el suelo le hubiera quemado. —Bueno, gente, tengo que irme. Mañana me espera un día largo —dijo, mirando el móvil como si acabara de acordarse—. No me había dado cuenta de que se había hecho tan tarde.

—Claro —dije con un tono despreocupado, como si no supiera lo que estaba haciendo.

Ni de coña esto va por la hora.

Devon no me miró cuando se encogió de hombros. —Tengo que levantarme a las siete.

Le dediqué una sonrisa tirante. —Claro. Duerme tu sueño de belleza.

Matt se estiró y se levantó también. —Yo también debería irme. Le prometí a mi hermano que le arreglaría el ordenaor por la mañana. Si no aparezco, me mata y hace que Martha esconda mi cadáver.

—Trágico —dije sin inflexión. No me cuadraba, pero vale. —No querría que tu fantasma me estuviera rondando el culo.

Trevor tardó más, como si buscara la forma de quedarse sin ser el único —Theo aparte, que estábamos en su casa—. Al final, sin embargo, Trevor suspiró, se ató las botas y se puso en pie. —Bueno, buenas noches —dijo sin más. Me echó una mirada y la apartó. —Hasta luego.

Uno a uno, como fichas de dominó.

Me quedé allí con una sonrisa tan falsa que me dolía la cara.

Theo no dijo nada de inmediato, pero al final bostezó, demasiado alto, y lo teatral del gesto me hizo apretar los dientes. Me dedicó una pequeña sonrisa de disculpa que no le llegó a los ojos. —

Perdona, cariño, mañana tengo una cita temprano. Será mejor que te vayas tú también.

Forcé otra sonrisa rígida. —Sí, por supuesto. No querría abusar de tu hospitalidad.

Vaciló lo suficiente como para que me dieran ganas de pegarle a algo, y luego asintió.

Recogí mi ropa, subiéndome los pantalones con más brusquedad de la necesaria. Para cuando me até los zapatos, la euforia de tantos orgasmos ya se me había agriado.

—Dulces sueños —dije, inclinándome para un beso que ya ni siquiera quería. Theo me lo devolvió. Luego salí.

La caja de la escalera estaba en silencio, y mis pasos resonaban hacia abajo como si me estuviera colando. Debería haberme sentido satisfecha, en vez de... descartada.

Fuera, el aire estaba cálido, húmedo y pegajoso.

Perfecto reflejo de mi estado de ánimo.

Conduje de vuelta a mi piso en piloto automático, tratando de precisar por qué me había molestado tanto la forma en que se habían ido. Había conseguido lo que quería y había sido cuidadosa, así que ¿por qué sentía que quería derribar una pared con mis propias manos?

Me duché, restregándome la piel bajo un chorro de agua hirviendo; luego me envolví en una toalla y me desplomé en la cama, todavía chorreando.

Pero la irritación seguía ahí.

Cogí el móvil y le escribí a Christina

Leah: ¿Copas?

Christina: Vale, ¿dónde y cuándo?

Respondí y me levanté para arreglarme. Si los chicos iban a ponerse así, que lo hicieran. Yo me buscaría mejor compañía.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Quedé con Christina en un bar a medio camino entre nuestros pisos. Era lo bastante barato como para no parar de pedir bebidas, y lo bastante ruidoso como para hablar de mi vida sin miedo a que nadie nos escuchara.

Se deslizó en el banco del reservado, entornando los ojos en cuanto me vio. —Te echaste atrás, ¿no?

—Qué va. Fueron ellos.

Christina frunció el ceño, luego se dejó caer en el asiento de enfrente, se inclinó sobre la mesa y apoyó la barbilla en las manos.

—Qué interesante. ¿Cómo te sientes al respecto?

—Esto no es la hora de terapia —dije poniendo los ojos en blanco.

—Eso es. Hemos venido a mezclar copas por nuestros sentimientos, no a tener sentimientos mezclados por nuestras copas.

—¿Qué se supone que significa eso?

Se encogió de hombros. —Lo vi en un cartel a la puerta de una taberna en Atenas y me pareció buenísimo.

El camarero llegó con la jarra de margaritas granizadas que había pedido, y Christina dio un gritito.

—Entonces... —dijo mientras yo nos servía—. ¿Quieres contarme qué ha pasado?

Se lo conté y, para cuando terminé, me estaba mirando como si le hubiera dicho que no me lavo las manos después de usar el baño o algo así.

—Leah —dijo despacio—. La que se echó atrás primero fuiste tú —no físicamente, pero sí lo hiciste—.

Di un buen trago a mi margarita. —No. A mí me seguía apeteciendo mantenerlo casual, pero ellos se estaban poniendo... sentimentaloides.

—Dios nos libre —dijo con sorna.

—Yo no tenía previsto lo de los sentimientos, ¿vale? Yo había planeado divertirme. No una relación.

Christina se inclinó hacia mí. —¿Por qué no?

—Ya sabes que lo serio no va conmigo —dije automáticamente—. Al principio es divertido, luego se enreda, después se cae a pedazos. Y entonces me quedo solo con la incomodidad, el dolor y tener que bloquear a gente en las redes.

No parecía convencida. —O quizá lo que no quieres es darle a nadie el poder de hacerte daño.

Solté una carcajada seca. Si ella quería dejarme en evidencia, yo también le iba a sacar sus mierdas. —Lo dice la chica que lleva toda la vida fingiendo ser otra porque no cree que nadie pueda quererla tal como es.

Se le cerró la boca de golpe y se le endureció toda la cara. —Vaya. Qué golpe bajo.

—Solo digo.

—Ya, pues a lo mejor dejas de decirlo. Sobre todo cuando usas tu trauma como excusa para alejar a la gente —replicó.

Algo se me encendió en la cabeza y me di un golpe en el muslo para mantener la voz a raya. —¿Mi trauma? ¡Como si supieras ni la mitad,

Christina! Tú estabas por Europa durante casi todo.

—Puede —dijo, entornando los ojos—, pero sé cómo es cuando alguien está tan aterrorizado de que le abandonen que se marcha primero. Pregúntale a tu madre cómo se vive.

¿Pero qué coño?

¿Tuvo la cara de hablar de golpes bajos y luego soltar algo así? Se me secó la boca, como si la garganta se me hubiera pegado, y por un segundo lo único que vi fue el lado del armario de mi padre vacío de ropa, otra vez, otra vez, otra vez.

—No metas a mi madre en esto —solté, más alto de lo que pretendía; la pareja de la mesa de al lado miró.

—¿Por qué no? Lo has visto de cerca. La tía Gina se pasó años recogiendo sus pedazos. Crees que te estás protegiendo, pero lo único que haces es repetir el mismo ciclo que la rompió.

—Christina, cierra la puta boca. Me temblaban las manos. —No tienes derecho a diseccionarme como si fuera un caso de estudio mientras tú estás demasiado asustada como para ni siquiera existir como tú misma.

Se le movió la boca y me invadió la culpa, porque de verdad pareció herida. Pero luego se irguió, cruzándose de brazos sobre el pecho.

—Al menos yo intento conectar. Tú solo prendes fuego a todo lo bueno antes de que pueda llegar a importar.

De repente, el bar se me quedó demasiado pequeño. Me levanté, y las patas de la silla chirriaron contra el suelo. Tiré unos billetes sobre la mesa. —No voy a hacer esto contigo ahora. Disfruta de las margaritas.

—Vas a tener que hacerlo con alguien tarde o temprano, Leah — gritó cuando yo salía, pero no me di la vuelta.

Capítulo Diecisiete



Leah

Mi cena de víspera de cumpleaños estaba planificada al milímetro. En su día. Hace un par de semanas, cuando aún era ingenua e inocente.

Bueno, quizá lo de inocente no tanto, pero...

Debería haber sido perfecta—una noche divertida, dando la bienvenida a mis treinta con algunas de mis personas favoritas del mundo. Pero después del estallido de Christina, supuse que no

estaba precisamente de humor para cumpleaños. Tampoco me escribió, así que no insistí.

Savannah había cancelado después de que su médico le dijera que el reposo absoluto no era opcional, y Rachel había llamado al borde de las lágrimas. Su padre había tenido una urgencia médica y no podía dejarle solo.

Lo que significaba que seríamos solo los chicos y yo, sin nadie que hiciera de colchón, después de aquella incomodidad en casa de Theo.

Genial.

¿Sigue siquiera en pie? Les escribí, por si acaso.

Leah: A ver, caballeros: control de víspera de cumple. ¿Seguimos bien para las 7 de esta noche? Luego peli y, a medianoche, champán con servidora?

Lo rematé con un emoji de champán y un gorro de fiesta, por si acaso, y lo envié. Luego decidí que quizá debía asegurarme de que no estuvieran cancelando de verdad, así que añadí:

Leah: Aviso: ahora sois solo vosotros cuatro. El resto se ha caído, así que oficialmente sois todo mi séquito de cumpleaños. ¡No me dejéis tirada!

Theo: No me lo pierdo

Devon: No te preocupes, tendrás tu cena

Matt: Supongo que eso nos convierte en el Equipo A

Trevor: Sí, voy

Leah: Bien

Leah: ¡Porque es mi gran treinta! Si tú también me dejas tirada, te *voy a* cazar y obligarte a ponerte un gorro de cumpleaños en público

No mandaron ningún mensaje después de eso, pero no le di mucha importancia. Tenía que arreglarme.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Llegué al restaurante solo con diez minutos de retraso, que para mí era básicamente llegar pronto. Era el sitio más de moda de San Francisco, y tuve que reservar con meses de antelación—todo mesas negras pulidas con bancos de cuero y una iluminación de lo más sensual. Los cócteles salían en copas personalizadas e intrincadas y venían con una historia.

Me pregunté si habrían surgido como el que Devon me había preparado.

Esta reserva había sido lo primero de lo que me ocupé para mis treinta.

El restaurante estaba a rebosar. Los camareros serpenteaban entre las mesas, mientras la gente charlaba entre el golpeteo de los tenedores y el tintinear de las copas. Encontré a los chicos ya esperándome en nuestra mesa. Matt tenía los codos apoyados en ella, y Trevor jugueteaba con la etiqueta de su botella de cerveza. Theo desplazaba la pantalla en su móvil, y Devon miraba de reojo al coctelero como si quisiera evaluar su técnica al agitar.

—¿Por qué estáis todos aquí sentados como si estuvierais esperando a que os llamen para una entrevista de trabajo? —pregunté, deslizándome en el reservado y dejando el bolso a mi lado.

Trevor se encogió de hombros. —Llegas tarde.

—Soy la cumpleañera... bueno, casi. Puedo permitirme llegar un poquito tarde.

—Solo que ahora igual nos perdemos la película —dijo Theo con una sonrisa, dando un trago a su bebida.

—No pasa nada, podemos hacer otra cosa —dije con una sonrisa, haciendo señas al camarero para pedir una copa de vino.

Los chicos parecieron dejarlo estar, y nadie mencionó la frialdad incómoda del otro día. Lo cual, mejor.

Cumplimos el trámite: entrantes, charla trivial, yo contándoles alguna cosa absurda que había pasado en el trabajo. Se rieron donde tocaba, y Matt incluso hizo un par de preguntas. Pero había un trasfondo en todo aquello.

Después de que el camarero retirara nuestro plato principal, Matt se inclinó hacia delante. —Así que... no terminamos aquella conversación.

Me puse tensa, escondiéndome tras mi copa de vino. —¿Qué conversación?

Los ojos de Devon se clavaron en mí. —La lista está hecha. Tu gran Tres-Cero está casi aquí. ¿Y después qué?

Me encogí de hombros. —¿Entonces... la vida? No sé. ¿Seguir viviéndola? Lo estáis planteando como si fuera el final de un reality.

—Igual es porque actúas como si todo esto fuera solo un final de temporada —dijo Trevor.

Se me quedó la boca abierta de sorpresa. —No... no es... Fue solo... diversión. ¿Por qué no podemos...

—¿De verdad vas a seguir fingiendo que esto no es real? ¿Que no somos más que juguetes para tu cumpleaños? —dijo Devon, demasiado alto para lo silencioso que estaba el restaurante. Fue como si se hubiera vaciado el aire de la sala.

Se me quedó la copa a medio camino de la boca. —No he dicho eso —atiné a decir.

—Es lo que estás haciendo —replicó Matt.

—No sé qué esperaba, la verdad —dijo Trevor, negando con la cabeza—. Siempre has huido de cualquier cosa que pudiera significar algo de verdad.

—No estoy huyendo —protesté—. Solo...

—Algunos estábamos preparados para caer, ¿sabes? —dijo Theo en voz baja y fría—. Tú ni siquiera estás lista para ponerte en pie.

Me quedé mirándolos, con el calor subiéndome por todo el cuerpo y trepándome por el cuello, y una docena de respuestas atragantadas en la lengua. —Se supone que esta es mi cena de pre-cumpleaños, no una emboscada —dije al fin.

Theo soltó una risita amarga, Trevor apartó la mirada, Matt se cruzó de brazos y Devon se bebió su copa de un trago.

—¿Sabéis qué? —dije, ya molesta—. Estáis actuando como si os hubieran engañado para meteros en esto. Como si no os hubierais *ofrecido voluntarios* para jugar a mi juego.

—¿Así que solo es un juego, entonces? —preguntó Devon, con frialdad.

—Sí. Eso es lo que era. Una lista de cumpleaños divertida, alocada, sin ataduras. Y os apuntasteis todos. Y ahora estáis actuando como si os debiera un final de cuento.

Trevor se echó hacia atrás, negando con la cabeza. —Increíble.

Crucé los brazos. —¿Qué?

—Esta película ya la he visto —dijo en voz baja—. Vas de que eres demasiado guay como para que te importe, y luego prendes fuego a todo antes de que nadie se acerque lo suficiente como para demostrar que te equivocas.

Empezaba a costarme respirar. —Eso no...

—Sí —me cortó, empujando la silla hacia atrás—. No me interesa la reposición. Te paso el dinero por Venmo por la comida. Se levantó y se fue sin mirar atrás.

La mirada de Matt cayó sobre la mesa, con los hombros vencidos. Pensé que quizá diría algo, pero lo único que obtuve fue un seco: —Vale—.

—¿Vale? —pregunté—. ¿Ya está?

Se limitó a negar una vez, como si la conversación ya hubiese terminado. Theo alargó la mano hacia la chaqueta. Luego la silla de Devon también raspó el suelo al ponerse en pie.

—Eso parece. Feliz puto cumpleaños, Leah.

Me quedé mirándolos, atónita.

Matt se quedó lo justo para que nuestras miradas se cruzaran. Había algo complicado ahí, pero no le puso palabras. Simplemente siguió a Devon y Theo hacia la salida sin otra mirada.

Y entonces me quedé sola, en un reservado que de pronto me quedaba diez tallas demasiado grande. Fijé la vista en mi plato, sin saber si todo el mundo en el restaurante me estaba mirando o si solo me lo estaba imaginando.

Por fin me atreví a mirar hacia la puerta, medio esperando que alguno volviera. No lo hizo nadie.

El sitio seguía bullendo y, en una esquina, un grupo de amigos estalló en carcajadas lo bastante altas como para hacer girar algunas cabezas. Con lo que fue aún peor para mí cuando una voz alegre y cantarina rompió la quietud: —Cumpleaños feliz...

La camarera se acercaba, con una tarta en la mano y una vela con forma del número treinta. Iba por la mitad de la canción cuando se dio cuenta de que yo estaba sola en aquella mesa enorme. La voz se le quebró.

—Oh. Eh... —echó un vistazo alrededor, deseando claramente poder esfumarse.

En las mesas cercanas se habían vuelto para ver de quién era el cumpleaños. Alguien susurró, señalándome con discreción. Se me encendió la cara más que la vela.

Tragué y forcé una sonrisa.

Dejó la tarta con cuidado. —¿Quiere que yo...?

—Está bien. Deje la tarta —dije, alargando la mano hacia la carta de vinos—. ¿Y me abre una cuenta?

Asintió, con pinta de querer hacer preguntas pero de saber que era mejor no hacerlo. Luego también se alejó.

Me quedé mirando la diminuta llama que titilaba con la corriente de la puerta y la soplé.

No pedí ningún deseo.

·❤·❤·❤·❤·❤·

Para cuando el Uber me dejó en casa, no sentía la cara, en ese modo que decía: —mi torrente sanguíneo es un 80 % vodka—.

Subí tambaleándome los escalones y estuve metiendo la llave a tientas en la cerradura hasta que encajó.

Me quité los zapatos de una patada, cada uno salió disparado en una dirección distinta en el apartamento silencioso y a oscuras.

El reloj digital del horno marcaba las 12:17 a. m.

Treinta.

Oficialmente tenía treinta.

—Bueno... ¡Feliz puto cumpleaños para mí!

Me serví un vaso de mi Bacardi de emergencia y enseguida derramé la mitad sobre la encimera. Me martilleaba la cabeza. Me llevé la botella al sofá y me dejé caer, bebiendo directamente de ella.

Mi móvil siguió a oscuras, sin ningún mensaje.

Ni siquiera mamá se quedó despierta hasta medianoche para felicitarme...

Al final, entre una cabezada y el anticipo de la resaca, se me volcó encima la botella abierta de ron y me incorporé de un respingo, dando un jadeo.

—Mierda, mierda, mierda.

Solté un gruñido frustrado, luego me quité el vestido empapado de Bacardi, me puse un vestido de verano y unas sandalias y pedí otro Uber.

No aguantaba ni un minuto más sola en mi piso. Se suponía que esta era mi noche, y todos me habían dejado tirada.

Otra vez.

Para cuando llegó el Uber y el conductor me llevó a uno de los poquísimos sitios que aún estaban abiertos a estas horas, ya empezaba a despejarme. Las luces fluorescentes de la cafetería 24

horas me mataban los ojos, pero al menos aquí no estaría del todo sola.

Patético, pero algo es algo.

Me deslicé en un reservado y ni miré la carta. —Hola, un batido de cumpleaños, por favor, de vainilla y con nata extra. Con una guinda, por favor. Y patatas fritas —arrastré las palabras—.

La camarera me miró fijamente. —¿Leah?

Se me paró el corazón un segundo. —¿Señora Hopkins?

Genial. He ido a toparme con la madre de Trevor.

No tenía ni idea de que siguiera trabajando, con sus problemas para andar, y menos a estas horas.

—¿Feliz cumpleaños? —dudó, echando una mirada al banco vacío frente a mí.

—Treinta —dije, haciendo un gesto de *¡Tachán!* con ambas manos.

—¿Celebrando sola?

—Algo así.

Asintió, como si lo hubiera oído mil veces, y se fue a pasar mi pedido.

Cuando volvió, dejó el batido y las patatas fritas y se deslizó en el banco de enfrente sin pedir permiso.

—Treinta es una cifra importante —dijo—. ¿Cómo se siente?

—Como si ya llegara tarde a mi propia vida. Las palabras se me escaparon antes de poder frenarlas.

Inclinó la cabeza y me dedicó una sonrisa triste. —Oh, cariño. No llegas tarde...

Solté una risita floja. —Tarde a mi propia fiesta y hasta la fiesta se ha ido sin mí.

—Eso pasa —dijo—. Nos gusta mantener las cosas ligeras y bajo control, y un día miras a tu alrededor y sólo estás tú y un batido.

Me quedé mirando el batido. Ni siquiera me apetecía; sólo la idea me revolvía el estómago después de todo ese alcohol. Cogí una patata frita y me la llevé a la boca.

—La independencia está bien —continuó Rosaline—. Pero no si es sólo miedo vestido de gala.

Cogí otra patata. —¿Va por mí o por usted?

—Pueden ser las dos —dijo con naturalidad, pero a mí se me encogió algo en el pecho.

—Yo no... no quería sólo una lista —admití, sin darme cuenta en ese momento de que Rosaline no tenía ni idea de qué hablaba—. Creía que quería la experiencia, pero... quería que me quisieran. Quería... —empecé a sollozar— ser querida. Pero no creo que lo merezca, así que convertí todo en un juego.

Rosaline alargó la mano y la puso sobre la mía. —Mi niña, no tengo ni idea de qué me estás hablando, pero sea lo que sea, tengo buenas noticias para ti. Y es que sigues respirando. Eso significa que tienes otra oportunidad con eso que crees que hiciste mal.

Bajé la mirada hacia el batido. La nata montada se derretía en un remolino pálido y triste.

Solloceé, secándome los ojos con una servilleta. —¿Y si la vuelvo a cagar?

—¿Y qué? ¿Dejas de vivir porque te da miedo fallar? Puede que falles. A todo el mundo le pasa. Amar no va de ser perfecta. Va de presentarte, quedarte, volver a intentarlo al día siguiente aunque sea un desastre. ¿Crees que tu madre lo hizo todo bien? ¿Crees que *yo* lo hice? Cariño, todos sangramos. Pero es mejor que mantenerte encerrada, a salvo y sola.

Negué con la cabeza. —Ni siquiera sé si sé hacerlo bien. He... cada vez que lo he intentado, ha acabado dejándome hecha polvo.

Se tensó un poquito, y me pregunté si estaba pensando en Trevor y en mí y, en secreto, me estaba llamando zorra por haber herido a su chico hace tantos años.

—Eso no demuestra que no puedas —dijo con firmeza al cabo de un instante—. Demuestra que lo intentaste. Y significa que puedes volver a intentarlo.

Se me temblaron los labios y asentí.

Rosaline me apretó la mano. —Bien. Ahora deja de actuar como si fuera un crimen querer ser querida. O como si te hiciera débil. Desear amor es lo que te mantiene viva.

La campanilla sobre la puerta tintineó y Rosaline se levantó, me dio otro apretón, y avanzó hacia el mostrador despacio, con ayuda de su bastón de cuatro patas.

Cuando terminé las patatas fritas y empecé a hurgar en el batido, tenía la cabeza de algún modo más despejada y más pesada a la vez.

Entonces saqué el móvil y le escribí a Christina.

Leah: Sé que soy un pedazo de mierda y te he hecho daño, pero te necesito ahora mismo, lo siento mucho mucho mucho

Al momento el móvil vibró con una llamada. La cogí.

—Feliz cumpleaños, gilipollas. Nada de lo que hagas podría separarnos —dijo Christina.

Solloceé. —¿Es que no me conoces?

—¿Has estado llorando?

—No...

—¡Nada de llorar en tu cumpleaños! ¿Dónde estás?

Se lo dije. Veinte minutos después, su coche se detuvo en la acera y prácticamente me arrastró hasta el asiento del copiloto, como a un pobre callejero sacado de la lluvia.

No dijo nada hasta que estuvimos en marcha. Luego, —Entonces... ¿Quieres contarme por qué pareces como si te acabaran de atropellar el bolso Gucci?

Y así, le conté todo, y entre medias no paraba de disculparme por cómo la había tratado la otra noche. Me dejó desahogarme hasta quedarme vacía.

Cuando terminé, se quedó callada unos segundos, tamborileando los dedos en el volante.

—Tía... todo el tema de tu cumpleaños iba sobre tu libertad —dijo al fin—. Y ahora actúas como si dejar que alguien te eligiera fuese renunciar a tu libertad. No funciona así.

Tragué saliva. —Se siente como si sí. Se siente como... si dejo entrar a alguien, pierdo.

Se me temblaron los labios.

Christina me lanzó una mirada. —¿Perder qué?

—A mí misma —solté—. O peor: me dejan atrás, otra vez, y duele así. Porque cuando lo hago... la gente se va. No sé cómo... hacer esto sin salir herida.

Suspiró. —Sí que sabes. Lo que no has hecho es parar de correr el tiempo suficiente para intentarlo.

Giré la cara hacia la ventanilla. —Cada vez que lo intenté —cada novio, incluso Trevor— fui dando trocitos de mí, y ellos los rompieron. Sigo pensando que, si no entrego nada, nadie puede destrozarlo. Mi primer novio me engañó con mi mejor amiga. Así que... perdí a dos personas de golpe y creí que era culpa mía. Durante años. Luego, los dos siguientes novios que tuve me dejaron porque era 'demasiado trabajo' y se fueron con chicas más 'fáciles de llevar'. Y Trevor...

Se me cerró la garganta. —Trevor fue... tan bueno conmigo, pero luego a los dos nos aceptaron en universidades distintas y él... me dejó marchar con tanta facilidad. Como si ni siquiera mereciera que luchara por mí. Y de mi padre, mejor ni empezar...

—¿Y entonces, qué? ¿Nadie merece que te abras?

—Sí. Prefiero tener el control. No te pueden dejar si nunca te quedas.

Christina suspiró, ladeando la cabeza hacia mí, con los ojos aún en la carretera. —¿Y qué tal te ha ido con eso? ¿Patatas fritas y un batido en tu trigésimo cumpleaños?

Hice una mueca.

—Eso pensaba —dijo, y luego me dedicó una sonrisa rápida—. Tú no quieres 'nada', Leah. Lo quieres todo. Pero tienes tanto miedo que sigues llamándolo 'casual' para sentirte a salvo. En plan, esa es exactamente la trama del libro que estoy leyendo y, básicamente, tú eres la villana —dijo con voz plana.

Gemí. —Gracias por el discursito de ánimo.

—Leah, has estado viviendo como si el amor fuera una trampa. Pero que te elijan no significa que estés encadenada. Significa que alguien te ve y, aun así, se queda.

Trasteé con una lentejuela de mis pantalones, mordiéndome el labio. —¿Y si no estoy hecha para eso?

Christina gimió. —Uf, venga, estás hecha para eso. Eres igual que tu madre. Eres tan fuerte por haber sobrevivido a que te dejaran atrás y luego volver a ponerte en pie. Eso lo has heredado. No lo de salir corriendo de tu padre de mierda.

No contesté de inmediato, pero al final la voz me salió áspera y temblorosa: —No quiero seguir huyendo.

Christina se limitó a sonreír al parabrisas. —Bien. Es un comienzo.

Y, por una vez, lo sentí así.

Capítulo Dieciocho



Leah

Me desperté con la cara aplastada contra un cojín y la lengua —que tenía la consistencia de una esponja seca— pegada al paladar. La cabeza me latía con un dolor sordo y castigador que gritaba: enhorabuena, tienes treinta y tus resacas ya son oficialmente letales.

Christina debió de llevarme a su casa anoche.

Bendita sea.

—Buenos días, cumpleañera —llamó desde la cocina. Abrí un ojo y solté un gemido. Estaba frente a los fogones, en chándal, dándoles la vuelta a los huevos como si fuésemos compañeras de piso de una sitcom en vez de dos desastres que probablemente deberían venir con etiquetas de advertencia.

Solté un quejido lastimero. —Este sofá es el demonio.—

Me dolía todo el cuerpo, aunque el remolino en las tripas ya no era por todo el alcohol.

—No, el mal es el vodka. Mi sofá es inocente.—

Me incorporé a rastras, con una sábana deslizándose de mis hombros. —Parece que me he tragado papel de lija.—

—Ya se está haciendo el café.—

—No te merezco.—

Arrastré los pies hasta la cocina, me dejé caer en una silla y la vi servir huevos y tostadas. —No tenías que...—

—Cállate. Parece que no has comido desde 1999. Me puso el plato delante. —Y eso es medicina.—

Me acercó el plato.

—Mi resaca está a medio camino de matarme —murmuré.—

—Con esto te vas a sentir más humana —dijo Christina, dejando dos Advil junto a mi taza de café.—

—O por lo menos como un cadáver bien alimentado —murmuré, tragándolos con un sorbo de café negro amargo.—

Pinché los huevos con el tenedor. —Esto es deprimente. Oficialmente tengo treinta y he perdido más de medio día por la resaca. Vaya mejora.—

Christina alzó una ceja. —¿Quieres una medalla por dramática o me vas a decir de verdad qué te pasa por la cabeza?—

Me metí tostada en la boca para no tener que contestar, pero la verdad se me escapó igual. —Los quiero de vuelta.—

—¿Los chicos?—

—Sí. —Tragué con dificultad.— Seguía diciendo que era solo un juego. Solo sexo, ¿sabes? Ir tachando mierdas de mi lista de deseos, pero...

—No lo era.—

Negué con la cabeza. —No. Quiero más. Quiero... a ellos. A todos. Si es que siquiera...—

—¿Hablas en serio?—

La miré a los ojos. —Tengo que intentarlo. Aunque me den calabazas.—

Christina se echó hacia atrás, estudiándome como si quisiera ver si me iba a romper. Como no lo hice, dijo: —Entonces tienes que decírselo. De verdad esta vez, y más te vale que no sea por mensaje.—

Asentí, a pesar de un escalofrío. —Sí...—

Se apoyó en la encimera. —Entonces. ¿Cuándo vas a hacerlo? Hazlo ahora antes de que te eches atrás.—

—Vale —dije, frotándome las sienes.—

Mis manos temblaban mientras sacaba el móvil y abría el chat de grupo. Seguía muerto desde nuestro último intercambio, pero al menos ninguno de ellos se había salido.

Tardé como quince minutos en componer un buen mensaje y, cuando terminé, hice que Christina le echara un vistazo antes de enviarlo.

Leah: Si están dispuestos, me gustaría hablar. En el mismo sitio donde empezamos, hoy a las 17:00

Dudé, luego le di a enviar. Luego añadí:

Leah: Lo siento

Nos quedamos las dos mirando la pantalla, como si los puntos de escritura fueran a aparecer al instante, con la esperanza de que, igual que en una comedia romántica, este fuera el momento en que todo se ata solito.

Nada.

Cinco minutos. Nada.

Diez. Aún nada.

Christina nos sirvió más café.

Solté una risa amarga. —Supongo que esa es mi respuesta.—

Christina me arrancó el móvil de las manos. —O están ocupados. O en shock. O asustados. La gente no contesta al instante siempre, tía. No significa que sea un no.—

Hundí la cara entre las manos. —Ni siquiera me merezco un tal vez. —

—¿Pero lo quieres?—

Asentí contra las palmas.

Me devolvió el móvil deslizándolo hacia mí. —Pues vamos.—

Levanté la cabeza. —¿En serio?—

—Sí. Si lo dices en serio, deberías presentarte.

Dudé y luego me metí directamente en la ducha. —Vale. Pero si no hay nadie, me vas a comprar otro batido.

—Te llevo adonde sea. Y esperaré contigo.

—De verdad, no hace falta que...

—Voy —insistió, cortándome con una mirada que no admitía réplica.

—Gracias, de verdad. Sinceramente, no te merezco.

—Lo sabes —me guiñó un ojo y fue a cambiarse el pijama.

Para cuando estábamos en su coche, el dolor de cabeza se me había atenuado hasta algo que podía ignorar a ratos. Me quedé mirando por la ventanilla mientras la ciudad desfilaba. Era como si todo se hubiera confabulado para volverse más brillante y nítido y hacerme doler más la cabeza.

Durante el trayecto tuve el estómago hecho un nudo duro que se apretaba cada vez que miraba el móvil en busca de respuestas que no llegaban.

Christina se detuvo frente al lugar de la boda. A la luz del día parecía muy distinto a la noche en que los había conocido. Ahora estaba

vacío —obviamente— y, de algún modo, sin la música y las luces, su belleza lo hacía parecer algo melancólico.

O quizá era solo mi humor de mierda.

Las puertas principales estaban cerradas con llave, así que no había manera de encontrarme con los chicos en el salón.

—Supongo que tendré que esperarles aquí —murmuré.

—Vamos a esperar con el aire acondicionado, eso sí —dijo Christina y señaló hacia el coche—. ¿Lista?

—No. Pero al menos estoy aquí.

Volvimos al coche y esperamos. No dejaba de sacar el móvil del bolso y quedarme mirando la pantalla en negro.

Sin respuestas.

A las cinco y media, media hora después de la hora acordada, susurré por fin: —No van a venir.

Christina me dio un golpecito con el hombro. —Quizá necesitan algo de tiempo... —empezó, pero se detuvo cuando un coche entró en el aparcamiento. El todoterreno de Theo redujo la velocidad, se detuvo y se quedó al ralentí. A través del parabrisas, distinguí a Trevor en el asiento del copiloto, a Theo al volante, y a Matt inclinado hacia delante entre ellos. Devon era una sombra en la parte de atrás.

Al principio no se bajaron. Veía cómo movían la boca, discutiendo —probablemente sobre si era el lugar correcto, si yo había querido decir otra cosa—. Mi coche estaba aparcado a un lado, fuera de la vista, y caí en la cuenta de que mi móvil seguía dentro, en silencio. No me extrañaba que no me hubieran encontrado.

Me puse en pie, con el corazón en un puño. —Están aquí.

Christina me dio un empujoncito suave. —Ve.

Se abrieron las puertas y los chicos salieron en plena discusión.

—Te digo que se refería al salón. No a mi casa —dijo Trevor.

—No dijiste eso. Solo dijiste: «pásate» —replicó Theo con irritación.

Matt alzó las manos. —Bueno, quizá uno de vosotros podría de verdad escribirle para averiguarlo...

—Ya íbamos a medio camino. No pensé que un mensaje importara —dijo Devon.

—Importaría si supiéramos adónde ir. Se me ha quedado sin batería el móvil y, mientras tanto, ¿vuestros egos magullados no os dejan mandarle un mensaje?

—Estoy seguro de que no nos dejaría tirados —espetó Theo, metiéndose las llaves en el bolsillo—. Ella nos pidió que quedáramos. Tiene que ser aquí.

Salí del coche y caminé hacia ellos; con la voz temblorosa, llamé: —Estoy aquí.

Se quedaron petrificados y clavaron la mirada en mí.

El silencio que siguió fue brutal.

—Hola —dije, obligando a mis pies a seguir avanzando hacia ellos.

Nadie dijo nada.

Tragué saliva, con el corazón desbocado. —Mir(en)... sé que no merezco otra oportunidad. Lo he jodido todo.

—Lo hizo —dijo Theo, cruzando los brazos sobre el pecho.

Asentí. —Actué como si fuera un juego porque me aterraba lo real que se sentía; porque en cuanto se puso serio, me entró el pánico. Pensé que si lo mantenía ligero y divertido no me haría daño cuando ustedes me dejaran. La verdad es que al principio solo iba tachando casillas, pero al final me daba demasiado miedo lo mucho que siento por todos ustedes. Ustedes me hicieron sentir deseada de un modo que no creía merecer. Y salí corriendo porque... quererlos de vuelta me acojonó.

Las lágrimas me ardían en los ojos. Las dejé caer.

—No quiero huir más. Quiero... a ustedes. A todos ustedes. Como sea que esto funcione, tenga el aspecto que tenga. Y no solo por mi cumpleaños. De verdad. Y lo siento muchísimo.

El silencio tras mi monólogo se sintió como si durara cien años. Tal vez el mundo se había detenido y yo iba a salir de allí como una viajera en el tiempo hacia un futuro en el que nadie supiera quién era.

Matt fue el primero en acercarse a mí. Parecía dispuesto a abrazarme, con los ojos brillantes.

Pero la mano de Devon se interpuso, presionándole el pecho, y lo detuvo.

—No —dijo Devon con firmeza, con la mirada clavada en mí—. No puede limitarse a decir «lo siento» y que todo quede bien. No voy a volver a meterme en esto solo porque haya dicho unas palabras. No puede hacerlo saltar por los aires y arreglarlo con un discurso.

Asentí, con más lágrimas deslizándose por mis mejillas. —Lo entiendo...

Theo tenía los brazos cruzados con fuerza y los dientes apretados. No se había movido ni un milímetro.

—Si quiere dejar de huir, debería quedarse cuando sea incómodo. Cuando sea feo. Cuando estemos enfadados. No se quede aquí solo cuando esté lista para que la adoren. Quédese cuando estemos heridos —dijo con frialdad.

Tampoco Trevor se había movido. Tenía el rostro inescrutable, los ojos oscuros, sin darme nada. En otro tiempo había sabido leerlo tan bien que era como si hubiéramos forjado una conexión telepática. Ahora no tenía nada.

Inspiré una bocanada temblorosa. —Tienen razón. Las palabras son baratas. Mis dedos rebuscaron en mi bolso el móvil.

Mierda, me lo he dejado en el coche.

Entonces se cerraron en torno a un bolígrafo y un paquete de Kleenex. Saqué un pañuelo y lo desplegué sobre el capó del todoterreno, temblando. Los chicos se alzaban sobre mí.

—La lista que hice antes era egoísta. Iba solo de mí, y de lo que quería sacar. Aplasté el pañuelo. —Esta va a ser distinta.

Empecé a escribir, añadiendo primero los puntos de mi lista secreta. Me temblaba la mano, pero no me detuve.

Dejar que alguien se quede a dormir y de verdad quererlo.

Quedarme, incluso cuando dé miedo

El bolígrafo dejó pequeñas manchas donde me caían las lágrimas.

Nadie se movió.

Seguí escribiendo, con la voz baja pero firme: —No quiero un subidón. Quiero algo real. Aunque me asuste.

Decir la verdad, incluso cuando sea un lío

Le tendí el bolígrafo a Theo; casualmente estaba más cerca. Poco a poco dio un paso adelante y, en lugar de coger el bolígrafo, se inclinó hasta que quedamos a la misma altura, mirándonos a los ojos.

—No escribiré nada hasta que crea que mañana seguirá aquí.

Le sostuve la mirada. —Entonces tendré que demostrárselo.

Volví a escribir.

Dejarme querer sin salir huyendo.

Decir te quiero y no encogerme.

Taché de inmediato la última y me volví para mirarlos a los ojos.

—Le quiero —le dije primero a Theo—. No era una declaración genérica; quería que fuese única para cada uno de ustedes. —Me encanta su paciencia. La forma en que no me deja esconderme. Hace que quedarme me parezca lo más atrevido que podría hacer.

Se le tensó la mandíbula y, por primera vez, vi asomar algo crudo tras su coraza. Me volví hacia Trevor antes de que Theo pudiera decir nada. —Y a usted le quiero. No solo porque una vez le quise, sino de nuevo. Me encanta cómo me mira, como si yo fuera la mejor apuesta que ha hecho nunca.

Trevor soltó el aire y negó con la cabeza, pero le tocaba a Matt. —Me encanta que a veces sea callado. Es usted tan constante y

seguro, y siempre se fija en lo que no digo.

Me dedicó una mirada tan llena de calidez que casi me hizo tambalear. Por fin me volví hacia Devon, con todo el pecho doliéndome como si acabara de esprintar un kilómetro. —Le quiero, y me encanta cómo ve a través de toda la mierda que le suelto. Usted me hace querer ser mejor, incluso cuando se lo discuto.

Se le contrajeron los labios, como si intentara no sonreír. —La quiero, Leah. Incluso cuando es usted un dolor en el culo.

Los otros se cerraron a mi alrededor y me abrazaron.

—La quiero. Y pienso hacer que cumpla con esto —dijo Theo.

—Trato hecho —dije con una risa temblorosa.

—Yo también la quiero —dijo Matt sencillamente, como si siempre hubiera sido un hecho.

Luego Trevor me sujetó la cara entre las manos y me miró a los ojos. —En realidad nunca dejé de quererla. Por supuesto que la quiero.

Entonces, me quitó el bolígrafo de la mano y garabateó algo deprisa.

Luego me rodearon todos, besándome, con las manos por todas partes.

—Feliz cumpleaños —murmuraron todos entre besos.

Entonces Christina se bajó de su coche y soltó un sonoro —¡Woooooo!—.

Todos se rieron y me tomaron la cara entre las manos, abrazándome fuerte.

No los había perdido.

Capítulo Diecinueve



Leah

Si me dieran un dólar por cada vez que alguien me ha dicho —Tu cumpleaños solo llega una vez al año, haz que cuente—, me habría comprado mi propio maldito lounge en lugar de dejar que Trevor, Devon, Theo y Matt se adueñaran de uno para nuestra fiesta.

No me habían dejado mover un dedo para esto, porque era mi fiesta y no creían que tuviera que currármelo. Cualquier protesta de que también era su fiesta cayó en saco roto.

Y lo habían clavado de puta madre.

Por mi trabajo había desarrollado un superpoder. Podía entrar en cualquier local y, al instante, cazar al vuelo manteles torcidos, cristalería desparejada o estructuras de iluminación que se quedaban a dos lúmenes de resultar favorecedoras. Y cuando crucé la puerta del lounge no encontré ni un solo fallo que poder criticar.

Theo se había encargado de la logística, comprobando entregas, hablando con los de catering y asegurándose de encontrar una fecha que nos viniera bien a todos. Trevor había hecho magia con las lucecitas y cambiaban al ritmo de la música. Quise poner los ojos en blanco por lo excesivo que era, pero quedaba de maravilla. Devon había confeccionado una carta que dejaría en evidencia a la mitad de los mixólogos con los que había trabajado. Tenía siropes de temporada, licores infusionados y cócteles a medida. El *Leah,* por supuesto, también estaba disponible. Por último, Matt había financiado todo el tinglado pese a mis protestas; insistió en que podía permitírselo. *—No sé colgar serpentinas ni para salvar la vida, pero esto sí puedo hacerlo* —me había dicho. Luego se ocupó de todo.

—Tengo que admitir que habéis hecho un buen trabajo —les dije mientras miraba las lucecitas.

—¿Es esa tu opinión profesional? —dijo Devon con una media sonrisa.

—Lo es. Especialmente estos cócteles. Están de muerte. Igual me acuesto luego con el mixólogo —le piqué.

—Ya lo creo que lo harás —sonrió, y me besó en la mejilla.

Matt se había agenciado una tarta descomunal que podría alimentar a un ejército, y quizá la necesitaríamos esta noche, teniendo en cuenta que no solo celebrábamos mi trigésimo cumpleaños con un mes de retraso. También iba por el bebé nuevo de Savannah y sus papás, la nueva casa de Rachel con sus moteros, y mi nueva relación oficial con mis chicos.

Y era perfecto, aunque la lista de reproducción sonara como si alguien le hubiera dado al aleatorio en —Sexy Acoustic Chill Vibes— en Spotify. Habría apostado a que esa parte la había elegido Devon, pero Trevor aseguraba que había sido Matt. Matt juró que había sido Theo. Theo solo esbozó una sonrisita, como un hombre sentado sobre secretos de Estado.

Devon ya estaba contando en la barra alguna historia sobre cómo habíamos acabado juntos —accidentalmente—. Accidentalmente del mismo modo en que una pierna rota es técnicamente un accidente, pero, a ver, ya podíais haberlo visto venir si bajáis corriendo las escaleras con tacones. Trevor me había reclamado con un brazo echado con peso por encima de los hombros, como si la posesión fuera su estado por defecto, y Theo me ceñía la cintura con el suyo, intentando hacerse el tranquilo y no el enamorado. Matt se movía por todo el local haciendo fotos, con breves paradas delante de mí para robarme de vez en cuando otro beso.

Christina se acercó a mí, abrumada, como si estuviera a un sorbo de venirse abajo. Tenía los ojos muy abiertos y me hizo señas para que me acercara.

—¡No lo has hecho! —me siseó, dejando que la mirada se deslizara de través por la sala.

Cerca del bufé, cuatro tíos altos y de hombros anchos se reían.

Sonreí.

Christina casi se atragantó con el champán. —Leah. No. En absoluto.

Me incliné hacia ella, toda falsa inocencia. —¿Qué? Pensé que los querrías aquí. Para estrechar lazos familiares.

—¿Has localizado a mis hermanastros y los has invitado a tu fiesta de cumpleaños para que estrechemos lazos?

Di un sorbo a mi copa, satisfecha. —Bueno, a ver, no es tu cumpleaños, pero te lo merecías.

Su mirada podría haberme incinerado en el acto, pero al cabo de un segundo negó con la cabeza y soltó una risa. —Eres un problema —dijo, aunque se le escapaba una sonrisa que no conseguía ocultar.

—Los líos merecen la pena —dije, con una sonrisa.

Un rato después, tras ponerme al día con mis primastros, Trevor me hizo un gesto con el dedo desde el otro lado del local y, a su lado, Theo me lanzó una mirada de *no-te-atrevas-a-tardar-demasiado* que estoy bastante segura de que iba en broma. Los ojos de Devon me siguieron con desparpajo, como si ya supiera que iba a escabullirme en mitad de mi fiesta para acostarme con todos. Matt me guiñó un ojo, agitando una botella de champán.

Miré de nuevo a Christina. —Creo que estoy exactamente donde se supone que debo estar.

Me dedicó una sonrisa. —Ya era hora.

Tenía razón.

Por primera vez en muchísimo tiempo, no estaba huyendo.

Suscríbete a mi *newsletter* y recibe el capítulo extra de «Leah's Dirty Thirty»:
https://luvlee.us/aurora-shine-es/

Descubre toda la serie «Historias de Amor en Harén Inverso»:
https://www.amazon.es/dp/B0D9SMDFB4

Gracias...



... ¡por comprar y leer mi libro! Me estáis ayudando a seguir viviendo mi sueño.

Si te ha gustado mi libro, ¡me encantaría que dejaras una reseña en Amazon!

Y si quieres estar al día sobre nuevos lanzamientos y promociones, sígueme en mi página de autor de Amazon:

https://www.amazon.es/Aurora-Shine/e/B0BNC9R92D

Todo mi amor desde el fondo de mi corazón,

Tu Aurora